

**“LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA DEL
PENSAMIENTO POLÍTICO.
QUENTIN SKINNER Y EL CONTEXTO-SUJETO”.**

Tesis que para obtener el grado de Maestro en Ciencias Sociales



**EL COLEGIO
DE SONORA**

Presenta

Cristian Uriel Solís Rodríguez.

**Línea de Investigación en
Estudios Históricos de Región y Frontera**

Director de Tesis: Dr. José Marcos Medina Bustos.

Hermosillo, Sonora, Mayo de 2010.

Índice

Introducción.	3
1. Lineamientos metodológicos, teóricos e historiográficos.	8
2. El contexto intelectual en Quentin Skinner.	25
2.1. La tradicional historia de las ideas.	25
2.2. El giro lingüístico en Wittgenstein.	40
2.3. El Historicismo de Collingwood.	52
3. Skinner y la nueva historia intelectual.	59
3.1. La propuesta de historia intelectual skinneriana	64
4. La renovación de la historia del Pensamiento Político. La idea de contexto en <i>Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno</i> .	80
4.1. El Renacimiento y republicanismo.	80
4.2. Espejos para Príncipes.	88
4.3. El Renacimiento en el norte de Europa.	91
4.4. La Reforma.	95
4.5. El Constitucionalismo, absolutismo y revolución.	101
5. La idea de sujeto en <i>Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno</i> .	115
5.1. Maquiavelo.	119
5.2. Thomas Moro.	124
5.3. Lutero.	126
5.4. Bodino.	129
6. Conclusiones	134
Bibliografía	143

Introducción

La presente tesis es un trabajo historiográfico que busca comprender y profundizar la consistencia epistemológica e intelectual del miembro más destacado de una de las corrientes historiográficas actuales e importantes en Europa: *La Escuela de Cambridge*. Así pues, este estudio se delimita concretamente a la revisión de la propuesta elaborada por el profesor británico Quentin Skinner.

Hacia mediados del siglo XX, la historia de las ideas políticas estaba plenamente dominada por una visión tradicionalista que, a su vez, obedecía al paradigma positivista. En esta perspectiva mejor conocida como “la tradicional historia de las ideas”, cuyo máximo expositor fue el profesor norteamericano de origen alemán Arthur Lovejoy, se estudiaba la historia de las ideas bajo una lógica abstracta de sujeto-texto donde existía un orden doctrinario y teleológico que explicaba de forma ascendente la historia ideológica e intelectual.

La historia de las ideas políticas también fue trabajada por perspectivas de perfil determinista como el marxismo ortodoxo de aquellos años, donde encontramos una subsunción de la política e ideología hacia las estructuras económicas, es decir, las ideas políticas eran un reflejo de las condiciones económicas, lo cual degradaba el intelecto político a segundo término en el papel histórico.

Es en la década de los cincuenta del siglo XX cuando surge una obra crucial que revolucionó la filosofía occidental: *Philosophische Untersuchungen* (Investigaciones Filosóficas), la obra madura del filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, la cual posiciona al lenguaje como el centro de atención donde se ubica la base pensativa y la creatividad del

ser humano. A este movimiento paradigmático filosófico se le conoció posteriormente como el “giro lingüístico”.

El giro lingüístico socavó las tendencias filosóficas dominantes de mediados del siglo XX y se posicionó como un auténtico paradigma del conocimiento, permeando a muchas disciplinas más como la historia. Fue en Alemania e Inglaterra donde la revisión de Wittgenstein produce dos grandes escuelas para el estudio de la historia de las ideas políticas, surgiendo así una *nueva historia intelectual* que comienza a hacerse notoria hacia la década de los setentas y ochentas.

En el lado alemán, tenemos al filósofo Reinhart Koselleck como el principal fundador de la *Begriffsgeschichte* (historia conceptual) cuya propuesta en general consiste en el estudio semántico de los conceptos que la sociedad crea, transforma y adapta a sus vidas políticas e intelectuales, dándole sentido a su lenguaje e historia; del lado británico, está principalmente Quentin Skinner junto con otros fundadores como John Pocock, quienes conforman la llamada Escuela de Cambridge, según la cual, la historia de las ideas debe concentrarse en los usos lingüísticos que los intelectuales aplicaban en los debates políticos del pasado. Es precisamente Quentin Skinner quien expone los lineamientos fundadores de esta novedosa perspectiva que construye un nuevo contexto lingüístico y le da un lugar primordial en su metodología.

La renovación que hace Quentin Skinner a la relación contexto-sujeto mediada por el lenguaje práctico wittgenstiniano representa una renovación en la historiografía y, particularmente, para la historia de las ideas políticas. Es esta novedosa propuesta skinneriana la que socava directamente a la tradicional historia de las ideas de perfil

igualmente anglosajón, insertando las ideas en campos más amplios de lenguaje donde deja de haber una relación limitada de sujeto-texto, para llegar a una relación intelectual y lingüística de contexto-sujeto.

La renovación contexto-sujeto skinneriana también fue una crítica fuerte contra las perspectivas deterministas que concebían al contexto como un campo principalmente económico, “básico” o estructural que influía totalmente en las ideas políticas, restando creatividad al sujeto pensante y desplazando a la historia de las ideas políticas como una disciplina que no requiere recursos propios pues su explicación se revela en otra área.

En este trabajo se analizarán con más amplitud los componentes intelectuales y epistemológicos de la propuesta skinneriana, su aplicación en el terreno de la historia de las ideas políticas, y las críticas y aportaciones que ofrece esta perspectiva historiográfica. En el capítulo uno se establecen los ejes y criterios bajo los cuales se le dio forma y sustento a esta tesis de historiografía, así como un breve análisis de autores que han escrito y fijado su postura sobre esta propuesta historiográfica y que se analizarán más detalladamente a lo largo de la tesis.

En el segundo capítulo se estudia el contexto intelectual en el que se gesta y desarrolla la propuesta de Quentin Skinner. Se elaborará una revisión de las características principales de la tradicional historia de las ideas, de su visión y metodología para abordar la historia del pensamiento. Principalmente hay un análisis en los planteamientos de Arthur Lovejoy y en su forma de concebir la historicidad ideológica como ideas-unidad que concentran el conocimiento de manera inmutable y evolucionan a lo largo de la historia

revelándose a través de los textos clásicos de política cuya coherencia es entendible por la secuencia estable que van siguiendo.

En este mismo segundo capítulo se estudia la obra de Ludwig Wittgenstein *Investigaciones Filosóficas*, poniendo un interés profundo en los *Sprachenspielen* (juegos del lenguaje), como una de las aportaciones más importantes de la filosofía wittgensteiniana que influye crucialmente en Quentin Skinner. Es con los juegos del lenguaje como Skinner demolerá las bases argumentativas de la tradicional historia de las ideas y su concepto de ideas-unidad, a su vez, será con estos juegos del lenguaje como Skinner construirá su renovadora idea de contexto y la forma de concebir el intelecto político.

También hay una revisión sobre la importante influencia que tuvo el historiador Robin George Collingwood en la forma de concebir la historia como historia del pensamiento, siguiendo Skinner con esta tradición de las ideas, pero con un perfil wittgensteiniano que le dará originalidad e innovación a su propuesta. Es así como se expondrá en términos teóricos y metodológicos la perspectiva Skinneriana que rompe con la tradicional historia de las ideas y refunda una nueva historia intelectual con novedosas formas de trabajar e interpretar la historia del pensamiento político.

En el capítulo tercero el lector se encontrará con una descripción de la propuesta de Quentin Skinner para elaborar historia intelectual. Se examinarán textos y artículos de Skinner donde critica la forma tradicional de hacer historia de las ideas y establece las bases metodológicas y de criterio para la escritura de la historia de las ideas políticas. En suma, se expondrá ampliamente la perspectiva skinneriana para trabajar historia intelectual.

En el cuarto capítulo se analizará la idea de contexto en Skinner ya aplicada en su obra histórica principal: *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*. Es decir, se revelará como Skinner construye un contexto amplio y diferente, enfocado concretamente a los problemas políticos históricos de un determinado espacio. Se resaltarán detalladamente las innovaciones interpretativas que, por medio de su novedoso contexto intelectual-lingüístico, Skinner produce para la historia del pensamiento político moderno, tales como descubrir las discusiones y debates políticos e intelectuales que se daban en momentos importantes como el Renacimiento y la Reforma que gestaron el lenguaje político moderno.

La idea de sujeto se analizará en el capítulo quinto, donde se encontrará cómo Skinner interpreta el pensamiento de un individuo en relación con su contexto, esclareciendo cómo un texto forma parte de una red comunicativa intelectual con otros textos históricos coetáneos, inmersos en juegos lingüísticos que brindan un amplio campo de posibilidades para afrontar con intelecto los problemas políticos de sus sociedades. De esta forma veremos cómo el pensamiento maquiavélico forma parte de un debate intelectual amplio que critica severamente el humanismo de su época, dejando de verlo como una teoría del estado absoluto.

Finalmente, en las conclusiones se señalarán las aportaciones más importantes que Skinner hace para la historiografía y para la historia de las ideas políticas. Se comentará la importancia que tiene la perspectiva de Skinner para la actualización de la historiografía mexicana y hacia una revisión profunda de las formas en que se trabaja la historia de las ideas, con la finalidad de difundir y motivar esta propuesta que produciría cambios benéficos en nuestras instituciones de estudios históricos.

1. Lineamientos metodológicos, teóricos e historiográficos

Historiografía

En este capítulo de perfil teórico-metodológico se describe cómo procederá este trabajo y bajo qué conceptos y perspectivas se fundamentará y reflexionará. En primer lugar debe quedar claro que esta investigación es un trabajo de orden historiográfico, de esta forma, se hará un esbozo y clarificación de lo que se considera por *historiografía*.

La historiografía se revela como la operación o investigación donde se encuentran las formas, los perfiles y las instituciones intelectuales en que se ha concebido, escrito e interpretado la historia. La práctica historiográfica se desarrolla en la lectura de los textos históricos donde se busca encontrar la visión que se tenía de la historia, esclarecer la *Weltanschauung* o la visión del mundo de los textos que condensa una forma de pensar o de representación cultural amplia que le da sentido a la concepción de la historia y a las maneras de interpretar las acciones de los individuos y el transcurso de los sucesos.

En la mayoría de las prácticas históricas, dice John Pocock, el historiador persigue su primera meta leyendo extensamente la literatura de la época y sensibilizándose a la presencia de distintos dialectos (Pocock 2001, 152). Con la Escuela de Cambridge, influenciada de manera importante por la filosofía wittgenstiniana, el lenguaje ocupa un desempeño primordial para comprender y analizar los textos históricos, especialmente los de ámbito político. De esta forma, la percepción de las ideas de la historia se hace a través de la comprensión de los lenguajes que se usaron para escribir el pasado, donde se rescatan

los conceptos, términos y significados, que revelan el tejido lingüístico por medio del cual se hacía inteligible y se pensaba la historia.

El estudio de la historiografía examina las formas en que se escribía la historia en determinada etapa, concentrándose en el mundo de textos que tratan asuntos históricos, así como su construcción argumentativa; ya que de ésta manera se puede discernir el razonamiento de una sociedad o de un contexto determinado en el que los autores escribieron, así como la interpretación que ellos daban a su entorno. Es el conocimiento de un vocabulario utilizado en el tiempo, junto con las perspectivas en debate y la historia del periodo en general, lo que permite interpretar y formular hipótesis acerca de los textos históricos (Pocock 2001, 156), y poder revelar cómo pretendió ser válida y verificada la escritura de la historia en una época (Mendiola 1996, 173).

Para este trabajo se analizará específicamente un autor, pero para encontrar una visión más clara y profunda de su perspectiva se debe recurrir al entorno historiográfico e intelectual en el que estuvo inmerso. Se busca así, dilucidar el lenguaje escrito que fundamentaba una idea de historia en Quentin Skinner y que forma parte de la visión británica, específicamente de la Escuela de Cambridge. Es decir, bajo qué argumentos, supuestos y razones se constituyeron las raíces epistemológicas utilizadas por Skinner que pretendían comprobar o demostrar su discurso histórico.

El trabajo historiográfico

El método de Quentin Skinner ubica la obra y pensamiento de un autor en su relación con los debates intelectuales y metodológicos para abordar ciertas temáticas, así como con los estilos dominantes de escritura (Skinner 1996, 7). Se retomarán este tipo de aspectos en el análisis historiográfico de la propuesta skinneriana misma. Para estudiar la obra de un sujeto donde expresa su conciencia de historia, se debe tratar a este último como habitante de un universo de *langues* (lenguajes) que dan significado a las *paroles* (*palabras*) que profiere en ellas. Situar en su contexto lingüístico a un autor, posibilita destacar con más precisión sus proposiciones, críticas, intenciones, innovaciones y continuidades que actúan en el contexto mismo e inducen a modificaciones y cambios en él (Pocock 2001, 148).

La propuesta se ubica en esta dirección: este es un estudio historiográfico porque se analizará la perspectiva de la Escuela de Cambridge, concentrándose principalmente en la obra de Quentin Skinner. Se intentará explicar las condiciones en que esta propuesta fue desarrollada, analizando los procedimientos intelectuales por medio de los cuales el profesor Skinner construyó su perspectiva y método histórico, lo cual también implica comprender su conciencia de historicidad, es decir, cómo Skinner valida la historia. La labor estará enfocada en la lectura de textos, tanto de la propia propuesta historiográfica como de su medio intelectual, así como de lecturas actuales que revisan esta perspectiva anglosajona.

Hay señalamientos importantes ajenos al campo anglosajón que deben tomarse en cuenta, como los de la profesora Silvia Pappé que en su texto titulado: *El Contexto como*

ilusión metodológica, indica que en ocasiones se parte de contextos o marcos circunstanciales que se consideran ciertos y en donde se inserta el objeto de estudio, asumiendo que de esa forma se conoce mejor el significado del objeto; sin embargo, posiblemente su relación no sea la adecuada para comprender el objeto a estudiar. Se coincide con Pappe en que el contexto es una “construcción discursiva” (Pappe 2002, 23-33), es decir, también debe tener un proceso de crítica y de evaluación respecto al objeto que se esté investigando. En este trabajo no se analizarán cuestiones económicas, políticas o sociales de Inglaterra para comprender el pensamiento de Skinner. Se reconstruirá un contexto historiográfico y de tradición filosófica en la Escuela de Cambridge.

Se rescatan de Silvia Pappe algunos puntos que plantea como ámbitos referenciales: “a) *históricos* (temporales, espaciales, discursivas, significativos, valorativos, relativos a los principios dominantes); b) *teórico-metodológicos* (práctica disciplinaria y tradición respectiva, así como principios dominantes y significativos)” (Pappe 2002, 33). De estos, se retomarán algunos aspectos. En el caso de los ámbitos históricos, se trabajará la temporalidad en que florece y madura la perspectiva de Quentin Skinner cuya ubicación se encuentra en las décadas de 1960 y 1970; respecto a lo espacial, se enfocará esencialmente en la cultura anglosajona, y muy particularmente en los estudios históricos y producción referente a lo historiográfico de la Universidad de Cambridge.

En los aspectos teórico-metodológicos se buscará esclarecer las tradiciones historiográficas que se encontraban en la Universidad de Cambridge en el periodo en que Quentin Skinner construyó su propuesta historiográfica. Se intentará clarificar los principios dominantes que regían en el tiempo y espacio en que se ubica esta investigación.

Por principios dominantes se entienden los paradigmas, los métodos, los procedimientos de investigación, los conceptos guías, las ideas institucionalizadas, todos estos elementos que se hayan establecidos de manera consensual dentro de un lugar determinado que condicionan las prácticas de la disciplina histórica.

También se utilizarán técnicas del historiador francés Michel de Certeau que se complementan con los señalamientos de Pappe. De Certau establece como puntos indagatorios la atención en el lugar social o espacio, sus tradiciones, su escritura e instituciones para comprender con más amplitud y profundidad las tesis que un autor desarrolla. También se hace necesario, analizar las prácticas científicas que se llevan a cabo en un lugar o espacio social, en este caso es preciso esclarecer las perspectivas o los paradigmas institucionalizados en Inglaterra y específicamente en Cambridge (Certeau 1985, 72-77).

De Certeau dice: “La escritura histórica se construye en función de una institución cuya organización parece invertir: obedece, en efecto, a reglas propias que exigen ser examinadas en sí mismas” (Certeau 1985, 73). Lo que se entiende en esta aportación de Michael de Certeau, es que, quien escribe historia la escribe en función de los lineamientos, las tradiciones, exigencias, inquietudes, intensiones, perspectivas y paradigmas de una institución determinada donde se encuentran establecidos grupos o gremios con modelos de trabajo e interpretación propios que controlan la producción de historia escrita.

Esto quiere decir que todo historiador produce desde instituciones que reconocen su trabajo y lo impulsan, un historiador necesita de una institución para ser reconocido y motivado, un historiador no escribe a su libre albedrío, sino que se encuentra en un marco

de posibilidades dentro de las características antes mencionadas que una institución le ofrece. Así pues, en este trabajo de corte historiográfico, una tarea fundamental será dilucidar globalmente las características de la institución en historia de la Universidad de Cambridge que condicionaron a Quentin Skinner.

Michel de Certeau también menciona que:

Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan (Certeau 1985, 73).

Similar a lo que se ha mencionado, un historiador trabaja desde modelos o paradigmas que un gremio o grupo impulsa desde una institución o lugar de producción intelectual. No es que el historiador se vea sujetado o reprimido, sino que es parte de su formación que adquiere en el lugar de estudio donde se desarrolla. Aunque, desde luego, los modelos, perspectivas o paradigmas consolidados que controlan ciertos gremios restringen investigaciones que no concuerden con sus formas de trabajo y quizás ahí es donde se encuentren los debates que van gestando las revoluciones científicas y de paradigmas.

Dentro de los límites que una tesis de maestría tiene, se analizará la tradición historiográfica que se establece en Cambridge, del paradigma o la escritura oficial de historia que hay en el Caius College de Cambridge en el momento en que Skinner divulga su perspectiva y de los temas de investigación que se llevaban a cabo; es decir, la institución de la historia en Cambridge. Todo ello ayudará a dilucidar la consistencia de la

perspectiva de Skinner y a encontrar los elementos epistemológicos e historiográficos que renuevan la relación contexto-sujeto.

Paradigma

Es de vital importancia esclarecer el medio paradigmático en que se gesta y desarrolla el tema historiográfico que se estudiará, así como los paradigmas que rompe o matiza. En primer lugar se debe precisar qué se entiende por paradigma y para ello se apoyará en uno de los máximos representantes que han trabajado este tema, Thomas Kuhn:

Una investigación histórica profunda de una especialidad dada, en un momento dado revela un conjunto de ilustraciones recurrentes y casi normalizadas de diversas teorías en sus aplicaciones conceptuales, instrumentales y de observación. Ésos son los paradigmas de la comunidad revelados en sus libros de texto, sus conferencias y sus ejercicios de laboratorio (Kuhn 1985, 80).

Se entiende que un paradigma es un cuerpo de conocimiento que aglutina toda una serie de instrumentos y recursos intelectuales que determinan el tipo y las formas de investigación, y que también obedecen a un determinado periodo histórico que permea y dirige un gremio intelectual en un espacio y tiempo que lo reproducen de manera consensual entre ellos, aplicándolo a una diversidad de temas.

En la historia de la historiografía, han existido diversas corrientes o escuelas que han propuesto sus propias perspectivas, métodos, conceptos y teorías, que emplean en temas o problemáticas similares pero desde sus propios enfoques. Es un tanto complejo definir cuáles han sido verdaderos paradigmas en la historiografía pues se han presentado, sobre todo a partir del siglo XIX, una pluralidad de escuelas y propuestas que intentan construir un nuevo concepto y perspectiva de historia, así como criterios guías que dirijan las investigaciones.

Muchas propuestas históricas no cumplen con lo que Thomas Kuhn considera paradigma, pues no logran un consenso notable en instituciones que apliquen sus apreciaciones ni tampoco consiguen influir de manera importante como para que conceptos y términos propuestos se suministren destacadamente en algún centro de estudios a fin a la historia. Algunas otras perspectivas son revisiones de otras escuelas o corrientes que tuvieron una mayor presencia y cuya vigencia se dio en gran parte del mundo intelectual allegado a la historia.

Escuelas como el positivismo, el marxismo, o los Annales, construyeron paradigmas que influyeron en casi todos los centros de estudio del mundo, pues se consolidaron como auténticas corrientes que permearon en todas las disciplinas tanto filosóficas, científicas, sociales y humanísticas. En el caso de la Escuela de los Annales, sus criterios se limitan más al campo de la historia, sin embargo, logró constituirse como un paradigma en la historiografía al consolidarse en su momento como la perspectiva más importante del mundo occidental y contribuir considerablemente en conceptos o términos guías que fueron retomados en todas la escuelas de historia (Burke 1993, 97).

Limitándonos a los ejemplos expuestos, se considera que estas tres corrientes cumplieron con lo que Kuhn denomina paradigma y aún siguen teniendo gran presencia y utilidad en los sitios intelectuales de historia. El mismo Thomas Kuhn señala que: “Guiados por un nuevo paradigma los científicos adoptan nuevos instrumentos y buscan en lugares nuevos. Lo que es todavía más importante, durante las revoluciones los científicos ven cosas nuevas y diferentes al mirar con instrumentos conocidos y en lugares en los que ya habían buscado antes” (Kuhn 1985, 176).

Cuando se revelan nuevos enfoques importantes en el ámbito historiográfico, como los tres ejemplos que se mencionaron, provoca que cambien los instrumentos, los métodos, los medios, los temas, los objetos, así como también los conocimientos ya producidos que se ven alterados al revisarse de nuevo todos los procedimientos bajo el lente de una nueva perspectiva. Una revolución científica o de paradigma, es quizá posible equipararla con los cambios en las escuelas o corrientes que se han presentado en la historiografía. Retomemos los mismos casos, el enfoque positivista fue revolucionario respecto a los enfoques medievales o metafísicos de los siglos anteriores al XIX, del mismo modo la perspectiva marxiana es plenamente revolucionaria en relación al idealismo; y la Escuela de los Annales elaboró una crítica historiográfica contra el positivismo, proponiendo un enfoque social a la historia, innovó e institucionalizó, al igual que las otras dos corrientes en su momento, toda una perspectiva de historia, conceptos, principios dominantes y planteamientos.

Aplicando estas enseñanzas de Thomas Kuhn a nuestro estudio historiográfico que lleva en su título la palabra *renovación*, se intentará definir la consistencia de esta renovación en el ámbito historiográfico. Veremos si esta renovación representa un paradigma revolucionario, o si forma parte de alguno, y también qué elementos intelectuales critica y propone. Siguiendo a Kuhn, analizaremos si Quentin Skinner aporta nuevos instrumentos, conceptos y términos, planteamientos y temáticas de investigación, así como novedosas aportaciones que puedan significar una auténtica renovación a la historia del pensamiento político dentro de la historiografía.

Giro lingüístico

Elementos que no tan sólo se retomarán en esta tesis, sino que también se estudiarán ampliamente desde la perspectiva historiográfica ya que forman parte de la construcción que Skinner hace en su propuesta, son los del movimiento filosófico mejor conocido como el *giro lingüístico*, revisado fundamentalmente en la obra del filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Este paradigma filosófico-lingüístico (Padra 2008, 4-5) que se ha expandido e institucionalizado en Occidente, representó una auténtica revolución en las formas de entender el pensamiento histórico, pues se comenzó a cuestionar el lenguaje con el que pensamos y con el que razonaban los autores históricos, inaugurando así un estudio que no se concentra en las ideas o doctrinas en sí, sino en su fundamentación histórica desde lo lingüístico-epistemológico. El profesor argentino Elías Palti establece que:

El giro lingüístico delimita un ámbito particular de interrogación, reorientando el foco de la investigación histórica hacia los modos de representación de la realidad, antes que la “realidad misma”. Ésta ya no busca determinar la verdad de los acontecimientos sino entender cómo acciones, hechos, etc. se vuelven inteligibles para los propios agentes (Palti 2002, 50).

Así, esta perspectiva del giro lingüístico será de gran utilidad en el estudio historiográfico sobre el enfoque de Quentin Skinner ya que se pondrá atención en el medio intelectual, es decir, en el lenguaje en el que se desarrolló y utilizó este historiador británico. El lenguaje al que se refiere son los conceptos y sus significaciones que Skinner recibió, analizó y renovó para su perspectiva.

Esta es la idea de contexto que se manejará en esta tesis, un contexto intelectual que es primordial en el aspecto metodológico pues es en el estudio exhaustivo de éste donde se encuentra el significado y sentido profundo de un texto o documento. Concordamos con

Silvia Pappé en que el contexto tiene que ser también una construcción o se debe trabajar con una perspectiva definida, no debe ser sólo una acumulación de información inerte.

De esta forma, este trabajo de perfil historiográfico analizará cómo hace historia Quentin Skinner. Se investigará la formación de su perspectiva, su entorno, su conciencia de historia, su escritura, y los ejes o principios constitutivos de su propuesta, así como el elemento esencial que provoca la renovación de la historia del pensamiento político en su obra que es la relación contexto-sujeto.

Antecedentes. El contexto y sujeto skinneriano a debate.

Ahora se expondrán muy brevemente algunos elementos bibliográficos que destacan por su forma de abordar el tema que se trabaja para esta tesis, es decir, que enfocaron sus críticas y posturas sobre la función del contexto y el papel del sujeto en la perspectiva Skinneriana y que fueron de vital importancia para concentrarse precisamente en el asunto del contexto-sujeto. Esto se analizará más ampliamente a lo largo de la tesis.

Como se irá estudiando con mayor profundidad, en las décadas de los cincuenta y los sesenta del siglo XX la tradicional historia de las ideas fue el ambiente historiográfico dominante en el cuál Skinner estuvo inmerso, ahí predominaban las diversas escuelas de índole positivista y marxista ortodoxo que practicaban precisamente esa historia de las ideas que Skinner criticará después

En la Universidad de Cambridge se fue dando un divorcio de perspectiva hacia el estudio tradicional del pensamiento político y su forma de concebir la ideología, así como de corrientes donde el contexto y el sujeto eran vistos como elementos determinados por

condiciones “más básicas” o “importantes” (Richter 1990, 51) como estructuras económicas y geográficas. Esta ruptura o nueva tendencia diferente al marxismo determinista y positivismo reduccionista comienza a revelarse a fines de la década de los cincuenta en los trabajos de John Pocock y Peter Laslett, quienes comienzan a estudiar textos y pensamientos que enmarcan una idea, y que influirán sustancialmente en Skinner. Es así como se fue desarrollando un cambio radical de enfoque que se divorcia de la tradicional historia de las ideas para construir una llamada “nueva historia intelectual” (Palti 2007, 17).

El momento que simboliza la ruptura con las visiones tradicionales y la presencia ya importante de la perspectiva skinneriana en términos de metodología tiene lugar en 1969, año en que se publica el artículo del mismo Quentin Skinner: *Meaning and Understanding in the History of Ideas*¹, donde hace una crítica profunda a los métodos y formas de interpretar por parte de la tradicional historia de las ideas por concentrarse en los textos (Skinner 1969, 7). Además, en este artículo ya comienza a proponer elementos esenciales de su perspectiva que intenta encontrar las intenciones de un autor en un contexto plenamente intelectual.

A partir de esa fecha, comienzan a producirse estudios que revisan y critican desde diversas perspectivas o ejes de análisis la propuesta de Quentin Skinner. En primer lugar aparece en 1973 un artículo de los teóricos políticos Bhikhu Parekh y R. N. Berki que responden de manera muy crítica el artículo de Skinner de 1969 y realizan al mismo tiempo una defensa de su forma de estudiar el pensamiento político. Los autores consideran que el

¹ En la bibliografía se agregan trabajos en inglés de Skinner, algunos han sido traducidos al español, en el caso de estos últimos fueron preferidos para la facilidad de lectura en la realización de esta tesis.

contextualismo que propone Skinner en contra del textualismo, conduce a una dirección determinista (Berki 1973, 165).

Bhikhu y Neri, defienden la tesis del textualismo, dándole toda la prioridad al sujeto, es decir al texto. Los autores consideran que el contexto tiene poca relevancia, que escasamente es necesario para comprender un texto en sí, pues en el texto trasciende su lenguaje como tal, en cambio un contexto es una creación que puede significar un número de cosas diferentes que alteran la relación con el texto (Berki 1973, 181 y 184). En estos autores, el enfoque está puesto en el sujeto, pero no en sus intenciones, retórica o actos del habla; sino en sus ideas principales, pues están trascienden e influyen en pensadores posteriores que se plantean preguntas similares o adaptan las ideas a sus problemas actuales.

En 1990, ya con una publicación extensa de Skinner y sobre su obra, además de una producción considerable de la *Begriffsgeschichte* alemana, Melvin Richter hace un balance sobre la perspectiva británica y alemana en su artículo: *Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and The Gesschichtliche Grundbegriffe*. La perspectiva de Richter es moderada y constructiva, pues intenta resaltar las aportaciones de cada escuela e intenta promover la aplicación de sus planteamientos para obtener una perspectiva más amplia.

Melvin Richter parte de una postura revisionista, donde exalta el valor histórico y temático de la obra de Skinner, considerando la perspectiva de este último como original (Richter 1990, 59). Richter reconoce la labor de Skinner como investigador debido a la

etapa histórica que trabajó y la innovación que su trabajo representó en las décadas en que fue publicado, dadas las tendencias de interpretación dominantes en ese momento.

Richter sostiene que la perspectiva de Skinner combina aspectos de teoría política y filosofía con la historia, proceso que no se había dado en ese ramo, en donde surge una perspectiva singular y de investigación histórica no llevada sistemáticamente a cabo antes (Richter 1990, 67). En Richter pues, tenemos una visión que considera la metodología de Skinner plenamente innovadora debido al enfoque que se da al contexto intelectual y las convenciones lingüísticas para hacer inteligible las intenciones. En Richter, el contexto intelectual skinneriano no tiene ningún tinte determinista o reduccionista, sino todo lo contrario, amplía el conocimiento sobre las ideas y sobre el autor de ellas, la relación contexto-sujeto es aquí totalmente novedosa y singular.

Posteriormente aparece un estudio de crítica metodológica escrito por Preston King, que relativiza el papel del contextualismo, es decir, lo considera como una obviedad (King 1995, 209). Metodológicamente, el contextualismo es para King un proceso imposible, pues no se puede llegar a cubrir todos los textos que impliquen el contexto (King 1995, 210). La idea de dilucidar un contexto con evidencias descriptivas primarias es imposible porque cada texto que compone el contexto tiene carga subjetiva y propositiva, por tanto los contextos no son objetivos, sino son propuestas. La relación contexto-sujeto se disuelve en el texto, pues todo acaba siendo texto, y es así como la idea de contexto prácticamente pierde connotación relevante.

Para Preston King, el contextualismo confunde y oscurece la validez de un texto al disolverlo en un marco normativo supuestamente objetivo que impondría otras ideas

textuales sobre la idea esencial a estudiar. Así pues, Preston King defiende la idea textualista y concibe al contextualismo como un error metodológico que es imposible de llevarse a cabo debido a que todo es finalmente texto, o sea, no hay relación contexto-sujeto, sino más bien texto-sujeto.

Casi una década después y con un horizonte más amplio, Kari Palonen elabora un estudio vasto sobre los elementos metodológicos y temáticos en la obra de Quentin Skinner, considerándola como una revolución en el estudio del pensamiento político (Palonen 2003, 1). El hecho de que Skinner, en su proceso de trabajo, utilice fuentes no canonizadas² del pensamiento político y aborde otros textos que rodean la fuente clásica y que no habían sido tomados en cuenta, así como el uso de recursos intelectuales como los actos del lenguaje, la retórica clásica y los planteamientos sobre el contexto, hacen de esto una “formulación paradigmática”, a la que el mismo Palonen llama la “revolución skinneriana” en el estudio del pensamiento político (Palonen 2003, 3).

Kari Palonen defiende no sólo la idea de contexto como prioridad metodológica en la relación con el sujeto o texto, sino también la considera como plenamente revolucionaria y de alcance paradigmático, pues los estudios de historia del pensamiento político que se habían llevado a cabo hasta el momento de las publicaciones de Skinner, ponían énfasis en el texto y las ideas esenciales del sujeto o autor, sin darle relevancia alguna al contexto.

Para el año 2006, la Universidad de Cambridge hace un estudio revisionista de la propuesta historiográfica skinneriana, especialmente de la obra cumbre de Skinner *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*. La visión que se presenta en esta obra

² Por canonizados se refiere a los textos clásicos del pensamiento político.

es de suma importancia porque se expresan varios enfoques pero desde una postura que se encuentra dentro del desarrollo de la propuesta historiográfica de Cambridge como es el caso de Mark Goldie, quien plantea que el trabajo de Skinner fue influenciado de manera importante por la teoría social de Max Weber, lo que nos hace ver que la composición de la propuesta de Skinner no sólo contempla elementos historiográficos y de filosofía del lenguaje, sino también sociológicos (Goldie 2006, 3).

Aquí encontramos una crítica balanceada que explica la relevancia e innovación de la postura contextualista de Skinner para la situación en que se encontraba la disciplina de la historia del pensamiento político en Cambridge, así como también la presencia intelectual de la sociología weberiana que no había sido reconocida por el mismo Skinner.

Finalmente, los estudios en español específicos sobre la obra skinneriana y la perspectiva contextualista son casi nulos. En España, el texto recientemente publicado en 2007 que se titula: *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, está compuesto de diversos enfoques por distintos especialistas en el tema cuyo objetivo es ampliar el entendimiento del “giro contextual” (Bocado 2007), como lo denomina el profesor español Enrique Bocado Crespo. En América Latina, quienes han abordado esta temática de forma más notable son el profesor argentino José Elías Palti y el profesor mexicano José Antonio Aguilar. Fuera de esto, lo que se ha presentado recientemente en el mundo hispano son entrevistas directas a Quentin Skinner que han servido más para la divulgación que para la profundización del conocimiento de esta perspectiva.

Es precisamente el escaso conocimiento y aplicación de esta perspectiva historiográfica, lo que motiva y hace prudente la elaboración de esta tesis para impulsar la atención en esta temática que resultaría benéfica en el análisis de la historia de las ideas políticas en México. Una atenta revisión de esta propuesta británica, brindaría un panorama novedoso de planteamientos, debates e interpretaciones en nuestro proceso ideológico nacional, que insertaría nuevos conceptos y lenguaje político-intelectual, y renovarían la dicotomía anquilosada (liberalismo *versus* conservadurismo) con la que se ha hecho inteligible nuestra historia política.

2. El contexto intelectual en Quentin Skinner

2.1. *La tradicional historia de las ideas.*

En la denominada tradicional historia de las ideas, la relación contexto-sujeto no es equitativa porque el sujeto se superpone al contexto y éste último es dependiente del primero, el mismo término de relación es prácticamente inexistente entre el sujeto-contexto. Dentro de la perspectiva de la tradicional historia de las ideas hay un total dominio del sujeto sobre el contexto, este último es trascendido y subsumido por la idea del sujeto que forja universalmente al contexto.

La forma en que era concebida la historia de las ideas en este perfil tradicional, se encuentra en el artículo *Reflections on the History of Ideas* del profesor norteamericano Arthur Lovejoy (1873-1962) y en la Introducción de su libro *The Great Chain of Being*³. Arthur Lovejoy fue el máximo representante de la tradicional historia de las ideas que estableció en la *Johns Hopkins University*. En ambos escritos, el historiador estadounidense planteó que las ideas trascienden en espacio y tiempo adquiriendo diversos sentidos, y que son producto de impulsos subjetivos o determinaciones objetivas que afectan la conducta (Palti 2004-2005, 65-66).

Esta historia de las ideas que Lovejoy impulsa en la primera mitad del siglo XX y que se convierte prácticamente en el paradigma de hacer historia del pensamiento, concebía a las ideas como fuerzas que permean la cultura universal, penetrando en cualquier espacio-

³ Ambos textos se pueden localizar traducidos en español en el sitio de historia intelectual *Iberoideas* con el siguiente link: foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/data/adm55524.doc

tiempo histórico y definiendo los contextos en donde se encontrasen para darles un sentido determinado. Las ideas no eran reflexiones construidas históricamente, sino reacciones e impulsos que cada hombre racional tenía en todo momento y que lo hacían guiar su conducta, de ahí que las ideas tuvieran un carácter universal, pues su fundamento en esta visión tradicional era la racionalización esencial de todos los hombres que trasciende todo contexto.

Entre muchas características y propiedades que el profesor Lovejoy afirmó sobre la historia de las ideas, esta la siguiente:

Otra característica del estudio de la historia de las ideas, según yo deseo definirlo, consiste en que se ocupa especialmente de las manifestaciones de las concretas ideas singulares en el pensamiento colectivo de grandes grupos de personas, y no únicamente de las doctrinas y opiniones de un pequeño número de pensadores profundos y de escritores eminentes. Busca investigar los efectos —en el sentido bacteriológico— de los factores que aislados de las creencias, prejuicios, devociones, gustos y aspiraciones en boga en las clases educadas que bien podría ser, una generación o muchas generaciones. En resumen, se interesa sobre todo por las ideas que alcanzan gran difusión, que llegan a formar parte de los efectivos de muchos entendimientos (Lovejoy 1983, 25).

Aquí resalta la forma evolucionista y universal en que Lovejoy abordó la historia de las ideas. Para Lovejoy, el hombre se distingue de otras criaturas por el hábito de abrigar ideas generales (Lovejoy 2000, 127). Son las ideas generales que cubren grandes grupos sociales las que dan sentido a la historia, transmitiéndose a las idiosincrasias de las culturas en el tiempo sin importar su sistema de creencias y prejuicios, llegando a institucionalizarse como las formas pensativas adecuadas.

Los contextos dentro de la tradicional historia de las ideas no representan ninguna relevancia pues terminaban por ser producto de los efectos evolutivos que provocan las ideas dominantes. Las ideas evolucionan y se manifiestan por su propia lógica natural

(Lovejoy 2000, 141) y las reacciones subjetivas son esencialmente las mismas, de ahí que el estudio se concentró en las ideas dominantes y en los sujetos principales que las forjaron.

Las ideas eran vistas como condensaciones que se explican por sí mismas:

El estudio de la historia de las ideas está repleto de peligros y trampas; tiene su exceso característico. Precisamente porque su objetivo consiste en la interpretación, la unificación y la búsqueda de poner en correlación cosas que en apariencia no están relacionadas, puede degenerar fácilmente en una especie de generalización histórica meramente imaginaria; y puesto que el historiador de una idea se ve obligado, por la misma naturaleza de su empresa, a reunir materiales procedentes de distintos campos del conocimiento, inevitablemente, al menos en algunas partes de su síntesis, cabe la posibilidad de que incurra en los errores que acechan a quien no es especialista (Lovejoy 1983, 26).

Lovejoy no está afirmando que la tarea de *unificación* sea incorrecta, sino simplemente advierte que ese trabajo debe estar bien organizado. El objetivo del estudio de las ideas en Lovejoy es generalizar, dentro de la unidad que representa la idea, el mayor conocimiento histórico posible. Las ideas en la visión de Lovejoy, son unidades fundamentales de donde se desarrollan los pensamientos y reflexiones consecutivas con una lógica natural que se hace presente a través del tiempo de manera esencial, permeando los diversos pensamientos que surgen a posteriori.

Así pues, en la tradicional historia de las ideas tenemos que la forma de concebir las ideas es universal, observable en todo espacio y tiempo donde se producen pensamientos. Las ideas en las que se interesa Lovejoy son aquellas que se hacen presentes en la mayoría de las disciplinas, cuyas principales tesis determinan los desarrollos o transformaciones de las formas de reflexión en los hombres. Para Lovejoy:

...todas las ideas singulares que el historiador aísla de este modo a continuación trata de rastrearlas por más de uno de los campos de la historia —en último término, por supuesto, en todos— donde revisten alguna importancia, se llamen esos campos filosofía, ciencia, arte, literatura, religión o política. El postulado de tal estudio es que, para comprender a fondo el papel histórico y la naturaleza de una concepción dada, de un presupuesto sea explícito o tácito, de un tipo de hábito mental o de una tesis o argumento concreto, es

menester rastrearlo conjuntamente por todas las fases de la vida reflexiva de los hombres en que se manifiesta su actividad, o bien en tantas fases como permita los recursos del historiador (Lovejoy 1983, 22).

Cabe resaltar que la percepción de cambio es muy restringida, pues las ideas singulares de las que habla Lovejoy son permanentes en la historia del pensamiento ya que la evolución no altera la lógica esencial y natural de la idea. No se presenta alteración porque la idea singular o idea-unidad que defendía Lovejoy, era el elemento primario del que se desarrolla todo sistema de pensamiento (Palti 1998, 25). La idea lovejoyiana es la raíz suprema o el supuesto universal del que crecen los demás productos intelectuales, es el cimiento sin el cual no podría erigirse ningún sistema de pensamiento. Aunque las ramas tomen diferente forma o la construcción adquiera otro estilo, la raíz y el cimiento no se alteran, por tanto, las demás reproducciones siempre dependerán de las ideas-unidad o elementos fundamentales. De esta forma, las distinciones en los periodos históricos son limitados y la continuidad se hace visible en todo espacio-tiempo.

Es evidente que la visión de progreso está muy presente, pues las ideas-unidad van desarrollándose de manera positiva sin detenerse ni desviar su rumbo original, su evolución no implica cambio sustancial ni adaptaciones esenciales, sino más bien los contextos y procesos históricos son los que cambian y se adaptan según progresen las ideas. Al ser las ideas las que determinan el curso de la historia, sus principios sustanciales se hacen universales y se institucionalizan como las fuentes intelectuales únicas de conocimiento difíciles de criticar y dañar su aceptación.

Las ideas de Lovejoy se abstraen de los textos y se relacionan con otros modos de discurso intelectual (LaCapra 1998, 250). La tradicional historia de las ideas es sustancialmente textualista; ya que al no adjudicar importancia al contexto, el texto es por

excelencia la herramienta para comprender las ideas. El sujeto que produce ideas-unidad de alcance trascendental a través de la escritura en un texto, se antepone al contexto, y la lectura exclusiva en su texto es el método esencial para comprender el elemento básico que heredará todo un sistema de pensamiento.

Lovejoy no tenía interés en las ideas de poco impacto intelectual, textos de escasa relevancia situados en contextos anteriores, coetáneos o posteriores, no se consideraban importantes para el entendimiento de las ideas-unidad. El texto donde se encuentran las ideas importantes y trascendentales es el determinante, la lectura exclusiva de ese material permite eficazmente entender la historia de las ideas y el pensamiento en el que los hombres desarrollan su conducta y razón.

Se puede plantear que la manera en que Lovejoy pretendió que su forma de hacer historia de las ideas fuera válida y veraz, era apoyándose en el lenguaje de la ciencia y del positivismo, ya que se construía bajo los supuestos de la regularidad, generalidad y verdad. De regularidad porque las ideas-unidad se hacen presentes de manera constante a través del tiempo en los demás sistemas de pensamiento; de generalidad porque esas ideas-unidad permean las grandes ideologías de las sociedades; y de verdad porque la característica antropológica de racionalidad del hombre es la única capaz de aspirar a la verdad y es común a todo ser humano.

Es así como esta tradicional historia de las ideas, que fue el paradigma de la historia del pensamiento en la primera mitad del siglo XX, fue tratada como el estudio de un canon y la conservación de éste dentro de la historia (Pocock 1989, 5). La historia de las ideas no podía ser válida si no estaba presente la conservación de la idea-unidad que fundamentara

el devenir del pensamiento posterior. Esto quiere decir que el historiador o estudioso de las ideas no es ajeno a las ideas pasadas, pues si el canon se conserva, entonces el presente está también permeado del supuesto lógico de la idea singular.

La interpretación histórica del texto, dentro de la concepción tradicional de las ideas, consiste en identificar su coherencia y persistencia dentro de la mente del lector de cualquier época (Pocock 1989, 6). Entender el pensamiento de una época como si fuera semejante al del historiador actual, o pretender adentrarse a la mente del autor pasado, es una tarea intelectual adecuada en la perspectiva comentada. Tenemos entonces que el historiador actual de una idea, es heredero de su lógica y la mantiene en su pensamiento; así, no encuentra dificultad de entender el pensamiento pasado, pues independientemente de su contexto, en sus ideas predominan los elementos básicos.

La tradicional historia de las ideas se estableció como el paradigma dominante en el mundo anglosajón en esta temática, produciendo –según la concepción de paradigma de Kuhn– elementos recurrentes como metodologías, conceptos e interpretaciones, que se revelan en los libros sobre historia del pensamiento editados en esa época (Kuhn 1985, 80). Se tiene así una producción de tipo “vertical”, como menciona Stefan Collini, sobre historia del pensamiento como una secuencia teleológica que se eleva a través del tiempo adquiriendo diversos sentidos pero con los mismos elementos fundamentales. Aparecieron títulos de libros como: “The History of Sociology from Montesquieu to Weber”, “The Growth of Economic Theory from Smith to Friedman”, “The Making of Modern Historiography from Gibbon to Braudel” (Collini 2000, 3).

En este tipo de historias se expresa claramente la concepción paradigmática de la tradicional historia de las ideas, que tenía una tendencia vertical de interpretación, pues no se detenía en el análisis llano u “horizontal” del contexto, atendiendo únicamente las ideas que evolucionaban sin discontinuidad y despegándose del contexto. Collini establece que:

“(…) the tendency of recent work has been towards excavating a more ‘horizontal’ site, exploring the idioms and preoccupations of a past period as they manifest themselves in thought and discussion about various issues that cannot readily be assigned to current academic pigeon-holes” (Collini 2000, 3).

Es así, que para Collini el análisis horizontal es el estudio del contexto, del marco político y reflexivo que rodea una determinada idea, dándole un sentido realmente distinto.

El sentido de historicidad en la visión de la tradicional historia de las ideas, es un sentido progresivo, donde las rupturas o crisis son casi inexistentes, la conexión o continuidad es lo que caracteriza mejor al sentido histórico de esta corriente historiográfica; de no ser así, la presencia de crisis, rupturas o auténticas periodizaciones diferenciadas, terminaría con la tesis tradicional de idea-unidad. La evolución de ideas no se presenta como una adaptación a su medio, sino como la adaptación del medio a las ideas que se van desarrollando sin alteración considerable hasta entender el presente como una continuidad ideológica clara del pasado.

Las ideas se van sucediendo de autor en autor, influyendo netamente en cada pensamiento subsecuente, dando encadenamiento a la idea singular, y haciendo de la historia un transcurso teleológico determinista de las ideas. La idea-unidad original y singular determina el trascurso del pensamiento, sin alterar su esencia, va definiendo los modos en cómo el hombre razona y actúa. De la lectura de un texto importante a otro posterior igual de importante que sigue con la tradición, es como se explica la historia de las ideas, sucesión de textos que aportan o modifican ciertas tesis de la idea sin alterar su lógica natural.

La relación contexto-sujeto en esta perspectiva es determinista. Sujeto-texto-idea son una entidad inseparable y autocomprendible, aislada y prácticamente ajena al contexto. El sujeto expresa sus ideas en el texto, ideas que son de alcance universal y que influyen en otro sujeto que las reproduce dándole el mismo carácter universal y esencial, quedando la evidencia exclusivamente en el texto. Para conocer al sujeto y sus ideas solamente hay que leer su texto escrito, donde está el pensamiento cabal del sujeto y sus ideas singulares que son su concreción total, entenderlas no es difícil pues sus planteamientos llegan a un presente predispuesto para la recepción de esas ideas.

El contexto es despreciado en la visión tradicional de historia de las ideas, debido a que su aportación es nula en el esclarecimiento y objetivo de las ideas, su estudio distorsionaría la lógica esencial y “realmente” importante de las ideas que producen los sujetos en los textos principales y renombrados, es perderse en temáticas irrelevantes y totalmente rebasadas por la fuerza de las ideas que aglutinan el verdadero conocimiento histórico y moldean los procesos políticos.

En el caso específicamente británico, la tradicional historia de las ideas se presentó también con un desarrollo al estilo Lovejoy, cuyo paradigma dominó el ambiente académico, en el cual desarrolló su propuesta Quentin Skinner. El medio anglosajón se ve influido por conceptos como el de utilidad e individuo, y por planteamientos filosóficos que moldearon el perfil de la disciplina de la historia. Así, la *utilidad*, concepto cuyo uso ha sido esencial en el pensamiento inglés, tiene una gran presencia desde la cúspide del empirismo con el escocés David Hume (1711-1776) que, a diferencia de los revisionistas clásicos en Italia, sostenía que la virtud de cada individuo se basaba en la utilidad y no tanto

en la sabiduría, templanza o justicia. Este principio trasciende en los utilitaristas de Oxford como Jeremy Bentham (1748-1832) quien planteó que la medida de la utilidad era el grado de felicidad, luego entonces, la utilidad era el principio básico de la moral y la legislación (Copleston 1983, 21-22). Posteriormente John Stuart Mill (1806-1873) retomará el concepto de felicidad pero ahora en un sentido individualista, donde la felicidad general se basaba en la felicidad de cada persona (Copleston 1983, 43). Así pues, en la tradición inglesa hay un interés por el individuo y la utilidad, y la manera en como conviven estos dos elementos, concediéndole prioridad al individuo como el que determina la utilidad de cierta cosa, objeto o situación.

Dentro del campo del idealismo, tenemos a Thomas Carlyle (1795-1881) quien se interesa por la figura del héroe y sus cualidades, así como el culto que hay en las sociedades hacia estos personajes, asumiendo que la historia es la historia de los grandes hombres (Copleston 1983, 160-161). Por otro lado, F. H. Bradley (1846-1924) comenzaba a plantearse que la realidad no consistía en particulares aislados ni en universales abstractos, sino en hechos individuales cuyo ser es histórico (Collingwood 2000, 142). Así pues, también por el lado del idealismo inglés el interés por el individuo es predominante, son los hechos individuales y su utilidad práctica donde el pasado encuentra sentido para la historiografía inglesa.

En los inicios del siglo XX la Universidad de Cambridge fue el lugar donde historiadores como J. B. Bury (1861-1927) argumentaron que la historia no era como la ciencia natural, sino algo singular que ofrece a la humanidad una nueva perspectiva y nuevo arsenal intelectual. Bury planteó que la historia es conocimiento de lo individual, que

eso era la dignidad del pensamiento histórico. Para la década de los treinta del siglo XX, Michael B. Oakeshott (1901-1990) siguió las enseñanzas de Bury en el Caius College de la Universidad de Cambridge (donde después estudiaría Quentin Skinner). Este historiador sostuvo que la historia es un todo o un mundo y no está en partes aisladas; planteó también que este mundo es el mundo de las ideas y el conocimiento es mediante las ideas y no por los hechos (Collingwood 2000, 149-153). Es notable cómo la disciplina histórica inglesa, en Cambridge específicamente, va adquiriendo una perspectiva propia donde converge y se desarrolla el estudio de las ideas de los individuos y la utilidad que éstas pueden tener. Skinner, como veremos posteriormente, será un heredero de la tradición utilitaria e individualista del pensamiento inglés, así como de la perspectiva histórica de Cambridge que se enfoca en las ideas.

Para las décadas de los cincuenta y los sesenta del siglo XX, dominaban cánones positivistas de corte tradicional en la historiografía inglesa, profesores como Lewis Namier (1888-1960) y Geoffrey Elton (1921-1994), representantes de la profesión histórica inglesa en las Universidades de Manchester y Cambridge, aplicaban tesis tradicionalistas sin tomar en cuenta cómo se entendían y articulaban las acciones y pensamientos de los actores (Goldie 2006, 5-6). De la misma forma en como Lovejoy concebía la importancia de los textos originales, la práctica historiográfica dominante en Inglaterra también asumía como única fuente veraz y exclusiva la lectura de archivos y textos originales e importantes de una época como las únicas herramientas capaces de explicar la historia.

Namier consideraba a la ideología como: “patológicamente una distorsión sistemática de como las cosas realmente fueron” (Goldie 2006, 5). Para este autor, el

historiador es quien pone al desnudo los fundamentos materiales de la acción política. La ideología no era material vital para la historia. A su vez, el discurso político era visto como propaganda y construcción distorsionada, cualquier historiador que tocara mínimamente la cuestión retórica y la persuasión pública era débil en sus argumentos (Goldie 2006, 5). Para el paradigma anglosajón de mediados del siglo XX, el discurso privado o individual estaba exento de la ideología; todo el material político e intelectual que no correspondiera a un cuerpo textual de pensamiento que se adaptase a las ideas globales institucionalizadas de la historia, era discriminado por ser una “alteración” y “desfiguración” de la realidad.

La tradicional historia de las ideas es también denominada como el paradigma del *behaviorismo* o empirismo conductista, ya que se trataba de un modelo donde la investigación debería describir y explicar y, de ser posible, predecir los fenómenos políticos en términos exclusivamente empíricos, evitando todo juicio evaluativo (Velasco 1995, 14). Los defensores de este paradigma terminan justificando el actual estado de cosas políticas (Velasco 1995, 15). Esta visión empírista busca conocimiento comprobable y respaldado por la experiencia, donde los juicios y valores estén excluidos, y la descripción y explicación objetiva sean el producto ideal de toda investigación.

Hay que resaltar que la idea de historicidad en esta perspectiva es nula, pues la historia como proceso corto o largo de sucesos, como contexto, circunstancia, medio social, político, económico, cultural, etc., no tiene relevancia para las ideas-unidad, ya que éstas últimas imponen a la historia su forma de concebir al mundo. No se estudia historia, sino simplemente, la lógica natural de la idea que va encontrando diversos autores sustitutos.

Ambrosio Velasco Gómez pone los ejemplos de Bernard Berelson (1912-1979) y Paul Lazarsfeld (1901-1976), ambos de la escuela empírica norteamericana, quienes rechazaban la teoría normativa de la democracia y se proponían suplantarla por otra teoría basada en la descripción estadística del electorado como un todo, como un sistema, negando cualquier relevancia a la virtud cívica de los ciudadanos (Velasco 1995, 16). Así pues, este paradigma desechaba aspectos teóricos, retóricos, éticos, valorativos y especulativos. Se buscaba la veracidad y la generalización tal como en la ciencia exacta, y tal como Lovejoy concebía a las ideas-unidad, como elementos básicos del pensamiento semejante a la química que se compone de elementos o principios (iberoideas 2007)⁴.

Aspectos no empíricos, no verificables, no cuantificables, no descriptibles, no acordes entre pasado y presente, simplemente se consideraban datos inútiles ya que no podían ser manejados bajo las prácticas tradicionales y no ayudaban a reforzar los estudios e interpretaciones ya institucionalizadas y aceptadas en el paradigma, sino todo lo contrario, debilitaban la supuesta “dureza y veracidad” de sus productos intelectuales.

Como señala el politólogo mexicano Velasco Gómez, los representantes de la ciencia política empírica consideraban que su disciplina debía estar separada de las teorías filosóficas de la política, así como la física, biología y química se emanciparon de la filosofía natural (Velasco 1999, 6). Se aspiraba a construir una disciplina netamente científica, ajena a la filosofía que era vista como una disciplina especulativa, abocada al estudio de los valores y de la ética, escasa en verificabilidad y certeza. Algunas diferencias esenciales estaban en que:

⁴ Fuente: http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/thread.jsp?idthread=130&id_ind=1&idparent=120

i) La ciencia política, como cualquier tipo de ciencia, se propone describir, explicar y predecir los fenómenos políticos con exclusión de todo juicio valorativo. Los enunciados científicos son fácticos, empíricamente comprobables y nada tienen que ver con consideraciones normativas o evaluativas, ii) Tradicionalmente la teoría política se ha desarrollado como filosofía política y ha tenido un carácter eminentemente normativo; iii) Sólo los enunciados descriptivos, los enunciados de hecho, contienen conocimiento auténtico, en cuanto que son empíricamente verificables o contrastables. Consecuentemente, la teoría política normativa carece de relevancia cognoscitiva y tan sólo podría tener por sí misma una relevancia práctica o ideológica; iv) Además de estos presupuestos epistemológicos, los representantes de la ciencia política empírica consideraban que el desarrollo progresivo de su disciplina requería también emanciparse del lastre de los estudios de la historia de las teorías políticas, que tan sólo podrían tener interés para el anticuario, pero eran un obstáculo para el desarrollo sistemático de la ciencia política (Velasco 1999, 6-7).

Se aprecia en esta visión, un desprecio por la teoría política y la historia, al ser consideradas como especulativas, evaluativas y anticuarias; es decir, no encontraban utilidad alguna en este tipo de perspectivas, sino simplemente un quehacer de recolección de antigüedades y de reflexiones sin aportación científica.

Detenerse en el estudio de los contextos de las ideas, significaba encontrar otro sentido histórico y otro valor intencional y de juicio a la idea, significaba también socavar su lógica trascendental, teleológica y progresiva, era minar epistemológicamente la idea-unidad que despegaba desde el pasado y aterriza en el presente manteniendo su esencia al transcurrir por encima de la historia y los contextos sin recibir alteración sustancial. El modelo empirista también se veía sumamente debilitado con una perspectiva histórica-contextual, pues dejaría de verse al pensamiento como objeto verificable en el tiempo, y se circunscribiría en su contexto, limitando la supuesta universalidad y utilidad permanente que se le adjudicaba.

La crítica contextual, el estudio específico e intencional de las ideas, la ubicación histórica, no eran compatibles con la metodología “realmente” científica similar a la de

otras disciplinas como la física o química. Como bien menciona el teórico político estadounidense Sheldon S. Wolin:

Los defensores del método científico, al suponer que el modelo de la investigación científica es el apropiado para la ciencia política y social, al reconocer que el conocimiento político válido es el que se adquiere mediante los procedimientos científicos de observación, recolección de datos, clasificación y verificación, y al insistir en que un conocimiento preciso supone la transformación de enunciados “metafísicos” o “normativos” en otros empíricamente verificables, lograron restringir el debate a una mera cuestión de procedimientos (Wolin 1999, 153).

Sheldon Wolin expone en esta breve cita, cómo el paradigma positivista limitó el debate reduciendo la discusión intelectual a una cuestión de procedimientos; es decir, no de metodología, sino meramente de técnicas y procesos de investigación que fueron las medidas por las que se evaluaba la consistencia de una investigación. De no cumplir con esos procedimientos, los estudios era considerados como metafísicos, de tener un carácter filosófico y escazamente rígido, impidiendo el florecimiento de perspectivas con gran aportación intelectual.

La tradicional historia de las ideas, fue así, una institución paradigmática que predominó plenamente en la historiografía anglosajona durante la primera mitad del siglo XX. La tradicional historia de las ideas, no sólo forma parte del paradigma positivista y científicista, sino que también fundó su propio paradigma de hacer historia, que se instaló en muchas universidades importantes de Estados Unidos e Inglaterra.

La perspectiva tradicional y empírista aspiró a instalar la historia de las ideas en una posición privilegiada y autónoma del resto de las especialidades, es decir, con métodos y objetivos propios, meta que lograron, pues situaron a la historia de las ideas y del pensamiento político como disciplina de primer orden. El reconocimiento indudable de la

tradicional historia de las ideas es hacer de esta materia una forma de estudio apropiada y útil para ilustrar el pensamiento y las instituciones políticas históricas de las sociedades modernas. De esta forma Arthur Lovejoy afirmaba:

... forma parte de la tarea última de la historia de las ideas aplicar su propio método particular de análisis para comprender cómo las nuevas creencias y modas intelectuales se introducen y difunden, para colaborar a dilucidar el carácter psicológico de los procesos mediante los cuales cambian las modas y la influencia de las ideas; para aclarar, dentro de lo posible, cómo las concepciones predominantes, o bien que prevalecen bastante, en una generación pierden su poder sobre los hombres y dejan paso a otras (Lovejoy 1983, 26).

La herencia intelectual del paradigma positivista tradicional fue colocar el estudio de las ideas políticas como una disciplina sui generis científica, parecido a las ramas de la química o física. La institucionalización de ésta disciplina en la historiografía anglosajona llegó a ser tan notable y fuerte que con la llegada del giro lingüístico surgieron nuevas propuestas como la *Begriffgeschichte* alemana y la Escuela de Cambridge, que no socavaron ésta área de estudio, sino que la renovaron con un impulso mayor, ya que han tenido gran influencia en el mundo académico y han ampliado las perspectivas de investigación e interpretación.

En este apartado se tocaron, de manera general, algunos criterios sobre prácticas científicas que se llevaron a cabo en la historiografía anglosajona respecto a la historia de las ideas. Se expuso de manera muy breve las perspectivas y paradigma institucionalizados en Estados Unidos, y en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Siguiendo ciertos planteamientos del historiador francés Michel de Certeau, se brindó una noción sobre las tradiciones, escritura e instituciones de la visión anglosajona acerca de las ideas, con la finalidad de comprender con más amplitud y profundidad el conocimiento que se desarrolló (Certeau 1985, 72-77).

2.2. *El giro lingüístico de Wittgenstein.*

Una de las grandes influencias epistemológicas en Quentin Skinner es el filósofo de origen austriaco Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Este filósofo que traía consigo una tradición germano-austriaca estaba originalmente interesado en los significados del lenguaje y la manera en como estructuraban la vida de la sociedad, es decir, en encontrar una lógica explicativa como la matemática pero dentro del lenguaje, que describiera el funcionamiento de nuestra racionalidad. Estas inquietudes las trabajará y se verán influenciadas y transformadas en el mundo académico inglés.

En la segunda década del siglo XX, Wittgenstein contacta al reconocido filósofo británico Bertrand Russell y se introduce al círculo de Cambridge, conectándose con la red de filósofos anglófonos permeando sus ideas con perfiles cantabrigenses (Toulmin 1987, 21). El Wittgenstein que escribe *El Tractatus Lógico-Philosophicus* en 1922 es aún un Wittgenstein influenciado netamente de tradición germano-austriaca, que busca un funcionamiento lógico del lenguaje enfocado meramente en la descripción; intenta buscar las relaciones estructurales significativas entre el lenguaje y los hechos para poder alcanzar una comprensión acabada.

Estas inquietudes por encontrar certezas, absolutos, estructuras lógicas, y funcionamientos que expliquen casi en totalidad la racionalidad del hombre son, sin duda, planteamientos de la cultura alemana que influye en la austriaca. De esta forma, Wittgenstein va contribuyendo con la tradición de Cambridge, principalmente en filósofos como G. E. Moore y Brentrad Russell. Pero posteriormente Cambridge y la tradición inglesa harán que Wittgenstein revise sus tesis originales, y para las décadas posteriores sus

escritos seguirán teniendo inquietudes sobre el lenguaje, pero en donde el objetivo no será el significado, sino la *utilidad*.

Entre 1933 y 1935 Wittgenstein escribe *Los cuadernos azul y marrón* para su clase de Cambridge. En este libro ya es evidente el cambio de perspectiva en la filosofía de Wittgenstein, pues en lugar de emprender la búsqueda de un significado dado o universal, se enfoca en el estudio del significado práctico; no un signo con un código único, sino un signo o palabra con múltiples usos. Wittgenstein establece en este escrito que: “si tuviésemos que designar algo que sea la vida del signo, tendríamos que decir que era su uso” (Wittgenstein 1989, 31).

Así, el signo deja de tener una connotación lógico estructural para adquirir una expresión utilitaria, una expresión que corresponde a la influencia anglosajona. Se podría decir que en Cambridge hay un primer Wittgenstein con una gran parte de tradición filosófica alemana, pero una década después tenemos un segundo Wittgenstein permeado por el ambiente cantabrigense y la tradición inglesa, donde se apropia del concepto de utilidad.

Los escritos de Wittgenstein de los años 1945 a 1949 se editarán en 1953, dos años después de su muerte en 1951. Estos escritos representarán el pensamiento maduro y consolidado de Wittgenstein y se compilarán en el texto más importante para la teoría del lenguaje en siglo XX: *Investigaciones filosóficas*. Aquí encontramos un Wittgenstein con una apropiación notable de cultura anglosajona.

El 25 de octubre de 1914 cuando Europa entró en guerra, según Jacques Bouveresse, Wittgenstein anotó en su *Diario filosófico*:

Esta noticia me hace sentir hoy más que nunca la posición terriblemente triste de nuestra raza: la raza alemana. Porque no podemos imponernos a Inglaterra, lo cual me parece prácticamente un hecho. Los ingleses –la mejor raza del mundo- *no pueden* perder. Nosotros, sin embargo, podemos perder y perderemos, si no este año, el año próximo. La idea que nuestra raza será vencida me deprime terriblemente, porque soy por completo alemán (Bouveresse 2006, 81).

Esta admiración por lo anglosajón, se convertirá en un sentimiento aún más fuerte, pues para 1940, cuando la Alemania nazi domina Europa e Inglaterra estaba sola frente al poderío alemán, Wittgenstein dijo: ...”hoy que Inglaterra está en verdadero peligro, me doy cuenta de cuánto me gusta, y hasta qué punto detestaría verla destruida” (Bouveresse 2006, 82). De esta forma, Wittgenstein no puede negar sólo su admiración, sino su pleno afecto por los ingleses.

Wittgenstein se concentra en el estudio del lenguaje, en su pensamiento maduro o segunda etapa de su filosofía a fines de la década de los cuarenta, inaugura una novedosa perspectiva filosófica centrada en lo que él llama los *juegos del lenguaje*, con ellos le dará a la filosofía una novedosa manera de acercarse al conocimiento y a la interpretación intelectual.

Podemos imaginarnos también que todo el proceso del uso de palabras es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a estos juegos <<*juegos de lenguaje*>> y hablaré a veces de un lenguaje primitivo como un juego de lenguaje.

Llamare también <<juego de lenguaje>> al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretelado (Wittgenstein 2003, 25).

Los juegos del lenguaje son así, la tesis central en torno a la cual gira el resto de los argumentos de su obra y en el cual se fundamenta la relación del hombre entre sí y con el mundo. Los juegos de palabras son los usos diversos de las palabras, relaciones del lenguaje que no tienen significado dado, sino usos. Utilidad en el sentido anglosajón.

11. Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos. Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras. (Y hay semejanzas aquí y allí) (Wittgenstein 2003, 27).

Aquí se aprecia el sentido pragmático de los juegos del lenguaje, la utilidad como la manifestación de los juegos del lenguaje, el uso de las palabras como la razón de existir del lenguaje. Las palabras son pues herramientas con las que se puede construir una variedad incontable de términos, conceptos, oraciones, etc. Las palabras no tienen un fin acabado, no contienen un significado definitivo ya que, de ser así, no se podría construir o transformar las antiguas concepciones históricas por novedosas interpretaciones que fundamenten un cambio histórico en cualquier ámbito, ni siquiera tendríamos una comunicación tan extensa y variada como la conocemos.

Wittgenstein llama lenguaje primitivo al lenguaje de palabra-significado, una asociación cabal de palabra y objeto (Wittgenstein 2003, 19). Es una especie de comunicación sistemática. Su empleo se da en la niñez como adiestramiento y no como explicación (Wittgenstein 2003, 10). La búsqueda del significado como aquel ente acabado y definitivo no existe en la perspectiva de Wittgenstein. El significado como representación absoluta de una palabra, término o concepto, no se manifiesta en los juegos del lenguaje.

El asociar palabra-significado es para Wittgenstein, un primer paso de identificación de objetos con el que vamos aprendiendo nombres y descripciones, más no explicaciones, estas últimas sólo podrán darse conforme se enriquezcan los juegos del lenguaje. El significado en Wittgenstein sólo es la mención de un nombre o un término con el que identificamos cosas, objetos o individuos, cuyo uso es común y nos sirve, desde nuestra niñez, para relacionar la realidad que nos rodea y poderla comunicar en sociedad.

En el curso del desarrollo lingüístico de cada individuo, el uso que le da a las palabras y el sentido con el que las dirige va cambiando y se va enriqueciendo, construyendo diversos juegos de lenguaje que transforman y modifican el significado o la intención de sus construcciones lingüísticas. Las palabras van adquiriendo múltiples usos y significados, complejizando y enriqueciendo la comprensión de las oraciones o de las ideas escritas y habladas de cada individuo.

40. Hablemos primero de *este* punto de razonamiento: que la palabra no tiene significado si nada le corresponde. –Es importante hacer constar que la palabra <<significado>> se usa ilícitamente cuando se designa con ella la cosa que corresponde a la palabra. Esto es confundir el significado del nombre con el portador del nombre. Cuando el Sr. N. N, muere se dice que muere el portador del nombre, no que muere el significado del nombre. Y sería absurdo hablar así, pues si el nombre dejara de tener significado, no tendría sentido decir <<el señor N. N. está muerto>> (Wittgenstein 2003, 59).

Wittgenstein vuelve a recalcar que el significado es el uso, es decir, el uso de la palabra es el que da el significado, y como los usos son múltiples, los significados son también múltiples. El hecho de relacionar un objeto con un determinado término o palabra es simplemente nombrar ese objeto, identificarlo con un nombre, pero de ninguna forma se le está otorgando posesión de un significado cabal. El nombre de un objeto de ninguna forma representa su significado. Podemos usar una misma palabra, un mismo nombre de algún objeto para dar diversos significados en nuestras construcciones lingüísticas.

Existen además en nuestro lenguaje, expresiones que no denominan o nombran necesariamente un objeto, sino que pueden ser verbos o exclamaciones que se usan para una infinidad de intenciones, de significados y de usos. Lo que Wittgenstein nos está planteando es que en nuestro lenguaje no se trata de “hablar de cosas”, pues hacemos de estas, toda una serie de construcciones heterogéneas. Pensemos, dice Wittgenstein, sólo en las exclamaciones con sus funciones totalmente diversas, y pone de ejemplo: “¡Agua!

¡Fuera! ¡Ay! ¡Auxilio! ¡Bien! ¡No!. ¿Estás aún inclinado a llamar a estas palabras <<denominaciones de objetos>>?” (Wittgenstein 2003, 43).

Wittgenstein se empeña en hacer entender que las palabras no se usan sólo para denominar objetos o cosas, muchas expresiones son abstractas en un sentido semántico. La palabra martillo puede usarse de muchas maneras, pero en una primera impresión uno se imaginará en su mente la forma común de la herramienta; en cambio, no se puede tener una imagen clara de ¡Ay! o del ¡Bien! En este tipo de expresiones la necesidad de conocer la *situación de utilidad* se hace aún más prioritaria. No hay forma de denominar o describir estas palabras, la única manera es a través de su connotación pragmática que también es múltiple; es decir, por medio de ejemplos diversos en los cuales se emplean este tipo de expresiones, sólo de esa forma se puede entender su uso, debido a que no tienen significado absoluto.

43. para una gran clase de casos de utilización de la palabra <<significado>> -aunque no para todos los casos de su utilización- puede explicarse esta palabra así: El significado de una palabra es su uso en el lenguaje (Wittgenstein 2003, 61).

Esta cita de Wittgenstein es una tesis esencial sobre la forma en cómo concibe al lenguaje humano. El uso es el determinante del lenguaje, nada es comprensible dentro del lenguaje si no tiene un uso concreto. Sólo conociendo el uso con el que determinada palabra es aplicada se puede entender el significado concreto de esa aplicación específica. El uso es el significado, y como los usos son múltiples, los significados son también diversos.

Es así como se manifiestan los juegos del lenguaje, juegos pragmáticos que nos permiten reflexionar acerca de nuestro lenguaje y conocerlo en su forma activa. Los juegos del lenguaje no son reglas lingüísticas, son la manifestación de nuestra conciencia.

Nuestros claros y simples juegos de lenguaje no son estudios preparatorios para una futura reglamentación del lenguaje –como si fueran primeras aproximaciones, sin consideración de la fricción y de la resistencia del aire. Los juegos del lenguaje están más bien ahí como objetos de comparación que deben arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza (Wittgenstein 2003, 131).

Los juegos del lenguaje no son una teoría ni concepto, tampoco son procedimientos que se pueden detallar o explicar en definitiva. Los usamos a diario, a veces sin ser conscientes de que los estamos aplicando, son prácticamente incontables las formas y sentidos semánticos que pueden adquirir. Su manifestación es pragmática, la forma de entenderlos es a través de los significados e intensiones que se muestran en cada oración o construcción con palabras que, aunque usando las mismas palabras o definiciones, los significados y usos cambian.

El esclarecimiento de un juego del lenguaje, o sea, su uso específico y el significado concreto de ese uso, así como su intensión y objetivo, necesita de una contextualización histórica amplia donde se despejen los juegos lingüísticos que rodean una determinada frase para así tener una perspectiva más amplia de su uso y sentido. No se trata, como menciona el mismo Wittgenstein, de dominarlo o aprenderlo, pues no hay definición ostensiva, sino que se tiene que saber conjeturar a dónde señala el que explica. Si, por ejemplo, a la forma del objeto, o a su color, o al número, etc., etc. (Wittgenstein 2003, 51).

Los juegos del lenguaje, dice Wittgenstein: “Arrojan luz sobre nuestro problema quitando de en medio malentendidos. Malentendidos que conciernen al uso de las palabras,

provocados, entre otras cosas, por ciertas analogías entre las formas de expresión en determinados dominios de nuestro lenguaje” (Wittgenstein 2003, 113). Ser conscientes de que nuestras expresiones racionales forman parte inevitable de estas combinaciones lingüísticas nos ayuda a entender que todo producto racional, ya sea hablado o escrito, implica un uso concreto, una intensión específica y un significado determinado. De esta forma se evita errar con mayor grado, las alteraciones, comparaciones, analogías o desviaciones interpretativas de enunciados o productos escritos u orales.

Wittgenstein está en contra de las totalidades y verdades universales, pues si todo forma parte de juegos de lenguaje, los planteamientos cambian y tienen un uso específico; además, la manera en como pensamos y nos acercamos a conocer es por medio del lenguaje. De ahí la importancia de comprender el medio lingüístico, los usos, los significados, y el sentido en los que un sujeto sustentó su producción intelectual, antes de pretender universalizar cierto conocimiento sobre alguna realidad u objeto, es esencial comprender bajo qué múltiples connotaciones estuvo inmerso determinado pensamiento.

La presencia del método experimental nos hace creer que ya disponemos de los medios para librarnos de los problemas que nos inquietan; cuando en realidad problemas y métodos pasan de largo sin encontrarse. (Wittgenstein 2003, 527)

Los problemas y los métodos están mediados por el lenguaje, cualquier método es construcción lingüística y forma parte de los juegos del lenguaje. Todo está mediado por el lenguaje, es decir, la forma en cómo nos acercamos a un problema ya supone un bagaje lingüístico y de la misma forma el estudio e interpretaciones que hacemos de él. El tipo de juegos lingüísticos también cambian de uso y van transformándose históricamente, de esa forma, ningún método o afirmación es eterna ni absoluta.

¿Qué es lo fundamental para entender o captar el uso concreto de un juego del lenguaje, para comprender lo que específicamente se planteó y pretendió comunicar, sin que se escape de manera excesiva a interpretaciones anacrónicas o semejanzas ahistóricas? El contexto, sin duda alguna, es un elemento importante en la filosofía que desarrolla el segundo Wittgenstein, y será determinante para la perspectiva que construirá Quentin Skinner. Para esta perspectiva lingüística, el significado utilitario del lenguaje y las palabras solo puede cumplirse en un contexto. Es decir, los múltiples usos o juegos del lenguaje deben estar enmarcados en un contexto adecuado que le adjudica su significado práctico. El mismo Wittgenstein dice que él sabe lo que significa una palabra en ciertos contextos (Wittgenstein 1989, 36).

Así pues, la palabra no tiene un significado dado, sino que obedece al contexto que le da su verdadero sentido. Una palabra puede tener diversos significados dependiendo de los contextos en donde se ubique, de ahí también que sus usos sean variables. Un lenguaje o palabra sin contexto sólo sería un sonido o expresión de cualquier tipo aventada al vacío y sin ninguna posibilidad de promover la comunicación o coherencia en la sociedad.

Quentin Skinner rescatará ampliamente esta forma wittgenstiniana de concebir el lenguaje y el contexto en el estudio del pensamiento político que realizará décadas después, buscará las intenciones de las ideas mediante el contexto intelectual que es aquel que está expresado en los usos del lenguaje, los cuales, se encuentran en los textos que rodean determinada obra. Con eso se podrá captar el uso que el autor estaba dando al lenguaje.

De esta forma, se conocerá al sujeto a través del contexto, su pensamiento como acción también tendrán sentido en su contexto. Es importante resaltar que se trata de un

contexto de ideas que son lenguaje y acción, o sea ideas dentro de una discusión intelectual y situación histórica que las enmarca, y mediante el conocimiento profundo de este contexto se puede dilucidar las intenciones originales que se propusieron para determinado uso.

Lo que el lenguaje nos ofrece, desde el punto de vista de Wittgenstein, es un conjunto no acabado de usos posibles para los cuales, y en circunstancias adecuadas, la palabra trabaja y funciona (Rojas 2002, 46). Lo que propondrá Quentin Skinner es buscar dentro de los usos posibles del lenguaje, el más adecuado a su circunstancia o contexto que corresponda a las inquietudes y formas de comunicación de su época, ya no será un análisis económico, geográfico, ideológico o estructural, sino un análisis histórico lingüístico que producirá conocimiento innovador para el estudio de la historia del pensamiento político.

Es la sociedad hablante la que sostiene el lenguaje; y no hay significado alguno más allá de las situaciones concretas de uso en las que las palabras y expresiones son llevadas, en cada caso, a la práctica (Rojas 2002, 47). Es por eso que para entender el pensamiento de un individuo y sus intenciones originales se debe encontrar el marco lingüístico en el que el sujeto se encontraba inmerso, los usos de las palabras que en su momento se estaban llevando a cabo y que también son históricos y bajo los cuales el individuo argumentó sus tesis o atacó otras. Así también, los errores interpretativos que Skinner señalará posteriormente se deben a esos desvíos lingüísticos con los que se interpretaba y criticaba en la tradicional historia de las ideas. Pues al no comprender y no estudiar el contexto de las ideas y sus usos lingüísticos, provoca que una obra esté desubicada respecto a su sentido práctico e histórico, y se cometa la falla de leerla bajo la lupa de usos lingüísticos

diferentes a los que se escribió, además de que se hace imposible dilucidar qué estaba pensando y con qué intención el autor escribió determinada obra.

La filosofía inglesa del lenguaje se desarrolla en Cambridge y en Oxford, en la primera institución se encontraron las figuras de Bertrand Russell (1872-1970), G. E. Moore (1873-1958), M. E. Johnson, C. D. Broad (1887-1971), F. P. Ramsey (1903-1930); y por supuesto Ludwig Wittgenstein, todos ellos coincidían en que la filosofía es análisis y esclarecimiento del lenguaje y del pensamiento (Bréhier 1988, 593). Así, en Cambridge fue estableciéndose en la primera mitad del siglo XX, una tendencia clara, por parte de la filosofía, de comprender de forma despejada y sin contingencia, las ideas expresadas en palabras y en lenguaje. Por otra parte, Oxford contó con filósofos como G. Ryle (1900-1976) y J. L. Austin (1911-1960) con una tendencia similar a prevenir los errores de interpretación a través del esclarecimiento del lenguaje.

Wittgenstein se encontró permeado en una tradición inglesa de interés por el lenguaje que bajo otros aspectos ya se empezaban a ver en filósofos como Francis Bacon (1561-1626) y John Locke (1632-1704) (Belaval 1973, 235). Wittgenstein reformuló la inquietud de cómo esclarecer nuestras confusiones y malentendidos intelectuales, encontrando la mejor forma de aclararlos en la investigación del lenguaje. Una de las grandes aportaciones de Wittgenstein fue rescatar y desarrollar novedosamente la filosofía lingüística y producir con ello un paradigma en la filosofía occidental, desembocando en una revolucionaria perspectiva gnoseológica que abrazó al giro lingüístico como su base de análisis.

Para la década de los cincuentas, el estudio del lenguaje parecía ser la única manera nueva, efectiva y moderna de hacer filosofía. En la década de los sesentas hay un interés por los estudios históricos, porque se presenta una gran producción de historia de la filosofía, más volúmenes y reimpressiones de Wittgenstein se publicaron y, desde luego, la *Historia de la Filosofía* de Coppleston fue casi terminada (Hall 1984, 105-107).

Para la década de los años setentas, continúa la tendencia hacia la historia de la filosofía, se presentaron intentos renovados de estrechar la brecha existente entre Inglaterra y los demás países europeos, principalmente con la filosofía alemana. Lo que resalta es que la obra de Wittgenstein continuó fortalecida pues aparecieron más traducciones: la *Gramática filosófica* y *Observaciones filosóficas*, así como nuevas colecciones de ensayos sobre Wittgenstein (Hall 1984, 109). Así pues, la filosofía inglesa desarrolla las tesis de Wittgenstein en estas décadas y se dedica a revisar los estudios de historia del pensamiento, los estudios históricos fueron la gran producción y la gran empresa de Inglaterra en estos años. Quentin Skinner hará lo suyo con el estudio histórico del pensamiento político.

2.3. El Historicismo de Collingwood.

El contexto intelectual en el que Quentin Skinner inicia sus estudios en el Caius College en 1959, es de un ambiente de tradición Wittgensteiniana, de producción y revisión de estudios históricos que va entrelazado con la historia del pensamiento, ésta última producto de las tesis idealistas inglesas donde Collingwood fue uno de los máximos representantes. Es así como Skinner mismo se denomina un hombre de Cambridge (Skinner 2005, 256), al construir su perspectiva desde elementos epistemológicos propios de Cambridge y de su cultura anglosajona. Y es aquí donde se encuentra la otra gran influencia de Quentin Skinner que es R. G. Collingwood.

Robin George Collingwood (1889-1943) quien es una figura importante de la tradición idealista e historicista británica⁵, siguió los planteamientos que se estaban dando en Cambridge por parte de Bury y principalmente de Oakeshott en su forma de concebir la historia. La obra de Collingwood, ubicada en la década de los treinta, representa un claro distanciamiento del método positivista.

Collingwood compartió muchas de las tendencias idealistas de Oakeshott (Jay 2009, 275), quien planteó que la tarea del historiador no es descubrir, recapturar o incluso interpretar, sino crear y construir. La historia es experiencia decía Oakeshott, el mundo de experiencias e ideas del historiador. Desde Oakeshott se comienza a ver claramente una tendencia idealista hacia la historia de manera individual y subjetivista, en la que la

⁵ Se presenta en este autor una visión idealista de la historia, donde el pensamiento ocupa el lugar principal de todo estudio y donde la historia se realiza con la consciencia y experiencia vivida. También se encuentra un planteamiento que busca separar la historia respecto a los métodos y objetivos de las ciencias naturales.

creación de la historia es responsabilidad del sujeto-historiador que construye el mundo de las ideas.

Collingwood cambió la idea de experiencia en Oakeshott por un término más elaborado que es el de consciencia. Según Martin Jay, siguiendo a Louis O. Mink: “Collingwood no utilizó ‘experiencia’ como un término con un significado sistemático, sino como un sinónimo más o menos aproximado de *consciencia*” (Jay 2009, 275). Collingwood no ve en la idea de experiencia de Oakeshott, la forma más adecuada de hacer historia, pues la experiencia en sí no representa una acción que pueda elevarse a suceso histórico, la experiencia la pueden adquirir diversos organismos de vida y eso no garantiza que se construya historia.

Para Collingwood, la historia no puede ser un conjunto de experiencias en bruto, pues debe haber consciencia reflexiva de por medio, experiencia pensada que haga que toda esa acumulación empírica adquiera sentido histórico. Collingwood ya tenía claro que la historia no se presenta en materia prima como experiencias que están esperando ser interpretadas, la historia nos llega por medio de ideas ya pensadas y no de experiencias puras. Collingwood distingue claramente la experiencia de la idea, la primera sólo como la vivencia de un acontecimiento en sí que no se manifiesta sino a través del pensamiento, es decir, de las ideas.

El historiador no se queda jamás con un aspecto con exclusión del otro. Lo que investiga no son meros acontecimientos (por mero acontecimiento quiero decir uno que sólo tiene exterior y no interior), sino acciones, y una acción es la unidad del exterior y el interior de un acontecimiento (Collingwood 2000, 209).

La experiencia es un acontecimiento exterior que sucede sin expresar una lección histórica, su acción se presenta solamente en forma física sin revelarse su manifestación

interior que es el pensamiento humano. Lo importante es despejar el aspecto interior, es decir, el pensamiento de quién protagonizó determinado suceso histórico. “Tiene que recordar siempre que el acontecimiento fue una acción, que su tarea principal es adentrarse en el pensamiento en esa acción, discernir el pensamiento del agente de la acción” (Collingwood 2000, 209). Sin duda esta perspectiva de enfocarse en el pensamiento de una acción, más que en la acción misma, tendrá gran impacto intelectual en Quentin Skinner cuando desarrolle su propuesta historiográfica de la *intención*.

Para la historia, el objeto por descubrir no es el mero acontecimiento sino el pensamiento que expresa. Descubrir ese pensamiento es ya comprenderlo. Después que el historiador ha comprobado los hechos, no hay proceso ulterior de inquisición en sus causas. Cuando sabe lo que ha sucedido, sabe ya por qué ha sucedido (Collingwood 2000, 210).

Collingwood no considera que la historia sean los sucesos, sino los pensamientos, pues estos últimos representan el impulsor fundamental de todo proceso histórico o acontecimiento. La causa y efecto de toda acción histórica se encuentra en el pensamiento que es el elemento humano donde se desarrollan, producen y reflexionan las acciones que van encausando la historia de las sociedades y moldeando los procesos que definen lo que somos históricamente, así como definiendo nuestras formas de razonar y de actuar.

El pensamiento es la fuerza interior, es el núcleo que le da vida al resto de sucesos históricos, toda acción parte de un pensamiento que le dio un sentido racional a la acción misma para perseguir determinado fin. Es pues este idealismo de Collingwood el que va a influenciar fuertemente en la perspectiva de Quentin Skinner, la idea como la fuente de toda acción, y como el campo más importante de estudio histórico. El estudio del pensamiento y de las ideas es en la perspectiva de Collingwood, el objetivo determinante de la historia.

Metodológicamente ¿Cómo debe el historiador acercarse al pensamiento histórico? ¿Cómo debe ser estudiado el pensamiento por parte del historiador? Collingwood planteó que sólo hay una manera de hacerlo: “repensándolos en su propia mente” (Collingwood 2000, 210).

Collingwood pretendía reactualizar las ideas pasadas en la mente del historiador abstrayendo los pensamientos y analizándolos en su propio intelecto. Se trata de pensar como los otros pensaban y de analizar esas ideas con el fin de criticarlas y hacer juicios sobre las formas de razonar en los sujetos del pasado y, además, obtener conocimiento que pueda ser útil para el presente.

El conocimiento histórico es el conocimiento de lo que la mente ha hecho en el pasado y, al mismo tiempo, es volver a hacerlo, es la perpetuación de actos pasados en el presente (Collingwood 2000, 213).

En Collingwood vemos resquicios de la tradicional historia de las ideas, la cual consideraba que el producto intelectual pervive a lo largo del tiempo sin cambiar en esencia, dándole forma al tiempo presente. Collingwood no logra desligarse por completo de la tradición que dominaba en ese momento el estudio de las ideas en el mundo anglosajón. Aunque no simpatiza con la idea de objetividad plena en el estudio de la historia, si comparte el principio teleológico y canónico de la tradicional historia de las ideas.

Por muy frecuente que suceda, tiene que suceder siempre en algún contexto, y el nuevo contexto tiene que ser tan apropiado para él como el viejo. De esta suerte, el mero hecho de que alguien haya expresado sus pensamientos en escritura, y de que poseamos sus obras, no nos capacita para comprender sus pensamientos. A fin de que podamos comprenderlos, tenemos que abordar su lectura preparados con una experiencia suficientemente parecida a la suya como para hacer esos pensamientos orgánicos a esa experiencia (Collingwood 2000, 288).

Para Collingwood es necesario que exista una similitud en los contextos entre el historiador y el pensamiento histórico, y es ahí donde Skinner presentará una diferencia y una innovación respecto a cómo concebir el contexto. Collingwood, a pesar de concebir que todo pensamiento corresponde a un contexto, convive con la perspectiva de que esa idea es adaptable a contextos similares que se presentan a lo largo de la historia. Collingwood plantea que el historiador debe estar inmerso o tener contacto con experiencias parecidas a las del pensamiento histórico que esté trabajando. Es por eso que Collingwood no logra desligarse de algunas tesis tradicionalistas de corte positivista, al menos en este aspecto de índole metodológica, en donde Skinner sí tendrá una propuesta mucho más elaborada que represente una auténtica ruptura con la tradicional historia de las ideas.

En el desarrollo histórico del pensamiento que concibe Collingwood, el cambio o ruptura radical no se manifiesta como parte de su desenvolvimiento, sino que el pasado histórico es un pasado vivo, y el cambio histórico de una manera de pensar a otra no supone la muerte de la primera, sino su supervivencia integrada en un nuevo contexto que implica el desarrollo y la crítica de sus propias ideas (Collingwood 2000, 220). De esta forma Collingwood mantiene el enfoque tradicional en lo que concierne a la evolución del pensamiento. Es esta perspectiva en donde también se enfocará la renovación que Skinner dará al estudio del pensamiento político al insertar las tesis del giro lingüístico wittgenstiniano para el estudio de las ideas y la construcción de un contexto intelectual objetivo y distinto al que planteaban otras corrientes historiográficas.

Uno de los grandes meritos de Collingwood es hacer la distinción entre el componente exterior y el interior de una acción, dándole un sentido más profundo a la perspectiva de historia del pensamiento, proponiendo que el historiador debe discernir el pensamiento o el sentido interior del agente. Esa es quizá la influencia más importante que retomará Skinner al interesarse principalmente en encontrar las intenciones del autor, es decir, en esclarecer el aspecto interior y profundo del agente histórico al expresar lo que dejó en escritura; en busca de ello, formulará una innovadora perspectiva contextualista para poder dar un enfoque más veraz sobre lo que el pensamiento político significaba en su momento y, así, visualizar los errores interpretativos o anacrónicos que se han dado en la historiografía.

Es así como Skinner revisa las aportaciones de Wittgenstein junto con las tesis historiográficas de Collingwood, insertando los juegos del lenguaje al estudio del pensamiento político, haciendo con ello una auténtica renovación en la perspectiva de la historia del pensamiento político propiamente de la tradición anglosajona, así como en el modo de concebir la relación contexto-sujeto. Retoma de Wittgenstein esa forma esclarecedora de acercarse al objeto de estudio a través de la comprensión de los juegos del lenguaje. Comprender los múltiples usos de las palabras en sus diversos contextos históricos, además de ser una tarea de gran envergadura, conlleva a una clarificación amplia del sentido concreto y la orientación específica que los textos históricos tenían respecto a su contexto correspondiente.

Quentin Skinner renueva la perspectiva del estudio de la historia del pensamiento político introduciendo los juegos del lenguaje wittgensteinianos en su historicismo

anglosajón heredado esencialmente de Collingwood. Esta perspectiva de Skinner que combina tesis lingüísticas e historicistas de tradición anglosajona, es lo que hace de su enfoque y de su método, una manera singular y renovadora para el estudio del pensamiento político. Los juegos pragmáticos del lenguaje aplicados a un estudio histórico del pensamiento, propician un enfoque distinto a las demás perspectivas como fue la tradicional historia de las ideas, socavando sus bases tanto epistemológicas y metodológicas.

Al igual que la tradición anglosajona, Quentin Skinner seguirá enfocado en el estudio de las ideas y del pensamiento. La influencia de Collingwood en Skinner es de perfil temático, la historia del pensamiento como el campo donde se acumula el conocimiento histórico, donde está el interior y las entrañas de toda acción histórica, el estudio del sujeto y su intención más profunda. El sujeto es, en esta perspectiva, el actor esencial de la historia, es en el sujeto donde se encuentra el objeto principal de estudio, y no en su biografía o en sus circunstancias cotidianas, sino en su pensamiento, en su producción intelectual.

3. Skinner y la nueva historia intelectual

El giro lingüístico provocó una ruptura con el positivismo a nivel filosófico y, desde luego, historiográfico. Los juegos del lenguaje de Wittgenstein socavaron radicalmente las ideas-unitad y los problemas del paradigma de la tradicional historia de las ideas. El giro lingüístico wittgenstiniano se produce en Inglaterra, su influencia en ese país produjo una serie de estudios de filosofía analítica desarrollándose aún más los usos pragmáticos del lenguaje, como es el caso de la “fuerza ilocucionaria” de J.L. Austin (1911-1960) que desarrolla la carga intencional en el lenguaje, y que es retomada por Skinner (Skinner 2007a, 188-189), como aquella que le da aún más sentido a una frase o construcción lingüística que su mera constitución semántica.

Es con estas revisiones del lenguaje aplicadas al estudio de la historia del pensamiento como surge una nueva perspectiva para la investigación de las ideas basada en la crítica contra la tradicional historia de las ideas. El impacto del giro lingüístico en la historiografía de las ideas no sólo se dejó ver en Inglaterra, sino también en Alemania, donde surge otra propuesta permeada con una tradición hermenéutica y no pragmática para el análisis de las ideas pero enfocado en los conceptos. Conrad Vilaou menciona acertadamente que del giro lingüístico se desarrollaron dos escuelas filosóficas, la analítica (anglosajona) y la hermenéutica (alemana) y, que a su vez, de estas tendencias filosóficas surgen dos propuestas de historia, la Escuela de Cambridge de John Pocock y Quentin Skinner y la *Begriffsgeschichte* o historia conceptual de Reinhart Koselleck (Vilaou 2006, 167).

La nueva historia intelectual es el conjunto de propuestas historiográficas que retoman el giro lingüístico para la revisión de las ideas, el lenguaje y los conceptos. La misma tradicional historia de las ideas liderada por Arthur Lovejoy, se consideraba historia intelectual (Lovejoy 2000, 141), al concentrarse en el estudio del pensamiento y de la inteligencia de los hombres, y de cómo estos productos intelectuales tienen peso en la historia. La nueva historia intelectual adquiere su adjetivo de “nueva” debido a que hay un cambio en su enfoque y debido también a que surgen diversas propuestas para el análisis de las ideas, cada una con sus objetivos y métodos propios. En este subcapítulo, se expondrá la consistencia metodológica de Quentin Skinner con la finalidad de esclarecer sus innovaciones y entender su aplicabilidad.

La Universidad de Cambridge arrastra una rica tradición filosófica e historiográfica que ya hemos venido tratando a lo largo de los dos capítulos anteriores, la denominada Escuela de Cambridge hace alusión a la propuesta historiográfica que surge como una perspectiva de historia intelectual contraria y renovada respecto a la tradicional historia de las ideas y que encuentra su expresión más desarrollada en cuestión metodológica y explicativa con Quentin Skinner. Anteriormente a Skinner, hubo algunos historiadores propios de Cambridge que comenzaron esta gran tarea intelectual cuyas obras ya tenían una perspectiva similar a la que Skinner construirá en *Los Fundamentos del Pensamiento Político*, y que además influyeron personalmente en Quentin Skinner.

La obra de Pette Laslett (1915-2001), quien fue profesor de Skinner en Cambridge, representó un cambio en la forma de analizar la historia del pensamiento político. Para Laslett, John Locke no escribió sus *Dos ensayos sobre el gobierno civil* para justificar la

revolución inglesa de 1688, pues este último escribió ese texto diez años antes del acontecimiento (Skinner 2005, 257). Laslett, al haber trabajado a Locke inmerso en su circunstancia política y no como texto aislado, comenzó a mostrar lo engañoso que era suponer que la historia de la filosofía política podría ser escrita como un diálogo entre los miembros establecidos de un canon (Richter 1990, 53). En las ediciones críticas que escribió para el *Patriarcha* de Robert Filmer (1949) y de *Two Treatises of Government* de John Locke (1960), principalmente en esta última, no sólo marcó un antes y un después en los estudios de este filósofo británico (Fariñas 2001, 15), sino que inició una perspectiva innovadora para el estudio de las ideas políticas al señalar que Locke refutó las tesis de Filmer y no las de Hobbes.

Laslett desempeñó un papel clave en la facultad de historia de la Universidad de Cambridge en las décadas de los cincuentas y sesentas, estableció contacto con estudiantes de posgrado, quienes aprendieron de su método. Peter Laslett fundó y fue editor de *Philosophy, Politics and Society*, serie que apareció de 1956 a 1977, donde colaboraron W. G. Runciman, Quentin Skinner, John Pocock, James Fishkin, John Rawls e Isaiah Berlin, entre otros (Richter 1990, 53). Después se dedicaría a los estudios demográficos e historia social y familiar, mientras quienes fueron sus alumnos, siguieron desarrollando su propuesta en temas históricos del pensamiento político.

Otra figura importante en la Escuela de Cambridge es John Pocock (1924), quien también fue profesor de Skinner y cuyo libro *The Ancient Constitution and the Feudal Law: a study of English Historical Thought in the Seventeenth Century* (1957), impresionó e influyó particularmente en Skinner, pues ahí encontró la aplicabilidad del análisis

intertextual para contar no la historia de una idea, sino la gente argumentando sobre la idea de una constitución antigua (Skinner, 2005, 264). En su libro *The Machiavellian Moment* (1975), John Pocock identificó parte del temprano lenguaje político moderno en conceptos como “humanismo cívico” y “republicanismo clásico” que se originaron en la república florentina y posteriormente migraron a Inglaterra vía James Harrington en el siglo XVII, relacionando lenguaje y política en su método de estudio (Richter 1990, 56-57).

Petter Laslett y John Pocock escribieron sus obras fundadoras de esta perspectiva anglosajona en las décadas de los cincuentas y sesentas, y posteriormente, en el caso del segundo, seguirá produciendo más libros de historia política. La nueva historia intelectual en Cambridge ya comenzaba a tomar forma, pero será con Quentin Skinner donde se revelan de manera clara los cimientos, objetivos y método de esta nueva historia intelectual anglosajona, que fue denominada como Escuela de Cambridge.

Skinner se dedicará al estudio del lenguaje político y los cambios que éste presentó en la transición política que hubo en Europa en los siglos finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna en su obra de *The Foundations of Modern Political Thought* (1978). Posteriormente, Skinner enfocará su atención en la obra de Thomas Hobbes (textos que no serán analizados detenidamente en esta tesis), mientras que su colega John Dunn (ambos nacidos en 1940) lo hará en la obra de John Locke siguiendo con la temática que dejó Peter Laslett.

En *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes* (1996), Skinner analizó la trayectoria intelectual y la idea de *scientia civilis* de Thomas Hobbes (1588-1679), bajo los supuestos y el vocabulario de las teorías clásicas y neociceronianas de la elocuencia , y

cómo los aplica en el cuerpo de sus textos. El *Leviathan* (1651), constituyó una contribución significativa a la tradición retórica renacentista inglesa. Para Skinner, siguiendo la perspectiva contextualista y de dilucidación de lenguajes políticos, son las cuestiones retóricas las que motorizaron la composición y desarrollo del *Leviathan* (Palti 1999, 5-6)⁶.

En una obra más reciente: *Liberty before Liberalism* (1998), Skinner analiza el pensamiento neo-romano de algunos pensadores británicos principalmente del siglo XVII, quienes recuperan las tesis republicanas de teóricos italianos del Renacimiento y hacen un análisis propio del concepto de libertad. Para estos pensadores, coincidiendo con el republicanismo clásico, sólo se puede ser libre en un Estado libre, de ahí que en una monarquía el único verdaderamente libre es el monarca (Palti 1999, 10).

Skinner ha sido constante en la aplicación de su perspectiva en temas diversos que siguen produciendo interpretaciones novedosas para la comprensión de los lenguajes políticos. La Escuela de Cambridge abarcó un amplio campo de estudio intelectual que cubre desde el siglo XIII hasta el XVII, donde se encuentra la génesis del lenguaje político moderno, y que ha colaborado enormemente para comprender, desde un enfoque novedoso, el pensamiento de figuras como: Maquiavelo, John Locke, Thomas Hobbes, entre otros.

⁶ Las páginas que se señalan en la cita corresponden al orden en que se encuentra en el siguiente link: <http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/resenias/data/38.pdf>

3.1. *La propuesta de historia intelectual skinneriana.*

El programa de nueva historia intelectual que construyó la Escuela de Cambridge fue expresado de manera concisa por Quentin Skinner en su artículo de 1969: “Meaning and Understanding in the History of Ideas” de la revista *History and Theory*. Este artículo, como señala Maria Pallares-Burke, es el manifiesto de Skinner, y este último lo acepta precisamente como el manifiesto que ha dirigido todo su trabajo (Skinner 2005, 261). Lo que contiene este artículo es una crítica radical a la tradicional historia de las ideas, y una propuesta de programa metodológico para el estudio de las ideas políticas. Es por ello que este artículo se considera como el programa contextualista de la nueva historia intelectual anglosajona en la Escuela de Cambridge.

Skinner comienza su artículo haciendo severas críticas metodológicas a la tradicional historia de las ideas y su tesis central de las ideas-unidad para después proponer su programa metodológico. Las críticas que hace Skinner están enfocadas a que la producción intelectual no representaba trabajos de historia propiamente, sino mitologías, es decir, absurdos históricos que eran contruidos para darle sentido a las ideas (Skinner 2007b, 114). Según Skinner, la mitología que más se produjo durante la hegemonía de la historia positivista tradicional, es la “mitología de las doctrinas”. (Skinner 2007b, 114)

La mitología de las doctrinas consiste en catalogar a cada autor en una doctrina que supuestamente él mismo fabrica. Este tipo de trabajo interpretativo comete una alteración de las observaciones de un autor clásico, al imponerle a sus pensamientos una categoría forzosa de doctrina e insertar a los demás textos clásicos dentro del sistema de doctrinas que teleológicamente llegan al presente de manera vigente para la resolución de nuestros

problemas políticos, censurando de esta forma aquellos pensadores que no se adaptan a las doctrinas establecidas.

La segunda es la “mitología de la coherencia”, ésta consiste en llegar a una interpretación unificada; lo cual significa obtener una perspectiva coherente del sistema de un autor (Skinner 2007b, 129). El intérprete de los textos tiene que revelar una coherencia interna que quizás nunca haya alcanzado ni pretendido alcanzar el autor del texto. Skinner muestra como ejemplo de estos trabajos la obra de John Locke que ha sido considerada como un trabajo de teoría liberal, sin poner atención que en sus primeros escritos defendía el conservadurismo (Skinner 2007b, 132). Esto hace que las explicaciones de la tradicional historia de las ideas no sean genuinamente históricas y alteren fuertemente el sentido de los textos, dándoles otro significado fuera de su contexto.

La tercera es la “mitología de la prolepsis” que es aquella que se aplica cuando hay un mayor interés en la significación retrospectiva de la obra. Para Skinner, la característica principal de esta mitología es la fusión de la necesaria asimetría entre la significación que un observador puede justificadamente afirmar encontrar en un episodio histórico determinado, y el significado de ese mismo episodio (Skinner 2007b, 138). De la mano de esta última se encuentra finalmente la “mitología del localismo” que surge cuando se aplican criterios de clasificación y discriminación con los que se está familiarizado en su contexto local, y de ahí que su análisis se adapte erróneamente en argumentos ajenos (Skinner 2007b, 140).

Con estas cuatro mitologías de carácter crítico, Skinner socava la metodología y producción de la tradicional historia de las ideas, y propone una innovadora forma de

estudiar la historia de las ideas. Una nueva historia intelectual que se desprenda de los análisis sistemáticos y cerrados, una perspectiva renovada que busque limpiar toda una serie de interpretaciones que han perturbado y alterado el significado genuinamente histórico de los textos y que han adjudicado un excedente intelectual errado de lo que los autores originales habían pretendido y del impacto mismo del texto en su contexto histórico.

Para Skinner, según plantea el profesor Ambrosio Velasco, las cuatro mitologías tienen en común las siguientes fallas de interpretación:

- a) No tomar en cuenta el contexto social y lingüístico en el que el autor escribió su texto, despreciando el problema de si los conceptos con los que se realiza la interpretación del texto efectivamente eran conceptos disponibles en su momento.
- b) Confusión entre significación histórica y significado del texto.
- c) Rechazo de la autoridad del autor sobre el texto, al considerar éste como una entidad teóricamente autónoma.
- d) Suplantación del pensamiento original del autor y de sus propios enunciados, por un sistema de ideas y de proposiciones construidas por el intérprete (Velasco 1995, 77-78).

Lo que estas mitologías hacían no era historia propiamente, sino estudios anacrónicos que le adjudicaban significados determinados de antemano a los textos, se presentaba un análisis cerrado con lineamientos conservadores y herméticos que forzaban las expresiones que los textos pretendían dar. Skinner muestra claramente como esta

perspectiva no ponía ningún cuidado en los aspectos contextuales e históricos, degenerando la historicidad de las ideas y construyendo todo un sistema ideológico justificatorio de la ideología actual, cuyas bases no corresponden con la originalidad en que fueron reflexionados.

La nueva historia intelectual de la Escuela de Cambridge se desarrolla con un objetivo claro de revisar y depurar los anacronismos e interpretaciones ideologizantes ahistóricas que la tradicional historia de las ideas había reproducido durante su hegemonía paradigmática y había distorsionado la historia moderna de las ideas políticas. Como señala el profesor español Enrique Bocardo:

Quando aplicamos nuestros intereses a un texto distorsionamos su sentido, así que la propuesta inicial de Skinner es sobre todo un ejercicio de higiene intelectual, cuya validez se puede mantener con independencia de su concepción particular de lo que constituye el sentido de un texto (Bocardo 2007, 363).

El objetivo principal de la propuesta de Skinner es esclarecer las intenciones originales del autor para desechar las engañosas interpretaciones que se le han adjudicado a sus obras; en clarificar el uso práctico, concreto e histórico de una obra en su contexto definido, aclarando la intención con que esa obra era dirigida y evitar fugas interpretativas que escapen totalmente del sentido histórico de la obra. Skinner no está interesado en el impacto trascendente o extra individual del autor, sino que su tarea es darnos un enfoque, lo más despejado posible, de las condiciones y las posibilidades en que surgió un texto y las pretensiones que tenía el autor en su contexto político. La razón principal para Skinner es que:

...si deseamos entender algún texto de ese tipo, debemos ser capaces de dar una explicación no sólo del significado de lo que se dice, sino también de lo que el autor en cuestión quiso decir al decir lo que dijo. Un estudio que se concentra exclusivamente en lo que el autor

dijo sobre alguna doctrina determinada, no sólo será inadecuado, sino en algunos casos, positivamente engañoso como vía para comprender lo que el escritor en cuestión intentó o quiso decir (Skinner 2007b, 148-149).

En una crítica directa al artículo fundador de Skinner, los teóricos políticos de la Universidad de Hull, Bhikhu Parekh y R. N. Berki, expusieron que la tesis skinneriana debía ser repudiada porque denegaba la posibilidad de nuevas perspicacias. Para estos autores, la noción skinneriana de intención llevaba a complicaciones innecesarias, pues una pieza de escritura es un trabajo complicado el cual invariablemente se levanta de una enredada red de intereses, deseos, miedos, impulsos y propuestas (Parekh 1973, 169). La idea de intención de Skinner es precisamente la dilucidación de esas inquietudes que rodean la obra de un autor para poder rescatar el lenguaje genuino histórico de un texto; sin esos recursos, sólo se captaría la relación superficial del texto, aumentando la posibilidad de visiones anacrónicas. Skinner no desestima la creatividad del sujeto por su atención en el contexto, en su trabajo *Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*, que se analizará posteriormente, enfatiza muy claramente la singularidad de un pensamiento como es el caso de Maquiavelo, Moro, Lutero, etc., donde se aprecia su creatividad y forma revolucionaria de manejar el lenguaje y cambiar los paradigmas de su época.

Otro objetivo del planteamiento skinneriano fue hacer una revisión interpretativa de las ideas políticas modernas pero ya no bajo las premisas que la tradicional historia de las ideas había dejado como punto de inicio en la historiografía. Ésta es una de las herencias que dejan los estudios y aplicaciones de la propuesta de Quentin Skinner y la Escuela de Cambridge; además, de conocer a fondo los propósitos originales que no habían sido rescatados y descubiertos por otro tipo de estudios y perspectivas, lo cual permite el

acercamiento a estas ideas bajo una revisión histórica que nos previene de interpretaciones desubicadas.

Con la intención, la premisa de texto aislado y de idea unidad queda excluida. Se abandona la atención exclusiva en el texto y se vuelve hacia el sujeto, hacia su intención esencial, en dirección a su acto ilocucionario: lo que pretendió comunicar en ese momento, los significados que tenían las palabras y conceptos que usó para ellos y la recepción que tuvo su obra en ese contexto, a través de sus lectores que entendían el lenguaje que se estaba aplicando. Así lo plantea Skinner:

Por consiguiente, me parece que el modo de proceder más iluminador debe ser el de comenzar intentando delinear el espectro total de comunicaciones que podrían haberse realizado convencionalmente en la ocasión determinada al emitir el enunciado dado. Luego de esto, el paso siguiente debe consistir en trazar las relaciones entre el enunciado dado y su contexto lingüístico más amplio, como un medio de decodificar las intenciones de un determinado autor (Skinner 2007b, 160).

Los juegos del lenguaje wittgensteinianos están muy presentes en Skinner, el significado como el uso, y las múltiples connotaciones que puede tener cada palabra es, sin duda, una base epistemológica determinante en la propuesta historiográfica de Skinner. Para Skinner, la forma metodológica apropiada para el estudio de las ideas, no es la lectura única del texto, sino del material donde se encuentran los juegos del lenguaje que se usaban en el contexto donde el autor estuvo inmerso intelectualmente. Skinner está plenamente interesado en las comunicaciones o actos lingüísticos del autor y de los demás intelectuales que le rodearon.

Skinner plantea que para entender el medio comunicativo de un texto, es necesario el estudio amplio de su contexto correspondiente; es decir, si el texto es político, se requiere un contexto intelectual político que permita conocer plenamente el sentido del texto y la

acción o impacto que buscaba respecto a sus receptores del momento. Como el mismo Skinner afirma:

Si por otra parte, tratamos de rodear estos textos con su apropiado marco ideológico, podremos construir un cuadro más realista de cómo elaboraban, de hecho, el pensamiento político, en todas sus diversas formas, en periodos anteriores. Un mérito que, por tanto, deseo atribuir al asunto que, he descrito es que si se le practicara con éxito podría empezar a darnos una historia de la teoría política con un carácter genuinamente histórico (Skinner 1993, 1:9)

El método de Skinner es contextualista pero su objeto de estudio es el sujeto, Skinner le devuelve la autoridad al autor y renueva completamente el uso del contexto. Para Skinner y la historia intelectual anglosajona no hay generalidades, hay concretos y estos son individuales, pensamientos de un sujeto inmerso en un contexto intelectual lingüístico. En la tradicional historia de las ideas, el sujeto estaba nulificado, su intención, formación e intelecto no era motivo de estudio pues estorbaba para la adaptación dentro del sistema de doctrinas y la coherencia que debía llevar para justificar el devenir histórico e ideológico que se había construido.

El sujeto adquiere una importancia con la que no se le había tratado, que es cómo intelectualmente se acerca a la realidad, en qué medio lingüístico esta inmerso, y cuál era su intención de escribir cuando lo hizo. El sujeto en Skinner no sólo tiene un perfil de producción de pensamiento, sino de acción, de pragmatismo, pues con sus obras, el sujeto pretende tener un rol en las problemáticas y debates políticos de su época. El sujeto deja de ser un escritor de reflexiones doctrinarias, que escribe únicamente para dar continuidad y coherencia a un sistema de ideas que pretenden revelarse como instituciones ideológicas que han llegado hasta el presente sin modificación sustancial alguna. En Skinner no hay una relación continua entre ideas pasadas y presentes:

Así, exigir a la historia del pensamiento una solución a nuestros propios problemas inmediatos es cometer no simplemente una falacia metodológica, sino algo así como un error moral. Pero aprender del pasado –y de lo contrario no podemos aprender en absoluto– la distinción entre lo que es necesario y lo que es el mero producto de nuestros dispositivos contingentes es aprender la clave de la autoconciencia misma (Skinner 2007b, 164).

Skinner tiene un pleno respeto sobre la distancia temporal de cada pensamiento y acción, está convencido de que el pensamiento debe ser entendido estrictamente bajo su contexto y no debe ser trascendido más allá de su tiempo. El historiador debe ser consciente de las diferencias entre los contextos y las formas de pensar de cada momento para evitar errores que puedan injustamente catalogar a determinado autor u obra dentro de una tendencia en la que él nunca pretendió estar, y evitar también que su obra sirva para otros fines ideológicos para los cuales no fue creada.

El historiador de las ideas que construye Skinner es aquel que conoce la epistemología y los usos del lenguaje tanto de su propio pensamiento como del pensamiento de tiempos pasados; es aquel, también, que primero analiza plenamente el contexto antes de proponer la trascendencia de un pensamiento como parte de nuestra fundamentación intelectual política o de interpretación ideológica adaptable a los asuntos vigentes del interprete.

De esta forma, como bien señala John Pocock, se presenta la emergencia de un método verdaderamente autónomo para el estudio del pensamiento político donde el contexto define lo que fue. Es precisamente la llegada del análisis lingüístico la que ayuda a liberar la historia del pensamiento político convirtiéndola de una historia de sistematización a una de uso lingüístico (Pocock 1989, 11-12).

La propuesta historiográfica de Skinner representa una auténtica renovación en la historia del pensamiento político; además, de venir acompañada de una revolución paradigmática en la filosofía por la inserción del lenguaje, esta propuesta historiográfica se revela a su vez contra el paradigma tradicional que se cobijaba bajo el positivismo y se manifiesta como una propuesta metodológica firme cuya aplicación produjo resultados innovadores y originales, que marcaron una nueva pauta para la revisión y crítica de los textos políticos.

Me parece que el mismo hecho de que los textos clásicos estén consagrados a sus propios problemas y no necesariamente, a los nuestros, es lo que les proporciona su “pertinencia” y su significancia filosófica actual. Los textos clásicos especialmente en el pensamiento social, ético y político, contribuyen a revelar –si les permitimos que lo hagan- no la semejanza esencial, sino más bien la variedad esencial de supuestos morales y compromisos políticos viables (Skinner 2007b, 162-163).

Se puede decir que el principio o base ética sobre la que Skinner construye toda su propuesta metodológica y con la cual guía todos sus estudios de historia del pensamiento político, es el del pleno respeto, cuidado y precaución respecto a la interpretación de los textos políticos. Para este autor no existe igualdad de ningún tipo entre las circunstancias, los problemas y los planteamientos de los autores clásicos de otras épocas con nuestras formas de pensamiento, acción y medio político. En este sentido, su planteamiento es radicalmente contrario a las tesis que aplicaba la tradicional historia de las ideas en relación a los problemas perennes y las ideas-unidad.

Para Skinner existe sólo una variedad esencial de pensamientos políticos pasados y actuales, y no una semejanza o cadena que los entrelaze con alguna afinidad fija entre ellos. Skinner quiere evitar que se haga mal uso de los planteamientos originales y de las maneras en como se han clasificado. Es muy consciente de que las interpretaciones escapan de la

intención original del autor y que pueden provocar una progresión de interpretaciones completamente desviadas de su origen veraz.

El interpretar o entender un texto de forma distante y diferente a como el autor pretendió que fuera interpretada, abre un panorama riesgoso de discusión que perturba la historicidad del trabajo intelectual de un autor y sirve para otros propósitos. Skinner no está en contra de retomar enseñanzas que los intelectuales clásicos produjeron en su momento, siempre y cuando sea de una manera cuidadosa e invariablemente con la conciencia de que ese pensamiento fue para otro tipo de problemática con especificades únicas y diferentes. Lo que Skinner rechaza concretamente es el uso de justificación ideológica que se le da al status actual de la política usando a los autores clásicos como voceros de autoridad para el entendimiento y solución de los problemas políticos.

Skinner no se enfoca en las posibles tesis teóricas de los textos, sino en el uso preciso del contexto, en la fuerza ilocucionaria del autor. Siguiendo a Austin, Skinner asume que para llegar al significado íntegro de un texto, es necesario entender lo que el autor estaba haciendo al escribir su texto, es decir la fuerza de los argumentos del autor. (Tully 1989, 8-9). La teoría política, para Skinner, responde a problemas políticos de su época. (Tully 1989, 10). La nueva historia intelectual de Cambridge, no es una escuela en pro de la teoría general, sino de la acción contextualista, del uso histórico de las palabras. Descifrar contextualmente el origen epistemológico y el motivo de acción por el cuál fueron planteadas o creadas ideas y textos de autores es la tarea historiográfica esencial de esta escuela anglosajona. Para Skinner, cada palabra, frase o texto de cada autor corresponde a un motivo e intención determinado.

Para autores críticos de Skinner como Parekh y Berki, no hay un contexto específico o determinado para delimitar el pensamiento de un autor ni tampoco audiencia limitada e identificable, pues el entendimiento de los seres humanos se conecta en la historia, como Hobbes, quien fue influenciado tanto por sus contemporáneos como por los griegos. Así, afirman ellos, hay autores que quieren y son capaces de elevarse sobre su propia particularidad histórica y trascender como universales (Parekh 1973, 170-171). Sin embargo, Quentin Skinner plantea en el prólogo de su obra, la importancia de definir un contexto en los siguientes términos:

Pues es claro ahora que, al recuperar los términos del vocabulario normativo de que dispone cualquier agente para la descripción de su comportamiento político, al mismo tiempo estamos indicando uno de los frenos a su propio comportamiento. Esto indica que, para explicar por qué un agente actúa como lo hace, estamos obligados a hacer cierta referencia a este vocabulario, pues evidentemente figura como uno de los determinantes de su acción. Y esto a su vez indica que, si hemos de enfocar nuestras historias en el estudio de estos vocabularios, podremos ilustrar las maneras exactas en que la explicación del comportamiento político depende del estudio del pensamiento político (Skinner 1993, 1:11).

En Skinner si hay una audiencia y contexto identificable que condicionan las posibilidades intelectuales de un autor, son los textos que rodean al autor los que forman la red de comunicación lingüística e intelectual donde se hallan las raíces epistemológicas y paradigmáticas que fundamentan un pensamiento e intención. Skinner no niega la herencia del conocimiento, ejemplo de ello es Maquiavelo que se verá más adelante, donde todos sus coetáneos estaban influenciados por los discursos clásicos grecorromanos que defendían la aplicación de las virtudes; sin embargo, los fines con los que se rescataban esas lecturas eran otros, y es ahí donde se halla la originalidad y la precisión de un texto para Skinner.

En la nueva historia intelectual anglosajona, el pensamiento político no tiene un uso ideológico transhistórico o metatemporal como sí lo tenía con el paradigma tradicional; en

la perspectiva skinneriana la ideología no es un programa político de lucha que trasciende en sectores sociales, tampoco es aquella herramienta política de dominación hacia las clases de bajo nivel. Para Skinner la ideología es un lenguaje de políticas definidas por sus convenciones y aplicaciones de un número de escritores, la ideología se define así por el cuerpo lingüístico de los textos de una época, es decir, su vocabulario, sus principios, razonamientos, supuestos, problemas, conceptos, etc. (Tully 1989, 9).

El avance que presenta Skinner con respecto a la tradicional historia de las ideas, según Joseph Femia, es el siguiente:

(1) In the sphere of political/social reality, there are no universal truths or perennial questions; all systems of ideas correspond to specific phases and orders of experience. (2) Past thought must be completely dissolved into its precise context (culture, situation and so forth); it possesses no capacity for independent life. (3) The intellectual historian should not concern himself with the validity or present significance of past ideas; texts must not be regarded as vehicles for the exercise of the analyst's own preoccupations. (4) Historicity demands that we focus on what an author consciously intended to say. And (5), no subsequent account of a thinker's enterprise could survive the demonstration that it is itself dependent upon the use of anachronistic criteria of description and classification –criteria which, in other terms, would have been unintelligible to the thinker himself (Femia 1989, 157).

Estos son parte de los principios o reglas estrictas de interpretación histórica de las ideas en la perspectiva skinneriana, como se puede observar, hay un giro radical en la perspectiva del pensamiento. Mientras la escuela tradicional era anticontextualista, Skinner es extremadamente contextualista en términos metodológicos, sin caer en determinismos interpretativos sobre el sujeto y la acción. Así pues, la escuela de Cambridge es una escuela de enfoque contextualista. Para escribir una historia adecuada del pensamiento político, dice Skinner: “se debería entender el pensamiento político como actividad que se hacía con idiomas diferentes, en sociedades distintas y en diferentes épocas” (Skinner 2007c, 47).

En Skinner y la nueva historia intelectual anglosajona no existen las ideas especulativas o planteamientos con pretensión de ser guías y recetas de interpretación o aplicación a las cuestiones políticas. La perspectiva anglosajona de historia intelectual es netamente pragmática e individualista, porque en esos factores es donde se esclarece la historicidad de la idea y del lenguaje. Para Skinner:

“...la vida política misma establece los principales problemas para el teórico de la política, que hace que ciertos aspectos aparezcan problemáticos, con lo que alternativamente ciertas clases de cuestiones se conviertan en los principales problemas de discusión” (Skinner 2007c, 48).

¿Dónde encontrar o por medio de qué material es posible dilucidar el contexto del lenguaje que encierra los problemas y discusiones políticas de una etapa y a las que pretendía responder determinada obra? En los textos que rodean al autor, esa fue la respuesta metodológica que aplicó Skinner en su estudio del pensamiento político.

El ejercicio inter-textual es el proceso más firme y constante en la metodología skinneriana. La lectura de textos que rodean el libro que se está estudiando es determinante para alcanzar una comprensión lingüística e ilocucionaria de la intención del autor, así como del vocabulario, usos y significados que en ese momento se le estaba dando a las palabras y conceptos. El método inter-textual de Skinner es la lectura del contexto intelectual de una obra; es decir, de temas relacionados y vinculados en asuntos, críticas, lenguaje, cuestiones, argumentos, etc., pues es ahí donde se encuentra la base epistemológica del autor principal, sólo ahí se localiza el elemento gnoseológico de un autor y de la cultura lingüística convencional en la que se imbuía.

Sin embargo no tenemos por qué pensar en las intenciones como si fueran entidades mentales en absoluto. Están incorporadas en los actos de habla que se realizan, y se pueden recuperar gracias al procedimiento inter-textual de relacionar el texto en el que estamos

interesados con el abanico de textos con los que está discutiendo, criticando, comentando, o haciendo cualquier otra cosa. (Skinner 2007c, 51)

Para llegar a un contexto lingüístico amplio es indispensable el ejercicio intertextual, pero este debe ser cuidadoso para la construcción de un contexto intelectual. Se debe seleccionar textos cercanos al autor que él haya leído, que discutieron asuntos que el autor también trató, que aguardan la ideología y juegos del lenguaje convencionales que se comprendían en aquella época. Skinner busca un contexto explicativo en donde se aborden los problemas morales y políticos más sobresalientes en el debate público de la época. Un contexto de cuestiones, menciona el mismo Skinner, donde se pueda decir que incluso los más grandes textos de teoría moral han intentado dar soluciones y respuestas (Skinner 2006, 240-241).

El contextualismo de la nueva historia intelectual anglosajona es un contextualismo de acción, de práctica, de discusión, no de teoría especulativa, sino de propuestas y de ideas que intentaban dar solución a problemas políticos de su tiempo. De esta forma, la historia del pensamiento político para Skinner, es el rescate y dilucidación de las intenciones y recursos intelectuales que el autor y su medio intelectual, aplicaron para pretender remediar las cuestiones primordiales que dominaban en su tiempo. Un rescate que sólo puede apreciarse con la dilucidación del vocabulario histórico:

Podemos empezar a ver no sólo los argumentos que estaban presentando, sino también las preguntas que estaban enfocando y tratando de resolver, y hasta qué punto estaban aceptando y apoyando, o cuestionando y repudiando, y quizás polémicamente desdeñando, las suposiciones y convenciones prevalecientes en el debate político. No podremos esperar alcanzar este nivel de entendimiento si sólo estudiamos los propios textos. Para verlos como respuestas a preguntas específicas, necesitamos saber algo acerca de la sociedad en que fueron escritos. Y para reconocer la dirección exacta y la fuerza de sus argumentos, necesitamos cierta apreciación del vocabulario político general de la época (Skinner 1993, 1:11).

Es importante resaltar que Skinner no construye el contextualismo para el estudio de la historia en general, es decir, la intención de Skinner no es hacer una perspectiva que abarque los grandes temas de la historia como pretendió el marxismo, Annales, o el positivismo. Como bien menciona el profesor de la UNAM, Ambrosio Velasco: "...aunque Skinner se basa en la filosofía del lenguaje para construir un método de interpretación, procura mantener la historia de las ideas políticas como una disciplina independiente" (Velasco 1995, 73). De esta forma, Skinner elaboró su perspectiva para el estudio exclusivo de las ideas e ideologías políticas enfocado en una época de transición, como él mismo afirma en el prólogo de su obra:

Así, he tratado de escribir una historia centrada menos en los textos clásicos y más en la historia de las ideologías, siendo mi principal objetivo construir un marco general dentro del cual puedan situarse los escritos de los teóricos más destacados (Skinner 1993, 1:9).

Finalmente la nueva historia intelectual anglosajona no sólo se construyó a base de la crítica contra la tradicional historia de las ideas, sino también en la crítica hacia el marxismo determinista que tenía una presencia fuerte en las décadas de los sesentas y setentas del siglo XX. Especialmente Skinner dirigió su crítica hacia el determinismo económico que suponía que la vida intelectual es simple superestructura y, por tanto, susceptible de ser explicada causalmente con referencia a las fuerzas económicas (Skinner 2006, 240). Skinner hace una crítica a obras como la de C. B. Macpherson que en 1961 publicó *The political theory of possessive individualism*, que fue un texto de formación durante la generación de Skinner y que provocó en él un reproche hacia ese tipo de perspectiva.

Macpherson concibió la teoría política de Hobbes a Locke, como un reflejo ideológico de una supuesta sociedad burguesa que crece (Skinner 2007c, 56). A Hobbes se

le veía como un vocero fundador del estado burgués. Para Skinner esta forma de interpretar el pensamiento era totalmente anacrónica, pues no concedía importancia al lenguaje convencional y al uso y acción de las palabras en su momento, quedando disuelto el pensamiento del sujeto en medio de la estructura económica y social. Y de igual forma criticará otra serie de estudios sobre Hobbes con perspectivas no-contextualistas de perfil intelectual.

Es así como la nueva historia intelectual renueva la perspectiva de historia de las ideas y del pensamiento político, abriendo la discusión a nuevos debates y enfoques que no se habían tomado en cuenta, socavando las perspectivas tradicionales y deterministas que se vieron caducadas a raíz de la introducción del giro lingüístico y de su aplicación en la historiografía. Quentin Skinner es una pieza esencial en este movimiento intelectual innovador que devuelve la importancia al sujeto y reforma el papel del contexto en el ámbito intelectual y político. Su obra historiográfica, que analizaremos en el siguiente capítulo, es de vital consideración para la consciencia histórica de los historiadores, pues nos ayuda a distinguir con plenitud nuestros fundamentos epistemológicos con los de sujetos pasados.

4. La renovación de la historia del pensamiento político. La idea de contexto en los *Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*.

En este capítulo se analizará con atención la aplicación de las propuestas de Quentin Skinner en su obra de los *Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*; se expondrá cómo el contexto skinneriano se refleja en la forma de estudiar las ideas políticas de la Baja Edad Media y comienzos de la Edad Moderna; se revelarán las interpretaciones y resultados que Skinner obtiene con el uso de su contexto y la manera en que va mostrando la articulación de un nuevo vocabulario y concepto de Estado a través de los procesos ideológicos (Skinner 1993, 1:1). También se esclarecerá como es empleado el método intertextual para la construcción de un contexto intelectual-lingüístico; es decir, cómo son examinados los textos de teoría política correspondientes a esta época de transición, con el objeto, menciona el mismo Skinner: “de iluminar un tema histórico más general” (Skinner 1993, 1:7).

4.1. El Renacimiento y republicanismo.

Quentin Skinner publicó en 1978 su obra: *Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*, a la que le dedicó doce años de su vida (Skinner 2007c, 47). En este texto comienza revisando el uso del concepto *libertad* en los siglos medievales XI y XII como el hilo conductor que guiará los debates en el Renacimiento. De inmediato la metodología y perspectiva de Skinner se revela claramente, pues expone un contexto de problematización e ideas políticas que en su momento sostenían las ciudades italianas del norte en lucha por su autonomía contra el Sacro Imperio Romano.

Skinner, de forma muy clara y comprensible, muestra el uso y los múltiples significados que se daba al término de libertad por parte de regiones italianas como Lombardía y Toscana, así como por parte del Sacro Imperio, de la Iglesia, y de los intelectuales que apoyaban a cada una de estas entidades políticas de la Baja Edad Media.

El contexto político de debate es la fuente donde surgen las ideas, estas últimas se gestan como propuestas para los problemas políticos en un contexto concreto donde se mezclan una variedad enorme de pensamientos que intentan solucionar las cuestiones políticas de su tiempo y establecer formas para que su sociedad conviva políticamente en orden. El contexto es así un contexto de ideas y cuestiones políticas.

La libertad para las ciudades italianas del norte era un ideal de vida política y autodefensa en contra de la expansión del Sacro Imperio. Por libertad, las ciudades italianas entendían el derecho a mantener sus formas de gobierno existentes (Skinner 1993, 1:27). En esta pugna entre ciudades y el Imperio, los textos jurídicos históricos respaldaban plenamente el dominio del Imperio. Intelectuales boloñeses del siglo XII respaldaron al emperador pues lo consideraban como el supremo gobernante de todos sus súbditos y por doquier (Skinner 1993, 1:28).

Es ante este contexto, como van surgiendo ideas y cambios de perspectiva que dieron una fundamentación política y jurídica a las ciudades, para contrarrestar el peso de la jurisdicción imperial. Así también, aparecen personajes como Bartolo de Sassoferrato (1314-1357), quien da el carácter de *merum imperium* a las ciudades mismas, es decir, no como provincias imperiales, sino como ciudades imperiales que reconocen al Emperador,

pero a su vez, proclaman su derecho de hacer y poner en vigor sus propias leyes (Skinner 1993, 1:29-30).

A través del análisis de una variedad de textos de diversos intelectuales de la época, Skinner va dilucidando los términos lingüísticos con los que las ciudades fueron construyendo su defensa ideológica, y también su independencia de la Iglesia. Este procedimiento será permanente en toda su obra, el contexto donde existen sujetos pensantes en un marco de problemas o cuestiones políticas, donde la lluvia de ideas acota el contexto en un debate lingüístico intelectual.

El contexto que Skinner pone en práctica en la obra mencionada, se compone esencialmente de dos factores; el primero es el escenario político donde se encuentran discrepancias ideológicas entre diversas organizaciones y territorios; y el segundo son las ideas que se encuentran en los textos de los muchos intelectuales que analizaban, criticaban y proponían soluciones a los conflictos que se presentaban, apoyando y atacando según la causa con la que simpatizaban.

La discusión ideológica renacentista se expresa en discursos novedosos que apoyan la autonomía de las ciudades italianas. Dante argumentó a favor de la soberanía del Emperador, como aquélla que establece el orden entre los príncipes para restaurar el equilibrio contra el Papa a principios del siglo XIV y, a su vez, apoyó a las ciudades-repúblicas, argumentando que el Emperador debe llevar al máximo la libertad (Skinner 1993, 1:37). Las ciudades italianas estaban divididas como se muestra en el siguiente mapa:



Fuente:

http://www.kalipedia.com/kalipediamedia/artes/media/200707/18/hisarte/20070718klparthis_14.Ees.SCO.png

Gracias a su método intertextualista, Skinner rastrea en el siglo XIII a Marsilio de Padua junto con otros intelectuales coetáneos que ya establecían dentro de su ideología la separación entre la política y la Iglesia. En *El Defensor de la Paz*, Marsilio sostenía que la figura del legislador en cada reino o ciudad-república independiente era la auténtica poseedora de completa jurisdicción coactiva sobre cada persona mortal de cualquier condición (Skinner 1993 1:42). La ideología de ese momento comenzaba a ser anticlesiástica bajo los conflictos políticos que se daban entre las ciudades independientes, el Imperio y la Iglesia, en un momento donde todavía no existía el estado extenso y central.

Skinner se interesa también en las universidades, tradiciones, el tipo de enseñanza y los conceptos que se estaban utilizando, para dilucidar el sentido del lenguaje intelectual

que se estaba aplicando a las circunstancias políticas concretas. Así, Skinner muestra cómo desde mediados del siglo XIII se introduce una fuerte influencia de una nueva y consciente forma humanista de teoría retórica, que fue exportada de Italia a Francia (Skinner 1993, 1:55), cuyo principal centro de enseñanza fue la Universidad de Orleans. La retórica era una tradición que tenían los republicanos desde el siglo XIII cuyo objetivo era instruir al estudiante para la redacción de cartas oficiales y otros documentos semejantes con un máximo de claridad y fuerza de persuasión (Skinner 1993, 1: 47-48).

Skinner no ve a las ideas como una sucesión de textos ni de frases sueltas que van evolucionando. Su análisis nunca deja de ser estrictamente histórico, dilucidando la relación que existe entre los múltiples pensamientos que se presentan y que conlleva un análisis de sus tradiciones y de su formación intelectual, o sea, del lenguaje, conceptos y términos que han adquirido, así como de sus posturas ideológicas situadas en su problemática histórica para la cual plantean sus críticas, análisis y propuestas.

Ante la amenaza a la libertad republicana, los escritores se interesaron en construir un discurso ideológico que conserve, justifique y defienda las ideas de las ciudades-repúblicas. Para Skinner, es la discusión política la que va proporcionando innovaciones al pensamiento político. No hay autores con doctrinas, sino pensadores argumentando sobre un problema político, sobre los términos y conceptos que éste último encierra.

Escritores como Compagni, Latini, Horacio y Dante, que son analizados por Skinner, coincidieron en que la mejor medida para sostener el gobierno es la posesión de virtudes (prudencia, magnanimidad, templanza y justicia). Concentraron su atención en la cuestión de qué actitudes debía adoptar un magistrado para la búsqueda del bien común en

su ciudad (Skinner 1993, 1:67), retomando de Cicerón las virtudes de clemencia, piedad y justicia (Skinner 1993, 1:68). Es así como Skinner va esclareciendo un panorama intelectual sumamente amplio, no a través de un texto ni de una idea, sino de muchos textos y muchas ideas que le dan sentido a la ideología de una época y que conforman una comunicación de lenguaje político que, a su vez, construye los cimientos de las tradiciones y le da un perfil a la vida política de la sociedad.

Desde el inicio hasta el final de su obra, Skinner jamás menciona o introduce análisis de perfil económico o geográfico, su estudio se limita concretamente al estudio contextual político e intelectual, así como a las ideologías e intenciones prácticas y originales que los autores de esa época tenían para la solución de sus problemas políticos.

Skinner establece que el ideal básico que todos los intelectuales de ese momento plantean es que alcanzar la paz y la concordia, *pax et concordia*, representa el valor supremo de la vida política. Uno de los tratados de Remigio titulado: *El bien de la paz*, comienza afirmando que “la paz es el principal objetivo y mayor bien del pueblo” (Skinner 1993,1:77). Marsilio y Bartolo, incluso Maquiavelo así lo quisieron. Skinner, al dilucidar las intenciones de los autores, refuerza la idea de contexto que él mismo concibe, pues encuentra una relación profunda entre los planteamientos del autor con el escenario político al que enfrenta, exponiendo así a los textos e ideas como un conjunto de comunicaciones y argumentos en torno a un problema político, dándole otro perfil a la ideología y evitando caer en interpretaciones que intenten reducir a doctrina determinadas ideas o hacerlas ver como superestructuras determinadas por factores “más básicos”.

Con su análisis, Skinner encuentra que las ciudades republicanas tuvieron un papel esencial en la construcción del nuevo humanismo y el novedoso perfil que comenzaba a adquirir la escritura política en el Renacimiento. Más allá de la crisis política de Italia en el siglo XV, el nuevo tipo de humanismo con una nueva filosofía de la participación política y la vida activa, fue una herencia directa del intelecto que produjeron las ciudades repúblicas (Skinner 1993, 1:93).

Los humanistas cívicos como los llama el mismo Skinner (Latini, Mussato, Bartolo, Tolomeo de Lucca) se basaron en un considerable depósito de sentimiento antimonárquico, y trataron de vindicar una vez más los méritos especiales del republicanismo a comienzos del siglo XV (Skinner 1993, 1:101). Skinner rastrea los inicios del republicanismo, de la idea de ciudadanía y de libertad moderna en los intelectuales pre y renacentistas. El resultado es una transformación de la naturaleza del hombre, el grado de sus capacidades y las metas apropiadas de su vida y de su educación.

De esta forma, en la nueva formación del hombre, la retórica y filosofía se hacen disciplinas culturales clave para Skinner: “Lograron hacer surgir una doctrina que resultaría longeva: la doctrina de que una educación clásica no sólo constituye la única forma posible de enseñanza para un caballero, sino también la mejor preparación posible para ingresar a la vida pública” (Skinner 1993, 1:111). Es así como Skinner va esclareciendo la ideología y las bases epistemológicas sobre las cuales se erigió el pensamiento político moderno.

Skinner estudia las problemáticas políticas junto con las escuelas y corrientes intelectuales de ese momento; es así como se contextualizan los lenguajes políticos de cada autor y se dilucida el significado de ellos. El contexto que nos presenta Skinner en su obra,

es un contexto en constante movimiento histórico, donde los problemas políticos se presentan de diversas formas, donde las propuestas se van desarrollando según el conflicto político lo exige, con un medio intelectual mediante el cual se hace inteligible esa problemática y a través del cual se estudia y propone soluciones.

Para Skinner, los humanistas⁷ fueron hostiles hacia los estudios escolásticos⁸ por el hecho de tener un perfil contemplativo, religioso y sin participación política. El humanismo brotó como reacción y como rechazo consciente de esta ortodoxia intelectual: “Además de impugnar la metodología de sus rivales escolásticos, los humanistas pasaron a denunciar sus preocupaciones características. El principio clave que mencionaron a este respecto fue su insistencia en que la filosofía debía mostrarse de algún uso práctico en la vida social y política” (Skinner 1993, 1:130).

Lo que Skinner hace notable a través de su método, es cómo van cambiando los paradigmas de estudio e interpretación respecto al área política. Expone cómo se fueron gestando y desarrollando paulatinamente las propuestas intelectuales que después se usarán y adecuarán para las instituciones políticas que se construirán en la etapa moderna y contemporánea con las revoluciones, independencias, unificaciones y construcciones de estados-nación. Es un momento de cambios y luchas políticas, así como de paradigmas gnoseológicos en los núcleos intelectuales; de esta forma, Skinner dilucida los fundamentos

⁷ A los humanistas que alude Skinner, en el sentido político, son un movimiento intelectual de crítica continua hacia los estudios escolásticos en las universidades italianas. Basaban su crítica en la creencia de que los textos clásicos debían ser entendidos en sus propios términos históricos. Rechazaron las abstracciones especulativas del escolasticismo y le dieron un papel importante a la vida cívica, a la retórica y actividad política.

⁸ Los teóricos escolásticos para Skinner, suponían que las artes de la retórica eran marginales para la vida política, desdeñaban el aconsejar gobernantes y magistrados sobre el cómo hablar, escribir, comportarse y persuadir. Dedicaban más atención a las instituciones que a los individuos virtuosos, como la forma eficaz de asegurar el bien común.

del lenguaje político que se utilizó en un momento histórico de suma importancia para la humanidad.

El humanismo clásico da un cambio utilitario a su quehacer intelectual, y la política adquiere un novedoso perfil donde el lenguaje, ya no tan religioso, sino más bien con términos adaptados a su circunstancia, y retomando términos de la etapa republicana, va construyéndose en el ámbito terrenal y humano.

Skinner es muy cuidadoso de ir empalmando los escenarios y conflictos políticos que se presentan durante los siglos en que enmarca su estudio junto con las ideas y textos que van surgiendo en esas circunstancias. Así, nos expone cómo Italia se vio sumida en guerra con la llegada de los franceses, Carlos VIII invadió en 1494 y sometió a Florencia y Roma; Luis XII atacó Milán, y Carlos V en 1520 arrebató Milán a los franceses y la guerra se extendió por toda Italia. De esta manera, la extensión y consolidación de formas cada vez más despóticas de gobierno principesco se fueron posicionando (Skinner 1993, 1:137).

4.2. Espejos para Príncipes.

Para Skinner, es el triunfo final de los *signori* en Italia, el que motivó importantes modificaciones en el carácter del pensamiento político renacentista (Skinner 1993, 1:139). Por consiguiente, los escritores tenderán a pasar por alto la figura del ciudadano individual y pondrán toda su atención en la figura mucho más impresionante y poderosa del Príncipe (Skinner 1993, 1:140). Los escritores de “espejos para príncipes”⁹, que llegó a ser la literatura política más producida para el consejo adecuado de los gobernantes, pasan a

⁹ Entre estos escritores, según Skinner, estuvieron Brunetto Latini (1220-1294) y Juan de Viterbo (1234-1252). Sus objetivos intelectuales era dar consejos prácticos a sus dirigentes y magistrados sobre cómo conducirse mejor en la política, apegados siempre al cumplimiento de las virtudes clásicas y la fe cristiana.

preguntar qué cualidades debe poseer un soberano para contener y reducir el poder de la “fortuna” o el azar.

La respuesta que sugieren revela su dependencia del esquema de conceptos ya esbozado por los humanistas de principios del *quattrocento*. Todos convienen en que, como declara Patrizi, siguiendo a Skinner, “sólo por medio de la *virtus*” (sabiduría, templanza, fortaleza, justicia y la fe cristiana) un príncipe puede tener esperanzas de superar el encono de la fortuna y alcanzar las metas de “honor, gloria y fama” (Skinner 1993, 1:145).

El vocabulario de las virtudes se convierte en dominante dentro de los textos de política que se enfocan en el papel del Príncipe. La manera en cómo se puede servir y ser útil a la política es mediante la recomendación efectiva que se le pueda brindar a los príncipes que ahora encabezan las organizaciones de las ciudades al sucumbir los ensayos republicanos ante el desmembramiento y avance de intereses imperialistas. Las virtudes se convierten en el tema de discusión esencial para alcanzar el éxito y, también, los valores cristianos se hacen presentes en esta forma de escribir para la política

Los defensores de las libertades tradicionales de Florencia se motivaban por el recuerdo de la triunfante restauración de la república entre 1494 y 1512¹⁰, por la esperanza de volver a derrocar el gobierno de los Médicis y la necesidad de mantener un espíritu de oposición a las prácticas “despóticas” y “tiránicas”. El resultado, menciona Skinner, fue el análisis más intensivo e importante de los principios políticos republicanos que haya aparecido a comienzos de la Europa moderna. El principal foro para discutir estas ideas fueron las reuniones en los *Orti Oricellari* (Skinner 1993, 1:178), un núcleo intelectual

¹⁰ Al invadir el rey francés Carlos VIII el norte de Italia, el hijo sucesor de Lorenzo de Médici, Piero II, es depuesto por los florentinos ante su falta de resistencia; de esa forma, se restaura un gobierno republicano.

crítico al que perteneció Maquiavelo y otros pensadores importantes, como afirma el mismo Skinner:

Entre los más destacados teóricos hostiles a los Médicis que tomaban parte en esas reuniones se encontraba Antonio Brucioli quien decía que la República nos ofrece el bosquejo de una teoría tradicional de las libertades florentinas. Pero el escritor más importante de los jardines Oricellari fue Maquiavelo. Maquiavelo era básicamente republicano, habiendo servido como segundo secretario a la Cancillería de la restaurada república florentina entre 1498 y 1512. Al no lograr llamar la atención de los Médicis después de 1512, desenvueltamente se pasó al círculo de los teóricos y conspiradores republicanos que se reunían en los jardines Oricellari (Skinner 1993, 1:178-179).

Skinner encuentra así las intenciones y causas histórico-políticas e intelectuales de cómo fue madurando el pensamiento político moderno, exponiendo factores que no habían sido tratados por la escuela tradicional de las ideas ni quizás en la mayoría de los estudios de teoría política, como son el hecho de analizar detenidamente el vocabulario latino clásico que usaban los escritores de ese momento y de relacionar los textos con los hechos políticos en los que surgieron; y también analizar las élites intelectuales y los centros de producción cultural como las universidades, así como los intereses de la clase política para brindar un contexto que aglutine el lenguaje ideológico normativo que dominaba y distinguir en donde se encuentran rupturas e innovaciones en el pensamiento.

Al irse desarrollando la historia de Italia en el siglo XVI, los últimos humanistas vieron cómo la *virtú* y *ragione* ya no eran capaces de parar los golpes de la fortuna. Los intentos de los republicanos por establecer un gobierno popular en Roma finalmente fueron aplastados en 1517 cuando los ejércitos de Carlos V saquearon la ciudad. Y con esta pérdida de fe en el poder de la *virtú*, llegó a su fin el republicanismo italiano según Skinner (Skinner 1993, 1:212).

Dejando bien esclarecido un contexto político-intelectual, Skinner analiza más detenidamente la obra de Maquiavelo, ubicándola en un marco político-intelectual y descubriendo interpretaciones novedosas que veremos más atentamente en el subcapítulo dedicado a la idea de sujeto.

4.3. El Renacimiento en el norte de Europa

Skinner también hace una revisión exhaustiva del contexto renacentista que se vivía en el norte de Europa, muy distinto al del sur y con aportaciones novedosas para el pensamiento político. La aparición del libro impreso ayudó a la difusión de la cultura renacentista del norte en el siglo XV (Skinner 1993, 1:221). Así, hubo un desarrollo recíproco intelectual, los del norte empezaron a abandonar el escolasticismo, acercándose a las humanidades y buscando espacios en universidades italianas (Skinner 1993, 1:222). De esto surge una nueva cultura renacentista en Francia, Inglaterra y Alemania a comienzos del XVI (Skinner 1993, 224).

Hay que destacar que este desarrollo del humanismo no se puede explicar exclusivamente por la influencia de Italia. En los humanistas italianos estuvo presente la necesidad de conservar la libertad política y los peligros a la libertad representados por los ejércitos mercenarios. Pero ninguno de estos temas fue esencial en el norte, ese problema de los mercenarios no estaba presente y dadas las instituciones posfeudales y monárquicas de Francia, Alemania e Inglaterra, no tenía eco el tema de la libertad o con el republicanismo (Skinner 1993, 1:226).

Aquí Skinner deja claro cómo todo se concentra en las problemáticas políticas de cada espacio, de ahí surge lo que le da su perfil propio a la teoría y al pensamiento; pero Skinner reconoce que los del norte sí dependieron de la gama de conceptos y teorías ya desarrolladas por los del sur (Skinner 1993, 1:227); aunque el uso y los juegos del lenguaje

en este contexto serán diferentes y con otras intenciones. Como se muestra en el gráfico, la cultura política renacentista en Europa se expandió del sur al norte:



Fuente: <http://renacimientodescubrimientodelhombre.files.wordpress.com/2008/07/150083029expansion-renac-20kb.jpg>

En el norte europeo, la afirmación del Código Justiniano como razón escrita y el gran prestigio del escolasticismo, habían determinado que los conceptos de “recta razón” y de “derecho natural” fueran utilizados universalmente. Pero con el ataque al derecho romano, esto empezó a socavarse. Así, entre los juristas del norte, las únicas formas de derecho eran las leyes consuetudinarias de cada país en particular (Skinner 1993, 1:234). El otro texto aparte del Código Justiniano que los humanistas del norte empezaron a estudiar fue la Biblia.

Con una visión humanista hacia la Biblia, Erasmo de Rotterdam (1466/69-1536) tuvo una profunda repercusión sobre el desarrollo del pensamiento político del siglo XVI. Erasmo propugnó para que la Biblia fuera traducida a diferentes lenguas. Así, con este aumento del conocimiento bíblico, según Skinner, fue que la prevaleciente organización y

las pretensiones temporales del papado aparecieron en grave discordia con las ideas originales e instituciones de la Iglesia primitiva. A través de la relectura humanista de la Biblia se revolucionaron las relaciones entre Iglesia y autoridades del norte europeo (Skinner 1993, 1:238).

Es importante resaltar el cuidado que Skinner, a lo largo de su extensa obra, tiene respecto a los problemas específicos de cada región o espacio; en este caso, el norte de Europa se encuentra en una situación política distinta a la del sur, donde la producción intelectual se dirigirá a inquietudes diferentes y el lenguaje adquirirá nuevos términos, usos y propuestas.

Para los humanistas del norte, el más grave peligro a la salud política surge cuando el pueblo desdeña el bien de la comunidad en general y se preocupa tan sólo por sus intereses individuales o faccionales. Para intelectuales como Thomas Starkey (1495-1538), Buonascorso da Montemagno (1391-1429) y Lawrence Humphrey (1527-1590), sólo la virtud cívica y la nobleza podían asegurar el bienestar. Pero Erasmo ofrece una afirmación particularmente clara de este conocido diagnóstico al comienzo del *El príncipe cristiano*. El primer precepto que establece es que “una idea” debe “interesar a un príncipe gobernante” así como “interesará al pueblo al elegir su príncipe”: que “el bien público, libre de todos los intereses privados” debe protegerse y mantenerse en todo momento (Skinner 1993, 1:248). La falta de interés en el bien público era generalmente reconocida como el rasgo más corrompido y corruptor de la época.

Para Skinner, autores como Erasmo, Colet y Moro, estuvieron unidos por su deseo de protestar contra la difundida suposición de que la esencia del cristianismo sólo consiste

en una disposición a aceptar los sacramentos de la Iglesia, a conocer sus lemas teológicos y analizarlos en el estilo silogístico aprobado. Erasmo observa en *El príncipe cristiano*, que un verdadero cristiano debe ser un hombre que se vale de la razón dada por Dios para distinguir el bien del mal, y hace sus mejores esfuerzos por evitar el mal y abrazar el bien (Skinner 1993, 1:258). Una de las diferencias sustanciales entre el Renacimiento del norte con el del sur, es que el primero fundamentó su humanismo divorciándose de ciertas reglas que la Iglesia imponía para la comprensión de la Biblia, así como una lectura crítica de este último texto comenzando así un serio distanciamiento entre iglesia y política que se hará más radical cuando se presente la Reforma.

Fue en Francia y en los Países Bajos donde la doctrina puramente maquiavélica encontró eco en el siglo XVI, cuando la urdimbre política de estos dos países se rompió con la repercusión de las guerras religiosas (Skinner 1993, 1:281). Justo Lipsio (1547-1606) es quien coincide con Maquiavelo al decir que en épocas de violencia y enemistad es obvio que todo príncipe que desee subsistir tendrá que aprender “a mezclar lo que es provechoso con lo que es honrado”, y termina alienándose a la razón de Estado de Maquiavelo (Skinner 1993, 1:282).

Es así como finalmente Skinner termina el análisis contextual del Renacimiento en su primer tomo, brindándonos con su idea de contexto, un trabajo novedoso en la historiografía, descubriendo toda una serie de factores políticos, religiosos, morales e intelectuales que no habían sido tratados por perspectivas anteriores o vigentes en su época.

4.4. *La Reforma*

En el tomo segundo de su obra, Quentin Skinner reconstruye un contexto político intelectual y lingüístico de la Reforma, muy distinto al que se dio en el Renacimiento de su primer volumen. En esta segunda parte encontramos un contexto intelectual plenamente enfocado a los asuntos de religión y política que desembocan en novedosas propuestas políticas de Estado, a raíz de la Reforma y Contrarreforma. Mientras en el Renacimiento italiano tenemos una revisión y aplicación de los textos clásicos, en el período de Reforma del siglo XVI en zonas de la Europa central y septentrional, se dio una revisión de textos religiosos, cuya crítica fundamentará gran parte del pensamiento político moderno.

En este segundo volumen, Skinner dilucida un contexto de conflicto religioso en la Europa de la Reforma y comienza exponiendo bajo qué criterios fue revisada la Biblia. Pues en este texto es donde Martín Lutero (1483-1546) encuentra el pasaje más importante sobre el tema de la autoridad política, que es la orden de San Pablo: toda autoridad deviene de Dios y los individuos deben someterse. (Skinner 1993, 2:22). Gracias a Lutero éste fue el más citado de todos los textos sobre los fundamentos de la vida política durante la época de la Reforma, y constituye la base de todo su argumento en el escrito sobre la *Autoridad Temporal*.

Las principales obras políticas de Lutero encarnan dos principios guías que, para Skinner, están destinados a ejercer una inmensa influencia histórica. El primero es que considera el nuevo Testamento y especialmente las órdenes de San Pablo como autoridad final en todas las cuestiones fundamentales acerca de la conducción apropiada de la vida social y política. Y segundo, afirma que la actitud política prescrita en el nuevo Testamento

es de completa sumisión cristiana a las autoridades seculares, cuya gama de poderes se extiende considerablemente, afincándolos de tal manera que en ninguna circunstancia puede ser legítimo resistirles (Skinner 1993, 2:26).

Así pues, Skinner nos expone las bases epistemológicas con las que la fundamentación de Estado y política se desarrollarán en esas partes de Europa: no a través de la crítica de textos clásicos, sino de la lectura de la Biblia. Es así como la política y su lenguaje encontrará su perfil moderno a través de la revisión del nuevo Testamento, otorgándole a la política otra forma de representación más activa e importante que a las instituciones religiosas y eclesiásticas. Skinner, utilizando su metodología contextualista e intertextual, irá analizando el desenvolvimiento de la Reforma y la política en zonas específicas de Europa como en los reinos de Alemania, Escandinavia e Inglaterra.

Lutero enfocó su principal atención en los errores del papado, y Skinner, a través del intertexto, encuentra su influencia en textos como en *La Nave de los Locos* de Sebastian Brant (1458-1521) que fue admirada y seguida en Francia e Inglaterra por muchos críticos humanistas de la Iglesia. Jean Bouchet (1476-1557) produjo una imitación del texto mencionado en 1500, en el que fueron satirizadas la simonía (compra o venta de lo espiritual por lo material) y la inmoralidad de los jefes de la Iglesia (Skinner, 1993, 2:34). Los fundamentos del lenguaje político en la Europa septentrional y central, encontró su raíz en la crítica de la religión católica, lo que le dio una nueva perspectiva a la autoridad política a diferencia de la organización eclesiástica.

La repercusión de esta literatura crítica de la Iglesia pronto empezó a sentirse también en Inglaterra. Entre 1506 y 1509, Alexander Barclay (1475-1552) publicó

traducciones de Gringoire y de Brant, mientras que John Skelton (1460-1529) logró asimilar todas estas influencias y produjo su famosa serie de sátiras anticlericales, utilizando una forma rimada que virtualmente inventó para este propósito (Skinner 1993, 2:37). Esto ayudó a ir formando una ideología normativa de lenguaje y de intelecto revolucionario que ayudó sustancialmente a divorciarse de las tradiciones y paradigmas de la Europa sureña.

Los fundamentos intelectuales de la Reforma inglesa quedaron en gran parte establecidos por entonces en Cambridge (Skinner 1993, 2:39). En el contexto inglés, los problemas de la Reforma se discutirán en la Universidad, es así que Skinner nos expone nuevamente cómo las universidades tuvieron un papel fundamental en la formación del lenguaje político moderno, solo que en el caso de universidades como las inglesas, no se discutió sobre retórica y clásicos, sino sobre la interpretación de la Biblia.

Países como Francia y España, permanecieron fieles a la Iglesia católica durante toda la Reforma. El punto de mayor importancia histórica para Skinner es que la mayoría de los gobernantes seculares del norte de Europa empezaron a sentir una atracción similar hacia la causa luterana. Allí donde no habían logrado establecer concordatos satisfactorios con el papado, empezaron a coquetear con las ideas luteranas, y de esta manera elevaron la presión de sus campañas contra la Iglesia, hasta el punto del rompimiento (Skinner 1993, 2:69). La política y el pensamiento político encuentran otro rumbo diferente al de la ideología de Italia, pues, como bien esclarece Skinner, los contextos políticos, religiosos e intelectuales eran diferentes, y las condiciones de posibilidad se amplían de otra forma.

Los teóricos políticos, entre los primeros luteranos, desempeñaron un papel vital ayudando a legitimar a las nacientes monarquías absolutistas del norte de Europa. Al argüir que

Iglesia no es más que una *congregatio fidelium*, automáticamente asignaron el ejercicio de toda autoridad coactiva a los reyes y magistrados, y de esta manera extendieron decisivamente la gama de sus poderes. Esto, a su vez, les llevó a rechazar una de las limitaciones tradicionales puestas a la autoridad de los gobernantes seculares: explícitamente negaron la ortodoxa afirmación católica de que un tirano puede ser juzgado y depuesto por la autoridad de la Iglesia. En segundo lugar, introdujeron una nueva nota de pasividad en la discusión de las obligaciones políticas. Al insistir en que todos los poderes que existen deben ser tratados como don directo de la providencia de Dios, se obligaron a decir que aun los tiranos gobiernan por derecho divino, y aun cuando hagan un manifiesto mal, sería blasfemo oponérseles (Skinner, 1993, 2:80-81).

Es así como Skinner dilucida un contexto de cosmovisión de la política y religión, donde la primera adquiere prácticamente un poder factual sobre la segunda, desprendiéndose de la organización clerical y adquiriendo una influencia de la que antes estaba más limitada, apropiándose de la justificación divina que los encargados de la Iglesia perdieron ante la Reforma. En la siguiente imagen se muestra el impacto de la Reforma en Europa:



Fuente: http://uy.kalipedia.com/historia-universal/tema/edad-moderna/graficos-division-religiosa-europa.html?x1=20070717klphisuni_87.Ees&x=20070717klphisuni_187.Kes

Un paso decisivo fue la reunión de una asamblea nacional, que el gobierno utilizó en cada caso para proclamar su rechazo definitivo de los poderes jurisdiccionales separados

que hasta entonces habían ejercido dentro de sus territorios el papado y la Iglesia católica. En cada situación, estos cambios fueron legitimados apelando a un concepto esencialmente luterano de la Iglesia como cuerpo puramente espiritual, cuyo único deber era predicar la palabra de Dios sin aspirar a ningún otro poder (Skinner 1993, 2:91). Aquí la intención fue reivindicar la separación de Iglesia y el Estado, reforzando éste último, pues en esta zona ya había un Estado más definido que en Italia no existía.

El último paso fue proclamar al Rey en lugar del Papa como cabeza de la Iglesia y efectuar una transferencia a la Corona de todos los poderes jurisdiccionales que hasta entonces había ejercido la Iglesia. Este paso se dio en Dinamarca, Suecia e Inglaterra (Skinner 1993, 2:93). Es así como a través de este contexto político y religioso se comenzaron a sentar las bases de la teoría política de Estado en el norte de Europa.

De esta forma, la Iglesia católica en Inglaterra se separó de la autoridad del Papa, el obispo de Roma, formándose la Iglesia anglicana y, con ello, comienza a fundarse un nuevo lenguaje con el que se justifique su acción y un concepto moderno de la obligación política. Así, fue posible para las autoridades seculares legitimar su pretensión de que debía considerárseles como el único poder jurisdiccional dentro de sus propios territorios y que debían ser reconocidas como único objeto apropiado de la lealtad política de un súbdito (Skinner, 1993, 2:96). Skinner demuestra que el pensamiento político no es uniforme ni lineal, cada texto corresponde a un contexto concreto y a una intención particular.

Para Skinner, en Alemania la Reforma fue un movimiento generado por el pueblo, en tanto que en Dinamarca fue impuesta en gran parte “desde arriba” al término de una guerra civil. En cambio, en Suecia e Inglaterra tuvieron que dar dos nuevos pasos: uno,

acallar a los adversarios más recalcitrantes de los nuevos acuerdos; el otro, persuadir a aceptarlos y apoyarlos al grueso de la población, a menudo inquieta y mal informada acerca de los cambios (Skinner 1993, 2:97). La diferencia de contextos de región, ayuda a comprender las diversas ideas, tradiciones y situaciones en las que surgió en este caso la ideología política moderna que, como ya se puede dilucidar, no fue hecha con propósitos homogéneos como una cadena ascendente de ideas, sino de distintas intenciones y propuestas intelectuales que intentan solucionar problemas y fundamentar una nueva forma de organización política que apacigüe los conflictos en los que están inmersos.

“Si no hubiese habido un Lutero, nunca habría podido haber un Luis XIV”, esta frase de Figgis que usa Skinner ha sido criticada como antihistórica, pero para Skinner, la principal influencia de la teoría política luterana sobre los principios de la Europa moderna consistió en fomentar y legitimar el surgimiento de las monarquías unificadas y absolutistas (Skinner 1993, 2:119). En este contexto que construye Skinner, la teología y religión tienen una importancia primordial en la génesis intelectual del Estado moderno. La ideología de la Europa reformista se construye a base de la reinterpretación de la Biblia para la integración de un discurso estatista.

Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), clérigo católico, basó todo su argumento en la suposición típicamente luterana de que todos los principios políticos deben derivarse de las páginas de la Biblia, intitulado a su tratado *Política Tomada de las Palabras de la Sagrada Escritura* (Skinner 1993, 2:119). Mientras que en Italia el fundamento esencial fue la revisión de los clásicos griego-romanos; en el norte de Europa, los fundamentos políticos modernos se dan en la relectura de la Biblia. La Biblia adquiere otra connotación más

política que religiosa y ayuda a desprenderse de las instituciones conservadoras de Roma para dar paso a una nueva concepción cristiana de la política.

4.5. El Constitucionalismo, absolutismo y revolución.

Skinner analiza en esta parte de la Europa protestante el origen del constitucionalismo, donde Jean Gerson (1363-1429) es el primero en insistir en que toda comunidad donde el gobernante está “por encima de la ley” no es una sociedad auténticamente “política” en pleno sentido, pues todo gobernante debe gobernar siempre “para el bien de la república” y “de conformidad con la ley” (Skinner 1993, 2:123). Así pues, debido al análisis intertextual de dilucidación contextual, se rastrean autores que no se les había dado el valor histórico que merecen, encontrando así orígenes más remotos del pensamiento político moderno y pudiendo clarificar sus bases epistemológicas.

Los sorbonistas como el escocés John Mair (1467-1550) insistieron en que la autoridad política no sólo se deriva del cuerpo del pueblo, sino que es inherente a él. Para ellos, la condición de un gobernante nunca puede ser la de soberano absoluto, sino tan solo la de un ministro o funcionario de la república (Skinner 1993, 2:126). Mair y su alumno Jaques Almain afirmaron la implicación de que cualquier gobernante que no gobierne apropiadamente puede ser legítimamente depuesto por sus propios súbditos (Skinner 1993, 2:128). Vemos así como estos pensadores que escribieron a inicios del siglo XVI ya tenían idea de un gobierno limitado por leyes, así como de la soberanía popular. Es a través del contexto skinneriano como se pueden también rastrear los inicios del constitucionalismo en la etapa de gran crisis en la Iglesia católica, el intertexto descubre los objetivos originales de las teorías fundadoras.

Skinner también hace un análisis contextual en la Europa mediterránea, donde a raíz de la crisis de sus instituciones eclesiásticas provocada por la Reforma, refundan su pensamiento político rescatando las tesis de Tomás de Aquino. En los colegios españoles jesuitas proliferó una serie de autores, de los cuales, dos son los más importantes para Skinner: Luis de Molina (1535-1600) y Francisco Suárez (1548-1617), que influenciados por las enseñanzas que dejó el dominico Francisco de Vitoria (1485-1546), se empeñaron en refutar las tesis de los “herejes” de aquella época (Skinner 1993, 2:144). A estos pensadores, Skinner los nombra como tomistas y contrarreformistas, pero en otras obras encontramos otro tipo de denominaciones como “Escuela de Salamanca” y “segunda escolástica” (Pagden 1990, 80), o como “neoescolástica española” (Breña 2006, 192), y también hay quien los enmarca dentro de una corriente más extensa llamada el “pensamiento clásico español” (Guerra 2000, 169-170).

Los “herejes” de quienes básicamente se ocuparon estos pensadores fueron los luteranos; y uno de sus objetivos fue repudiar no sólo su concepto de la Iglesia, sino de toda la visión de la vida política asociada a la Reforma evangélica (Skinner 1993, 2:144). Para estos jesuitas, el significado de la afirmación de Lutero de que el hombre no posee ninguna justicia inherente es “la raíz y base de todas las demás herejías” que ha propagado acerca de los principios de la vida política. Ellos escribieron para socavar esas “herejías” y refundar sus instituciones. Una crítica fundamental fue contra la idea luterana del príncipe cristiano. Otra herejía es la de que las órdenes de un príncipe no cristiano no son obligatorias en conciencia, y nunca se les debe obedecer (Skinner 1993, 2:146).

Desde las tesis de Francisco de Vitoria, se encuentra un rechazo al reclamo de estos “modernos herejes” que afirmaban que la autoridad de un príncipe dependía no de las leyes, sino de la gracia, y el argumento subsecuente de que cualquier príncipe caído de la gracia puede ser depuesto por sus súbditos o por cualquier dominio más divino (Pagden 1990, 83). Todos los autores jesuitas y dominicos coincidieron en que la Iglesia era una institución visible y jurisdiccional, cuyas estructuras y tradiciones se derivan directamente de la inspiración del Espíritu Santo (Skinner 1993, 2:150), con su propio código de derecho canónico paralelo a las leyes civiles de la república y nunca sometido a éstas. También coincidieron en que el supremo poder de la Iglesia permanece todo el tiempo en manos del Papa (Skinner 1993, 2:151).

Es esta crítica que hacen a los planteamientos reformistas donde también tiene lugar un debate con Juan Ginés de Sepúlveda, quien apoyándose en las tesis de Aristóteles, justificaba la conquista y esclavitud del Nuevo Mundo (Skinner 1993, 2: 148). En el debate con las tesis de Sepúlveda, aportaron innovaciones para el derecho natural o iusnaturalismo y el concepto de propiedad o *dominium rerum*. Para estos neoescolásticos, el hombre renuncia a su libertad primitiva para adquirir moral y seguridad en sociedad, pero conserva derechos naturales e inalienables producto de las leyes de Dios, de los cuales el *dominium* es el más fundamental (Padgen 1990, 80-81).

Así, los tomistas establecen una nueva relación entre la ley de la naturaleza (inspirada en la ley divina y voluntad de Dios) y las leyes positivas humanas. Para ellos, las leyes positivas deben ser compatibles con los teoremas de la justicia natural; de esta forma, la ley natural es el marco moral dentro del cual han de operar todas las leyes humanas, estas

últimas deben dar fuerza a la ley superior (Skinner 1993, 2: 155). De esta forma establecieron que la ley de las naciones debía considerarse un aspecto del derecho humano positivo, creada por las autoridades de todo el mundo para asegurar reglas justas, por eso Vitoria es considerado el creador del moderno concepto de derecho internacional (Skinner 1993, 2:160). Esto llevó a pensar el concepto de propiedad privada como parte de la ley positiva y no natural, lo que a su vez, significaba que los derechos de los propietarios podían ser alterados o abolidos (Skinner 1993, 2:159).

Suárez y Molina establecieron como necesidad que el origen del poder de todo gobernante esté en armonía con la voluntad y aprobación del pueblo, que todo poder político debía ser producto de la elección humana y por consentimiento de la comunidad *ex consensu communitatis* (Skinner 1993, 2:168). Suárez justificó el tiranicidio en circunstancias donde el rey convierte su poder en tiranía, volviendo su gobierno pernicioso para la comunidad (Skinner 1993, 2:185)¹¹. Con estos planteamientos, los neoescolásticos construyeron la idea de un nuevo pacto entre dos partes: la comunidad y el príncipe, que implicaba una serie de obligaciones para este último, relacionadas con la idea del bien común y que abría la puerta al derecho de resistencia y tiranicidio en caso de que el príncipe rompiera el pacto¹².

¹¹ Aunque Skinner no alude al concepto de Antiguo Régimen, donde se ubican estos autores neotomistas, se trata de un imaginario que para Carlos Garriga en su artículo: “Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen”, estaba dominado por la creencia de un orden divino, natural, universal e indisponible, que asignaba a cada parte una posición y destino en el mundo. Las tesis de los jesuitas neoescolásticos parecían contrastar con la teoría absolutista que concentraba en el monarca la autoridad ilimitada para reordenar la sociedad en el Antiguo Régimen. Francisco-Xavier Guerra en su libro: *Modernidad e Independencias*, p. 22. Indica que las enseñanzas del pactismo neotomista fueron prohibidas en las universidades a la llegada de los Borbones al trono español, por diferir con las tesis absolutistas.

¹² Roberto Breña en su libro: *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*, p. 193. Señala que para Vitoria y Suárez, el poder recaía casi exclusivamente en el príncipe una

Estos teóricos de la Contrarreforma son considerados -erróneamente- como los principales fundadores del constitucionalismo moderno y también del moderno pensamiento democrático, y Suárez visto como el primer demócrata moderno (Skinner 1993, 2:181). En realidad, para Vitoria el Papa seguía siendo una autoridad que podía ejercer un poder coactivo sobre los príncipes temporales con penas eclesiásticas de excomunión, penas temporales y aun privación de reinos (Skinner 1993, 2:187). En Suárez, el poder de la comunidad se transfiere absolutamente a su gobernante, haciendo que este último nunca esté atado por las leyes de la comunidad (Skinner 1993, 2:190). Los tomistas, según Skinner, desarrollaron un concepto de la condición jurídica de los gobernantes que contradecían los planteamientos republicanos de Bartolo y Occam, quienes sostenían que los ciudadanos nunca otorgan a su gobernante poderes más grandes que los que ellos mismos poseen (Skinner 1993, 2: 187).

Para Skinner, fue Calvino y no Lutero, quien se enfrentó a la crisis armado con poco más que una teoría de la obediencia pasiva; y que fue Lutero, no Calvino, el primero en introducir el concepto de la resistencia activa en la teoría política de la Reforma “magisterial” (Skinner 1993, 2:213). Esto se debió, según Skinner, a que tanto calvinistas como luteranos tenían como una de sus premisas importantes que: “cada vez que un magistrado superior persigue a sus súbditos, entonces, por la ley de la naturaleza, por la ley divina y por la verdadera religión y culto de Dios, el magistrado inferior debe, por mandato de Dios, resistirle” (Skinner 1993, 2:214). Skinner nos va exponiendo problemas

vez que la comunidad así lo concedía. Pero posteriormente, el jesuita Juan de Mariana afirmó que el poder debe seguir residiendo en ambas partes del pacto de manera equitativa.

específicos y que en suma se convierte en un análisis vasto de cómo fueron cambiando los paradigmas políticos y religiosos en toda Europa occidental.

Los escritos calvinistas más radicales del decenio de 1550 aceptaban que en ciertas circunstancias puede ser legítimo no sólo para los magistrados, sino aún para ciudadanos particulares y para todo el cuerpo del pueblo, participar legalmente en actos de violencia política (Skinner 1993, 2:241). Es así como Skinner nos da una perspectiva distinta a la textualista, donde todo el proceso ideológico se explicaba por la simple sucesión de textos canónicos con una coherencia que no se desvía de su curso inicial. En este contexto vemos cómo a través de las tendencias religiosas se fue construyendo, de manera compleja y conflictiva, el vocabulario y los cimientos del pensamiento político moderno.

En este contexto ideológico de Reforma, Quentin Skinner trata el tema de la revolución hugonota en la que los calvinistas radicales continúan suponiendo que la razón fundamental de la existencia de la sociedad política ha de consistir en sostener las leyes de Dios y el ejercicio de la verdadera fe. Pensaban que la sociedad política fue ordenada por Dios, tratando la tiranía como una forma de herejía y considerando la legitimidad de la resistencia como deber religioso distinto de un derecho moral (Skinner 1993, 2:247). Es así como en Francia se va desarrollando su pensamiento que aportará importantes propuestas para muchos sistemas políticos.

La teoría moderna del derecho a la resistencia por primera vez fue articulada por los hugonotes durante las guerras religiosas francesas en la segunda mitad del siglo XVI. Fue tomada entonces por los calvinistas de los Países Bajos, después en Inglaterra donde llegó a formar parte importante del trasfondo ideológico de la Revolución inglesa. Pero la mayor

parte de los baluartes hugonotes se localizaron en las zonas exteriores del sudeste de Francia –en el Languedoc, la Provenza y cerca de la frontera con Suiza –y no en los grandes centros del norte (Skinner 1993, 2:248).

Así, para comprender los orígenes y desarrollo de su ideología, es esencial empezar considerando la naturaleza de la situación en que se encontraron al estallar las guerras civiles en 1562, y que para 1572 ocurrió el desplome final de las esperanzas hugonotas cuando Catalina sancionó el asesinato en masa de los jefes hugonotes en la matanza de San Bartolomé (Skinner 1993, 2:249). Skinner nos expone la importancia que tuvieron las guerras civiles y religiosas, que en este caso, fueron las problemáticas centrales en torno a las cuales se rompieron paradigmas y se crearon nuevas propuestas ideológicas para la organización política de cada tradición y construcción novedosa de relación Iglesia-Estado.

Skinner no generaliza el análisis, a través de su obra procede detenidamente en los problemas y propuestas de cada región específica de Europa con sus influencias y tradiciones, así como los textos e ideas que surgen en ese contexto concreto; encontrándole así, un sentido plenamente histórico a las ideas de ese momento.

El surgimiento de la ideología del absolutismo, es rastreado por Skinner como un conflicto de estatus donde los nobles comienzan a construir un discurso conservador para mantener sus privilegios y una crítica a las autoridades reales por aumentar impuestos y permitir esa “falta de moral”. A mediados del siglo XVI, comenta Skinner, los ingresos de los nobles ya no estaban a la altura de su categoría, e hizo que la sistemática venta de cargos de gobierno fuese causa particularmente poderosa de hostilidad (Skinner 1993, 2:265).

Fue así como un importante grupo de filósofos “legistas” empezó a argumentar en defensa de la concentración de autoridad en el rey y en detrimento de los intereses de la nobleza que criticaba al rey por permitir el socavamiento de sus privilegios (Skinner 1993, 2:266). Este discurso partió en pro de la monarquía absolutista en Francia y de la crítica a las relaciones feudales inaugurada por la gran obra de Du Moulin, seguida por René Choppon, Louis la Caron y muchos otros legistas partidarios de la monarquía absoluta (Skinner 1993, 2:272). Encontramos así, en este conflicto social de fuerzas y grupos sociales que decaen y otros que emergen, la construcción de un discurso político que le adjudique no sólo justificación y legalidad al nuevo sector en ascenso, sino también impulso y protección por parte del sistema político.

La teoría de la revolución, para Skinner, surge del pensamiento hugonote cuya aportación más grande es *La Defensa de la Libertad contra los Tiranos* de Philippe Du Plessis Mornay, que ofrece el sumario más completo de todos los principales argumentos desarrollados por los “monarcómacos” hugonotes en el curso del decenio de 1570 (Skinner 1993, 2:314). Aunque el objeto principal era justificar un ataque indirecto a la monarquía Valois, su principal preocupación era llamar a las armas a su propio bando, ensanchar la base de su apoyo no sectario y minimizar la creciente hostilidad de los católicos moderados (Skinner 1993, 2:315). Skinner clarifica con mucha precisión la transición de una época medieval a una moderna a través de los cambios paradigmáticos en el discurso político. Conflictos en toda Europa que definieron el lenguaje para promover nuevas formas de organización política con nuevos actores.

En la tradicional escuela de las ideas y libros de historia de ideas políticas de enfoque marxista ortodoxo, este tipo de planteamientos se adjudican hasta la Ilustración y en todo el nuevo vocabulario que surgirá con la Revolución francesa¹³. Pero con el intertexto y el contexto skinneriano vemos que son los hugonotes quienes ya habían construido un discurso de soberanía y revolución a raíz de sus guerras religiosas, aportando conceptos y términos que no se habían dado en otras épocas, mucho menos en la era medieval.

Skinner llega a una comprensión profunda de los juegos lingüísticos contextuales a través del intertexto que es su técnica metodológica original e innovadora encuentra las intenciones de cada pensamiento o idea. Skinner buscó donde las perspectivas conservadoras no buscaban, construyendo la historia del lenguaje político y moderno.

También en el catolicismo, con las tesis de la neoescolástica, se dio una crítica radical al absolutismo y una revolucionaria forma de concebir a la población y sus derechos, otorgándoles mayor prioridad que a cualquier gobernante o forma de autoridad. Para Skinner, fue la defensa católica de la rebelión y el tiranicidio en *El Rey y la Educación del Rey* de Juan de Mariana (1536-1624), motivado por la llegada del hugonote Enrique de Navarra al trono de Francia, donde se afirmó que el gobernante no ha de ser visto como propietario, sino sencillamente como guía y gobernador de su reino. Si no cumple con ello, a Mariana le pareció obvio que cualquiera de los ciudadanos, o todos ellos juntos, han de conservar el derecho de deponerlo y aun de darle muerte (Skinner 1993, 2:352).

¹³ George Sabine en su obra *Historia de la Teoría Política*, plantea que fue en el siglo XVIII con el movimiento político en Francia donde se gestan las ideas revolucionarias. S. V. Pokrovski en su libro *Historia de las ideas políticas*, establece que en la Ilustración se desarrollaron ideas revolucionarias burguesas, y fue con Marx donde se presentó el enfoque de revolución social.

El jesuita Mariana, coincidiendo con el protestante escocés George Buchanan (1506-1582), estableció una teoría de la soberanía popular que podía ser utilizada por todos los bandos en las inminentes luchas constitucionales del siglo XVII ¹⁴ (Skinner 1993, 2:357). Es así como Skinner llega al final de su obra con una sorprendente cantidad de referencias primarias, de textos de la época de diferentes idiomas, indagando hasta donde más se pueda, los fundamentos del pensamiento político moderno.

La forma concisa en como Skinner va esclareciendo el origen ideológico moderno del Humanismo, del Estado, de la República, de la Libertad, del Absolutismo, del Constitucionalismo, de la teoría de la revolución y de la soberanía popular, es de un ejercicio intertextual y lingüístico de gran reconocimiento. En toda esta obra se invita al historiador al cuidado que se debe tener cuando se analizan las ideas, pues estas devienen de muy diferentes contextos y tradiciones, así como de diferentes problemas, para los cuales cada autor en su respectivo contexto y lenguaje emite una propuesta y un análisis particular.

El contexto que construyó Skinner no es sólo para acumular datos adicionales o para suplementar los reclamos y argumentos de un texto, como menciona Preston King, teórico político de la Lancaster University (King 1995, 210). Este autor menciona que el contexto es una perogrullada (King 1995, 209), pues es automáticamente suministrado por el conocedor e insistir en su aplicación es redundante. Pero como se observó en este capítulo, contextualizar como lo hizo Skinner tiene una carga metodológica primordial, donde los juegos del lenguaje son esclarecidos a través del intertexto, que revela a protagonistas

¹⁴ A pesar de pertenecer a diferentes credos religiosos, Skinner encuentra que estas ideas coincidían en ser puramente seculares y enteramente populistas ya que buscaban la defensa de sus creencias, dándole a la población el derecho de practicar la rebelión y el tiranicidio.

intelectuales de la historia que bajo perspectivas tradicionales o positivistas apenas habían sido mencionados; además, las ideas son interpretadas con otro sentido muy diferente a como lo haría un marxista ortodoxo, o un positivista de corte tradicional. En Skinner las ideas se relacionan directamente con sus problemas históricos.

El contexto skinneriano es así un análisis de ideologías como historias de poder que organizan experiencias, aspiraciones, miedos, y memorias dentro de sumas coherentes de cómo el mundo es percibido (Boutcher 2006, 78). Los que escribieron esas ideologías no lo hicieron tomando en cuenta la situación económica ni estaban buscando el poder para ellos y dominar sobre otros. Ellos estaban construyendo una forma política de Estado que encontrará un orden satisfactorio para las tradiciones de cada cultura, pues la formas políticas medievales o premodernas estaban en crisis.

En la concepción de ideología skinneriana se mezclan una serie de intereses políticos que van desde convicciones personales que intentan proponer métodos o prácticas para la estabilidad y prosperidad de sus regiones, hasta las propuestas respresentativas de diversos sectores como los religiosos que buscan tener una participación notable en la vida política.

En *Los Fundamentos*, según Kari Palonen, se analizan principalmente las batallas por el poder como son el caso de las ciudades italianas y el Imperio, así como las batallas religiosas en la Europa del norte. Las oportunidades, obligaciones y derechos de resistencia forman un paradigma para estos tipos de formas de poder frágiles las cuales son siempre en necesidad de la legitimación (Palonen 2003, 81). En este sentido, Palonen detecta una similitud con Weber:

The papal, imperial and statist claims of a unitary authority are treated as responses to such attempts to create power 'from below'. In this sense, we can clearly detect the Weberian tacit asymmetry of politics in *The Foundations*: the striving for power, precisely to change the existing, distribution of power-shares, is the constitutive moment of politics-as-activity, whereas the defence of status quo turns to politics only in response to such attempts to change (Palonen 2003, 81)

La asimetría compartida por Skinner y Weber consiste en la atención que se da al esfuerzo por la adquisición del poder y del cambio de distribución de sus formas, que es el momento constitutivo de la política como actividad.

El contexto skinneriano tiene cierto perfil weberiano al exponer en su mayor parte una situación de conflicto por controlar la organización política entre diversos sectores, y de ahí los discursos innovadores y propuestas, así como críticas que se construyen para las nuevas exigencias de la vida social. El contexto de Skinner es plenamente político e ideológico, como bien dice Palonen, la política entendida aquí como el esfuerzo y cambio en las formas de poder. La idea de contexto en Skinner, es aquella donde hay una producción de discursos ideológicos que abrogan y defienden nuevas formas de organización política con nuevos actores y con una diferente forma de uso del poder. Ideologías que también rechazan y critican propuestas con las que no coinciden. Conflictos por el poder que no se entienden sólo por los hechos mismos, sino por los usos lingüísticos que se produjeron para esas circunstancias y su carga intelectual.

Para Kari Palonen, es el uso de matiz, imaginativo y multidimensional de hacer cosas con palabras lo que ofrece recursos políticos en una batalla de poder (Palonen 2003, 58). Es decir, retomando el planteamiento de Austin de hacer cosas con palabras, el contexto skinneriano también aglutina la creatividad intelectual de los sujetos por construir discursos racionales que socaven a los ideólogos antagónicos y ayuden a establecer los

proyectos en los que han invertido su capacidad intelectual lingüística. Como de nuevo señala Palonen: “All linguistic action has a political potential also constituting new shares of power and altering the existing distribution of power-shares” (Palonen 2003, 58). Los discursos como fuerzas políticas e ideológicas que buscan una nueva distribución del poder, y que para ello inventan o alteran las connotaciones de conceptos y lenguaje.

El contexto skinneriano es pues esa lucha intelectual lingüística por el establecimiento de ideales políticos que lleva implícito novedosas propuestas que transforman las formas de poder tradicionales, todo ello en un contexto de cambios paradigmáticos que representó el inicio de una nueva etapa histórica en Europa. El contexto así, determina el alcance del sentido de un texto (Bocardo 2007, 307). En el contexto skinneriano, constituido sustancialmente con textos de la época en estudio, se encuentra implícita una idea de texto que es un medio comunicativo dentro de los debates y el lenguaje que se estaba usando. El texto es la consumación de la creatividad de un sujeto inmerso en un debate ideológico, no es el reflejo pero sí un producto singular del contexto que le dio el motivo para ser elaborado.

Los textos, señala José González, siempre se refieren a otros textos y ese diálogo intertextual directo u oblicuo, nos otorga un punto clave para la interpretación (González 2007, 367). En el contexto skinneriano vemos claramente ese diálogo intertextual e ideológico entre los textos, que para el entendimiento histórico de uno, es necesario conocer una amplia gama de textos que lo rodean pues sólo de esa forma se puede identificar el uso de términos y conceptos que el autor estaba aplicando, así como las innovaciones, críticas, intenciones y productos intelectuales que encierra en su

pensamiento. El contexto skinneriano es antitextualista, ningún texto puede revelarse históricamente por sí mismo, sólo con la dilucidación de la comunicación entre los textos se posibilita la construcción de un marco histórico de ideologías que ubica la función puntual de un determinado texto en su situación política.

Finalmente se puede concluir, coincidiendo con Palonen, de que el contexto skinneriano es un contexto de debates ideológicos intelectuales que defienden y promueven formas distintas del ejercicio del poder, producto de problemas políticos que ofrecen las condiciones para la aparición de textos y lenguajes novedosos. Sin embargo, no sólo se trata de lucha ideológica por el poder, sino de novedosas cosmovisiones sobre la política y concepciones del papel del hombre y la sociedad. Al haber un debate sobre las formas del ejercicio del poder, implica una construcción discursiva sobre la organización política que satisfaga a los grupos que quieren justificar su ascenso, socave los argumentos de sus antagonicos y atraiga el apoyo de otros sectores.

Es así como el contexto skinneriano implica la construcción intelectual de conceptos y de lenguaje político que fundamente no sólo nuevas ideologías que transformen el uso y la apropiación del poder, sino también el establecimiento de un nuevo lenguaje que lleva consigo una nueva cosmovisión de la política; o sea, una novedosa forma de organización social y de paradigmas que cambien los ojos con los que se concibe a los seres humanos y su organización.

5. La idea de sujeto en *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*.

La idea de sujeto que encontraremos en Skinner, es aquel individuo que produce propuestas, que aporta nuevas críticas, que colabora en la formación de un intelecto, que construye un lenguaje apto para las circunstancias políticas y su solución. En el contexto que analizamos anteriormente se menciona una inmensa cantidad de sujetos que colaboraron en la formación del lenguaje y vocabulario ideológico moderno. Pero no todos ellos hicieron aportaciones tan trascendentales y revolucionarias como otros a los que el mismo Skinner dedica varias páginas a su análisis y son los que veremos aquí.

En el contexto skinneriano encontramos una auténtica lluvia de ideas dentro de un lenguaje normativo que exige su contexto histórico. Todas estas ideas, para Skinner, están plenamente delimitadas en una discusión y problemas políticos que pretenden remediar los males que aquejan a sus sociedades, enfocándose en aconsejar al Príncipe, en exaltar los valores republicanos, en reforzar la idea de ciudadanía, etc. Lo que ahora veremos es cómo en *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*, las ideas propias de un sujeto específico resaltan más que la de otros, o llegan a trascender notablemente a diferencia de sus colegas y rivales intelectuales.

Para llegar al análisis del pensamiento de un sujeto en la perspectiva skinneriana, fue necesario primeramente dilucidar el contexto ideológico-intelectual así como los problemas políticos en los que estaba inmerso. Se puede decir que los dos objetivos esenciales de la perspectiva skinneriana son el contexto y el sujeto; ninguno de ellos se analiza por separado, sino que están en constante relación. Lo que es notable, es que para

llegar al sujeto, antes se debe dilucidar el contexto. Después de lo cual, Skinner se irá deteniendo a lo largo de su obra en el análisis de determinados sujetos, resaltando con todo el respaldo del contexto que construyó, las innovaciones, las críticas y las nuevas aportaciones que los textos de un sujeto establece. Produciendo así, nuevas interpretaciones y regresándole al autor su valor intencional, aterrizando sus ideas en un genuino contexto de lenguaje y política.

La inmensa cantidad de escritores a que alude Skinner en su obra, refuerza la idea de que el contexto intelectual se hace con base en la discusión de los sujetos; es decir, los intelectuales discutiendo problemas. Donde alguno de ellos resalta por sus aportaciones y su carga intelectual histórica, momento en el que entra la idea de sujeto, pues éste último, es forjado por el contexto al brindarle una gama de posibilidades de pensamiento. Las innovaciones intelectuales las hacen los sujetos de manera no determinada, las probabilidades de saber cómo reaccionan ante los contextos y la situación histórica es grande y no corresponden a un solo factor, sino a múltiples que se presenten.

Uno de los filósofos más importantes que ayudó a importar las ideas del aristotelismo a Italia fue Marsilio de Padua, cuya principal obra política es *El defensor de la paz* en 1324, donde defendió la libertad de las ciudades-repúblicas italianas contra la intervención de la Iglesia (Skinner 1993, 1:73). En este contexto, Marsilio piensa en Cicerón no sólo como sabio estoico, sino antes bien como prudente funcionario público, cuyo comportamiento en la época de la conspiración de Catilina le parece especialmente encomiable (Skinner 1993, 1:76). Los sujetos intelectuales más notables en ese momento

sostenían sus argumentos y críticas siguiendo principalmente los ideales y conceptos clásicos.

El argumento básico de los republicanos como Marsilio, fue alcanzar la paz y la concordia, *pax et concordia*, términos que representaban el valor supremo de la vida política. Uno de los tratados de Remigio titulado *El bien de la paz* comienza afirmando que “la paz es el principal objetivo y mayor bien del pueblo” (Skinner 1993, 1:77). Marsilio y Bartolo, incluso Maquiavelo así lo querrán, esas son, para Skinner, las intenciones genuinas, pero donde se dará las innovaciones será en los métodos que eligieron para llegar a ese ideal.

Sin embargo, en cuanto enfocamos su contexto político inmediato resulta evidente que Marsilio no sólo estaba escribiendo una obra abstracta de pensamiento constitucional: también estaba haciendo un conjunto concreto de propuestas políticas que -aunque indudablemente las considerara válidas para todos los tiempos- manifiestamente se proponían, en primer lugar, resolver los problemas específicos de las ciudades-repúblicas italianas (Skinner 1993, 1:82).

Debido a que la política de las ciudades italianas estaba siendo socavada por las facciones interiores, para los teóricos escolásticos el mayor temor era la formación de bandos rivales por grupos hostiles de ciudadanos. Así pues, la principal pregunta que plantean es cómo evitar esto. La solución que proponen tanto Bartolo como Marsilio es que “el gobernante” debe ser todo el cuerpo del pueblo, de modo que, en principio, no pueda surgir ninguna lucha intestina (Skinner 1993, 1:83).

La manera en como Marsilio y Bartolo pasan a defender esta tesis central les obliga a hacer una evaluación fundamental de las suposiciones escolásticas prevalecientes acerca de la soberanía popular. En Santo Tomás se establecía una distinción entre los tipos de

gobierno “real” y “tiránico” como prefacio a su afirmación de que, mientras que la tiranía es la peor forma de gobierno, la monarquía hereditaria es la mejor (Skinner 1993, 1:75). De esta forma, Santo Tomás había establecido en la *Suma teológica* que, aún cuando el consentimiento del pueblo es esencial para establecer una sociedad política legítima, el acto de instituir a un gobernante siempre obliga a los ciudadanos a alienar –y no sólo delegar- su original autoridad soberana.

Tanto Marsilio como Bartolo defienden el caso contrario. Marsilio insiste en que “todo el cuerpo de ciudadanos” sigue siendo en todo momento el legislador soberano, “sin que importe si hace la ley directamente por sí mismo o si la encarga a cierta persona o personas” (Skinner 1993, 1:84). La teoría de la soberanía popular desarrollada por Marsilio y Bartolo estaba destinada, según Skinner, a desempeñar un papel importante al formular la cuestión más radical del temprano constitucionalismo moderno. De esta manera, Skinner hace ver, a través del contexto y los discursos dominantes, las propuestas revolucionarias que trascenderán como teoría debido a las nuevas formas en que conciben la política, y a los métodos diferentes que defienden para alcanzar determinado ideal.

Además de ejercer esta influencia a largo plazo, las teorías de Marsilio y de Bartolo también tuvieron una inmediata importancia ideológica en las ciudades-repúblicas italianas de su propia época. Para Skinner, no sólo constituyeron la defensa más completa y sistemática de la libertad republicana contra el avance de los déspotas; también establecieron un ingenioso modo de argumentar contra los apologistas de la tiranía, en sus propios términos (Skinner 1993, 1:87).

5.1. Maquiavelo.

El triunfo final de los *signori* en Italia, ayudó a generar importantes modificaciones en el carácter del pensamiento político renacentista (Skinner 1993, 1:139). Es aquí donde aparece el más célebre de los libros para consejos de príncipes: *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), que completó a finales de 1513 y dedicó dos años después a Lorenzo de Médicis. Como la República florentina se había desplomado, Maquiavelo se encontraba sin su cargo que había sido el de servidor público en la mencionada república. Pretendió llamar la atención por medio de su libro, pero fracasó en ese propósito; sin embargo, logró hacer una contribución al género de libros de consejos para príncipes que, al mismo tiempo, revolucionó al propio género (Skinner 1993, 1:142).

Lo que encontramos en Maquiavelo es un Príncipe en movimiento y un pueblo estático y apolítico en su mayoría (Skinner 1993, 1:150). Es así, como a diferencia de Marsilio o Bartolo y la gran mayoría de sus colegas de consejos para príncipes, Maquiavelo se distancia de la atención hacia los ciudadanos y concentra todas sus ideas en la actuación del Príncipe, al cual le brindará recomendaciones inconcebibles para los anteriores intelectuales.

Es así como Skinner, con su perspectiva contextualista, nos hace ver su idea de sujeto con Maquiavelo:

[...] al elucidar las principales suposiciones de los autores de espejos para príncipes, estamos colocándolos en la mejor perspectiva para observar hasta dónde pudo tener Maquiavelo la intención ulterior de cuestionar o aun de ridiculizar algunos de sus valores. Desde luego, es evidente —y a este respecto contamos con la afirmación del propio Maquiavelo— que se consideró a sí mismo como crítico consciente de varios elementos claves que había en la literatura existente de libros de consejos para príncipes. Pero sólo cuando hemos captado el preciso marco intelectual dentro del cual estaba escribiendo

Maquiavelo podemos reconocer los puntos y el grado en que, en realidad, se interesó en desafiar y repudiar su propia herencia humanista (Skinner 1993, 1:153-154).

En esta cita vemos como Skinner llega al sujeto por medio del contexto, su idea de sujeto, es de aquel que se halla condicionado por su contexto intelectual. Es importante señalar que el sujeto al que se refiere Skinner es el sujeto que escribe sobre política y que aporta elementos para el intelecto.

Con todo el contexto que Skinner expuso, se ve con otros ojos históricos los textos de Maquiavelo, y se descubren los motivos que llevaron al sujeto a escribir lo que escribió, así como a entender qué fue lo que hizo diferente su lenguaje respecto a sus coetáneos.

Como resultado, los más destacados teóricos del gobierno principesco habían pasado, todos ellos, a ofrecer el mismo fundamental consejo político: que si un gobernante desea “conservar su estado” y alcanzar el honor, la gloria y la fama, necesitará ante todo cultivar toda la gama de virtudes cristianas así como morales. Es precisamente esta conclusión central la que Maquiavelo niega. Conviene en que los objetivos apropiados para un príncipe son el honor, la gloria y la fama. Pero rechaza con gran vehemencia la creencia prevaleciente en que la manera más segura de alcanzar estos fines es actuar siempre de una manera convencionalmente virtuosa (Skinner 1993, 1:155-156).

Vemos aquí como Maquiavelo hace una fuerte crítica a todo el contexto intelectual donde estaba inmerso, provocando un gran cisma en el lenguaje y fundamentos paradigmáticos con los que se entendía la política. Skinner nos hace ver lo revolucionario que es Maquiavelo para su época; y que su forma de escribir representó todo un giro contrario a las formas en cómo se quería representar al político y las prácticas de la política. Skinner no deja de ver a Maquiavelo como el hombre del Renacimiento que es; pero, gracias al contexto que dilucida, se esclarece el gran crítico que es Maquiavelo hacia muchos de los postulados renacentistas y cristianos. Maquiavelo se convierte en el humanista más radical de su época al rechazar la moral cristiana y las virtudes clásicas, exponiendo un perfil humano y terrenal en asuntos de política.

Así es como se concibe al sujeto en la obra de Skinner, el sujeto que resalta en su contexto por darle otros significados al lenguaje y por fundamentar una perspectiva distinta al resto del vocabulario normativo. Un sujeto al que es imposible llegar a comprender en su dimensión histórica sin el contexto. Todo sujeto es así un sujeto contextual condicionado de sus posibilidades de razonamiento que el contexto le ofrece.

El talento indispensable para Maquiavelo es la capacidad de imitar la virtud: el príncipe “no necesariamente debe tener todas las buenas cualidades” pero “ciertamente debe parecer que las tiene en todo momento” (Skinner 1993, 1:157). El texto de Maquiavelo ahora se entiende desde otro perfil, pues Maquiavelo no está estableciendo de la nada ni por perversidad pura una maldad permanente en el Príncipe que se institucionalice en la vida política, sino está criticando los planteamientos y consejos de sus contemporáneos, basando sus argumentos en el reproche del lenguaje dominante que en ese momento eran las virtudes clásicas y cristianas.

Skinner hace énfasis en la insistencia de Maquiavelo que para “conservar su estado” el Príncipe debe “actuar desafiando la buena fe, la caridad, la bondad y la religión” (Skinner 1993, 1:158). Así pues, a través del contexto, se llega a un Maquiavelo que se atreve a exponer un humanismo que era imposible de concebir por el paradigma cristiano que dominaba. Maquiavelo inaugura un nuevo humanismo en la política a través de la revisión de las virtudes. Con la cualidad de la avaricia, que sus colegas jamás la hubieran tomado en cuenta como virtud, Maquiavelo indica con rigor histórico que “en nuestros tiempos sólo han logrado grandes cosas los que han sido tildados de avaros” (Skinner 1993, 1:160).

Respecto a la crueldad, la cual era vista como una práctica pecadora y anticristiana, Maquiavelo arguye que es inevitable si el príncipe desea mantener a sus súbditos “unidos y leales”. Y por último subraya el valor del engaño y la mentira diciendo que “la experiencia actual muestra que los príncipes que han logrado grandes cosas han sido los que han empeñado su palabra a la ligera y sabido engañar” (Skinner 1993, 1:159). Es así, como señala Skinner, que la diferencia decisiva entre Maquiavelo y sus contemporáneos se encuentra en la naturaleza de los métodos que consideraron apropiados para alcanzar estos fines.

En el siglo XVI y XVII Maquiavelo fue acusado como el corruptor de la idea verdadera de política y señalado como el escritor que transformó las más nobles artes en el arte del gobierno tiránico. Pero en el norte de Europa, James Harrington (1611-1677) reclamó en los preliminares de su libro *Oceana* (1656) que el gran logro de Maquiavelo fue la recuperación del ideal republicano como opuesto a las políticas del arte de la tiranía. Con la influencia de Maquiavelo, Harrington hace una distinción entre la prudencia “antigua” y “moderna”. La prudencia antigua era revelada a la humanidad por Dios y fue seguida por los griegos y romanos; en este tipo de gobiernos la sociedad civil está instituida y preservada sobre los derechos e intereses comunes. Lo contrario sucede en la prudencia moderna, donde el gobierno de una ciudad o nación es de acuerdo a los intereses privados de un hombre o de pocos (Viroli 1990, 144).

El pensamiento del sujeto es el objetivo esencial para Skinner dada su influencia collingwoodiana. El sujeto se ve sometido a un contexto dilucidado y trabajado desde lo intelectual e intertextual que esclarece situaciones que con las perspectivas tradicional,

positivista y marxista ortodoxo, no podían observarse. Como es visible, Maquiavelo no está fundamentando un Estado absolutista ni tampoco está sentando bases para un Estado burgués, sino escribe para su época, para la conservación del príncipe y de su “estado”, es decir, del territorio de las ciudades, pues no existía un príncipe para toda Italia, y lo hace con argumentos críticos y revolucionarios de su época.

Maquiavelo provoca así una gran ruptura en la forma de concebir al hombre y, sobre todo, en la manera de actuar de los hombres en política. Sus cuestionamientos acerca de la moral cristiana y el revisionismo que hace de prácticas históricas “no virtuosas” le permiten a Maquiavelo establecer un lenguaje crudo pero que no deja de ser humanista, de hecho, quizás es radicalmente humanista, olvidando todo método y comportamiento religioso que aplicaban sus contemporáneos.

Maquiavelo también adopta el mismo análisis del término “libertad” que le habían dado los anteriores humanistas florentinos. Por “libertad” entiende ante todo la independencia de toda agresión y tiranía exteriores (Skinner 1993, 1:183). Esto hace que sea un tanto engañoso sugerir, como lo han hecho Cassirer y otros, según Skinner, que Maquiavelo no es más que “un científico y técnico de la vida política” que desapasionadamente analiza y clasifica sus diversas formas. En realidad, para Skinner, Maquiavelo es un fiel y hasta ferviente partidario del gobierno popular. Ciertamente es que concede que “si ha de producirse un renacimiento” en “un Estado que está en decadencia”, tendrá que ser hecho “por la *virtú* de alguna persona que por entonces viva, no por la *virtú* del pueblo en general” (Skinner 1993, 1:184).

Maquiavelo no es un sujeto que piense a la política como una disciplina sin sentimientos humanos o morales, ni tampoco es un sujeto fuera o adelantado a su época, todo lo contrario, tiene las mismas inquietudes que sus contemporáneos por ver a Italia reconstruida y el restablecimiento de la República y los valores cívicos.

5.2. *Thomas Moro.*

El otro sujeto donde se concentra Skinner es Thomas Moro. Para Skinner el libro de *Utopía* fue interpretado erróneamente por autores como R. W. Chambers y Duhamel, estos últimos afirmaban que el texto principal de Moro es una reacción contra las ideas políticas progresistas de su época; ya que Moro está mirando hacia atrás, hacia la vida colectiva de la Edad Media, en un intento por reanimar el ideal ya moribundo del “colectivismo medieval” (Skinner 1993, 1:283-284).

Para llegar a comprender profundamente a Moro, Skinner de nuevo dilucida un contexto apropiado, es decir, el contexto intelectual, lingüístico y político del norte de Europa. Llegando a establecer que el objetivo básico de los moralistas en el norte, es denunciar los diversos grupos sociales responsables de socavar el tradicional concepto del bien público. Los intelectuales del norte estuvieron menos interesados que Moro en la conducta de la nobleza; pero, apoyaron categóricamente su ataque a las clases terratenientes, criticándolas por aumentar las rentas y cerrar tierras labrantías para el pastoreo (Skinner 1993, 1:252).

Según Skinner, la verdadera santidad para Moro consiste en llevar una vida de *virtus* y *apsi* que los *pagans* habitantes de Utopía, mucho más que los cristianos de Europa, han logrado establecer en una república verdaderamente cristiana. El hecho de que los

utópicos no sean cristianos tan sólo sirve, según esta interpretación contextualista, a intensificar el compromiso esencialmente erasmiano de Moro y a hacer resonar una característica nota de ironía. Moro lleva el argumento a su conclusión lógica, implicando que es posible ser un perfecto cristiano sin el menor conocimiento de la Iglesia ni de sus dogmas (Skinner 1993, 1:260).

Con el contextualismo skinneriano ya no encontramos un Moro utópico que mira ingenuamente el pasado, sino un gran crítico de su época y de su contexto; que al igual que Maquiavelo, está refutando esos ideales cristianos de la Iglesia que no han llevado al bienestar de la ciudadanía y de sus territorios. Haciéndolo con un estilo muy diferente de escritura la cual se nos revela en su esencia histórica gracias al contexto de Skinner.

En Skinner, una de las claves para comprender el significado de Moro es el hecho de que también encarna la crítica más radical del humanismo escrita por un humanista, aún cuando en la *Utopía* es indiscutible una aportación importante a la teoría política del Renacimiento del norte (Skinner 1993, 1:284). Es así como a través de un contexto con carácter intertextual se rescata el valor histórico del sujeto y de sus textos, y también se mantiene un preciso cuidado sobre las interpretaciones o aportaciones con las que se pretenda etiquetar al sujeto.

El principal interés de Moro al atacar a la aristocracia hereditaria parece, antes bien, cuestionar la filosofía social indebidamente confortable de sus compañeros humanistas. Como hemos visto, casi todos habían argüido que la virtud debe considerarse como la única nobleza verdadera, pero después habían entibiado el radicalismo de su afirmación añadiendo que las virtudes, tal como son las cosas, suelen manifestarse más entre los miembros establecidos de las clases gobernantes. Así, había tendido a concluir que la realización de una república virtuosa no sólo es compatible sino que en realidad presupone el mantenimiento del “grado, prioridad y lugar”. En contraste, Moro insiste en que si verdaderamente nos preocupa establecer una república virtuosa, hemos de abandonar la pretensión de que nuestros actuales nobles son hombres de alguna nobleza verdadera, y

abolir toda la estructura del grado para asegurar que solo reciban el debido honor y reverencia los hombres de verdadera virtud (Skinner 1993, 1:287).

La *Utopía* de Moro rompe con el paradigma de su época que engrandecía a los nobles y da un giro al análisis de la virtud, rechazando la idea jerárquica de que sólo en el linaje trascienden las virtudes, estableciendo en su obra que sin necesidad de ser cristiano se puede llegar a una república virtuosa y sin la existencia del linaje hereditario.

Moro acusa, según Skinner, a sus contemporáneos humanistas de no haber sabido reconocer las implicaciones de sus propios argumentos (Skinner 1993, 1:290). Thomas Moro es el gran crítico del norte de Europa ya que desnuda la hipocresía de la clase gobernante anglosajona, tanto política como religiosa, haciendo pedazos el lenguaje del que se jactan y, a su vez, reprueba severamente a los intelectuales que argumentaban a favor del status en el que están inmersos.

Moro ya señalaba el abuso de la propiedad privada como causa radical de los problemas sociales y económicos prevalecientes en la época (Skinner 1993, 1:290). Obviamente en la *Utopía* no hay ninguna mención sobre el capital, la fuerza de trabajo y propiedad privada; sin embargo, su obra se hace revolucionaria por el tipo de aportaciones críticas que ya presenta, donde ya se puede percibir un análisis de la sociedad política y religiosa que descubre la causa de las acciones de los hombres y el discurso que los justifica.

5.3. Lutero.

En el segundo volumen Skinner comienza a estudiar a Lutero, cuya nueva teología se encuentra basada en su visión de la naturaleza humana. Lutero estaba obsesionado por la

idea de la completa indignidad del hombre (Skinner 1993, 2:9) que lo lleva a hacer un análisis desesperado de su relación con Dios. El sujeto en Skinner sigue siendo aquel cuya mente está reflexionando y proponiendo ideas que den viabilidad a los problemas que aquejan su contexto. La idea de sujeto en Lutero es de aquel que le inquieta los problemas ontológicos y de organización eclesiástica en un contexto de cambios de paradigmas en lo religioso al darse una relectura de la Biblia.

En Lutero hay algo muy diferente que en Maquiavelo u otros sujetos, aquí Lutero no piensa en darle soluciones sólo a sus problemas contextuales político-religiosos, sino está reflexionando sobre un problema que él considera universal y trata de definir al hombre no en su forma política, sino en su relación con Dios. Pero esto no deja de establecer que todo pensamiento surge de un contexto, aunque la idea intente aspirar a la universalidad. En el caso de Lutero encontramos un sujeto que no le aqueja tanto la política como a Maquiavelo, sino la teología, y es en los textos religiosos donde están las bases de su intelecto y vocabulario.

A Lutero le interesa negar la definición erasmiana del libre albedrío como “un poder de la voluntad humana por el cual un hombre puede aplicarse a las cosas que conducen a la salvación eterna”. Por el contrario, Lutero insiste en que, “puesto que los hombres son de carne y sólo les gusta la carne, de allí se sigue que el libre albedrío sólo sirve para pecar” y que todos los hombres están “consignados a la perdición por el deseo impío” (Skinner 1993, 2:12). Es así como Lutero se convierte en el innovador de su contexto, pues mientras el vocabulario teológico normativo afirmaba el libre albedrío entre los hombres, Lutero

hará una lectura radicalmente contraria desembocando en una nueva concepción del hombre, de la sociedad y de su organización.

Lutero arguye que si la Iglesia no es sino el *Gottes Volk* (pueblo de Dios), tiene que ser “una pieza de engaño e hipocresía” afirmar que “Papa, obispos, sacerdotes y monjes son llamados el estado espiritual; mientras que príncipes, señores, artesanos y granjeros son llamados el estado temporal” (Skinner 1993, 2:17). Skinner nos hace ver un sujeto inquieto por las cuestiones morales en una época en que la moral y religión dominaban la vida política e institucional. Lutero pues, en similitud con Maquiavelo, rechaza y prácticamente destruye el discurso católico de jerarquías y de la relación del hombre y de Dios.

Para Skinner, la intención de Lutero es abolir todas esas falsas dicotomías, e insiste en que “todos los cristianos son verdaderamente el estado espiritual” ya que pertenecen a él no en virtud de su papel o rango en la sociedad, sino tan sólo en virtud de su igual capacidad para la fe que les hace a todos igualmente capaces de ser un “pueblo espiritual y cristiano” (Skinner 1993, 2:17). Es así como Lutero retoma los orígenes del cristianismo primitivo para fomentar una religión sin jerarquías y basada en las acciones y convicciones colectivas. Seguramente Lutero no pretendía ser el teórico de la separación entre Iglesia y Estado, ni sentar las bases para una forma de ideología política y constitucionalismo, pero sus aportaciones serán retomadas para la construcción lingüística del vocabulario moderno.

En esa crítica radical, Lutero da un cambio de paradigma, derrumbando todo el discurso y hegemonía del catolicismo en la Europa del norte y fundamentando una nueva cosmovisión del hombre con Dios, sin intervención de ninguno actor que se adjudique ser representante divino. Lutero le devuelve al hombre su condición política autónoma,

desdeñando todo intento de intervención burocrática por parte del Iglesia. La fe y las acciones cristianas ahora dependen y son responsabilidad de cada hombre independientemente de su vida política.

5.4. Bodino.

Para Skinner es en el contexto de luchas religiosas, de una nueva forma de entender la Biblia y la relación del hombre con Dios, en que surge uno de los teóricos más importantes del absolutismo que fue Juan Bodino (1529-1596). Este autor, en sus *Seis Libros de una República*, justo en la cúspide de la revolución hugonota de 1576, se coloca como defensor virtualmente inflexible del absolutismo, exigiendo la proscripción de todas las teorías de resistencia y la aceptación de una fuerte monarquía como único medio de restaurar la unidad y la paz política (Skinner 1993, 2:292).

Bodino tenía la convicción de que “el estado floreciente” de toda comunidad nunca puede tener esperanza siquiera de lograr “una larga continuidad” debido a los constantes “cambios de las cosas mundanas, que son mudables e inciertas” (Skinner 1993, 2:292). Mientras que en Maquiavelo vimos que sus inquietudes históricas se debían a la catástrofe de las republicas, en Bodino tenemos un contexto de luchas religiosas. En cierta forma tanto Bodino como Maquiavelo establecen que el Estado fuerte es lo único que puede llevar la estabilidad en la región; sin embargo, con el contexto vemos que Bodino busca reforzar ese Estado atacando la resistencia hugonota y llevar a Francia a una monarquía más fuerte, mientras Maquiavelo buscaba establecer un orden temporal y después sentar las bases para el regreso de la República.

El ataque de Bodino a la teoría y la práctica de la revolución hugonota nos lleva al análisis de la soberanía, ya que Bodino admite que si un gobernante “no es soberano absoluto”, entonces “no hay duda de que es legal” que sus súbditos le resistan y que “procedan contra un tirano por vía de justicia” (Skinner 1993, 2:294). Tradicionalmente se había considerado a Bodino como un teórico absolutista, de que su visión era despótica y de apoyo al ascendente poder del capital. Skinner encuentra análisis de soberanía en Bodino, es decir, que ese concepto de “absoluto” tenía otra connotación lingüística radicalmente diferente a lo que se suponía.

Skinner recupera el trabajo de Collingwood para plantear que cualquier texto debe ser visto como un escrito en respuesta a preguntas particulares o problemas en un tiempo particular. Collingwood planteó la lógica de pregunta y respuesta con la cual argumentaba que para entender lo que se había dicho se debe conocer no sólo lo que dijo, sino también cuál fue la pregunta que intentó contestar (Hamilton-Bleakley 2006, 22). El sujeto en Skinner es principalmente un agente que intenta responder cuestiones particulares que provocan inestabilidad política y también sus dudas intelectuales de los textos que influenciaron en su pensamiento.

Con el contextualismo y la dilucidación de los juegos del lenguaje históricos skinnerianos, encontramos en Bodino una idea de soberanía implícita donde el absoluto al que él se refería no era el de un absolutismo forzado. Para Bodino, la soberanía absoluta le daría a Francia todas las condiciones para crecer y posicionarse como un Estado respetable en Europa sin divisiones religiosas.

Bodino establece que si un gobernante es un tirano, podrá ser siempre “legalmente muerto” por “todo el pueblo o cualquier hombre de él”, y que la tiranía puede encontrar resistencia legítima por la intervención de un príncipe extranjero (Skinner 1993, 2:294). Es así como Bodino reconoce el poder popular cuando el absolutismo no cumple con la capacidad requerida; de esta forma Bodino no es ningún teórico del despotismo o de la tiranía, sino que originalmente su planteamiento intentaba mantener una unión popular y soberana que reforzará las instituciones y previniera rebeliones o divisiones internas. De esta forma el Estado en Bodino debe ser un cuerpo donde converjan los intereses de los sectores que conforman ese territorio.

En un medio intelectual donde se había concebido la idea del hombre siempre en sumisión a Dios por medio de la Iglesia, la idea de política no se había depurado y autonomizado, se respetaban las jerarquías y el sector popular no tenía protagonismo en la historia, Bodino comienza a fortalecer el concepto de Estado con términos plenamente terrenales, concibiendo al absolutismo en relación hombre-hombre, donde el Estado se sostiene por legalidad soberana y popular. Con Bodino vemos un sujeto que se desprende del paradigma religioso y le da a la política y al Estado el lugar primordial entre los hombres.

Skinner elabora una revisión intelectual, y aunque Skinner mismo no escribe sobre su concepción de sujeto ya que su trabajo lo concibe como plenamente contextualista, en esta tesis se intenta encontrar una idea de sujeto en su obra; la cual, como se viene mencionando, es también genuina y renovadora como lo es su idea de contexto, pues ambos están íntimamente relacionados de manera no determinista. El sujeto que rechaza Skinner

es el sujeto determinado, el sujeto que sólo se acomoda a la coherencia de la ideología y de la evolución de las doctrinas. El sujeto que busca Skinner es aquel cuyos pensamientos se acotan a su contexto político y a sus influencias lingüísticas, el sujeto skinneriano es aquel que está inmerso dentro los juegos lingüísticos que le rodearon; se trata pues, de un sujeto plenamente participante de su contexto.

La originalidad de Skinner consiste en equilibrar la atención de estudio tanto del contexto como del sujeto. Skinner percibe sujetos construyendo discursos e ideologías con el uso del lenguaje normativo de su época. Skinner no se enfoca en un solo sujeto, o en un concepto determinado, sino que trata de dilucidar ampliamente el intelecto político-discursivo en el que se producen ideas. De esta forma, Melvin Richter, teórico de la New York University, afirma: “Skinner’s original point was Wittgensteinian: concepts are tools. To understand a concept, it is necessary to know the full range of things that can be done with it. This is why there can be no histories of concepts; there can only be histories of their uses in argument” (Richter 1990, 62).

Esta es una de las principales diferencias entre la propuesta anglosajona y la historia conceptual alemana. Ambas tienen diferentes tradiciones, objetos de estudio y perspectiva. La historia conceptual busca conceptos vigentes desde un perfil alemán como “democracia” y “sociedad civil”, y neologismos como “fascismo” o “marxismo”. En la historia conceptual se buscan conceptos contemporáneos sociales y políticos que puedan insertarse en otros periodos o fases de desarrollo, que tengan una democratización o generalización de su uso, y que puedan ser usados para las ideologías y movimientos políticos actuales (Richter 1990, 46-47).

La Escuela de Cambridge no busca conceptos generales que le den sentido a la historia, sino sus múltiples usos y como parte de un vocabulario más extenso. Su temática (desde Laslett hasta Skinner) se ha concentrado en los siglos de la época moderna, y no en los de la etapa contemporánea. Entre sus objetivos no figura el encontrar conexiones o adaptaciones de conceptos con otros periodos, sino dilucidar las originalidades del lenguaje y los usos que los sujetos le dieron en sus contextos históricos. Skinner se refiere a los conceptos de esta forma:

They rise and fall, and in some cases they finally disappear from sight. I confess, however that this kind of long-term shift in the *fortuna* of concepts has not remained one of my primary interest. Here my approach differs markedly from that of Koselleck and his associates, who have chiefly been preoccupied with the slower march of time and much less concerned than I have been with the pointillist study of sudden conceptual shifts. One reason why I have been less interested in such broader chronologies is that, in the examples I have given, the shifting vocabularies are little more than indexes or reflections of deeper transformations in social life (Skinner 2007d, 180).

Koselleck está interesado en el proceso total del cambio conceptual, mientras que Skinner, se enfoca en una de las técnicas por las cuales éste cambio tiene lugar (Skinner 2007d, 187). Skinner investiga los cambios precisos y concretos en que fueron usados los conceptos por sujetos que proponían ideas políticas para sus problemas históricos. Sujetos cuyo pensamiento trasciende porque sus aportaciones marcan una ruptura respecto a los paradigmas dominantes de su época y su aplicabilidad se recupera y se reinterpreta por su valor contextual ya que siembra las bases para nuevos términos y conceptos que el lenguaje político va necesitando a través de sus cambios en la historia.

6. CONCLUSIONES

Lo que hace a la perspectiva de Skinner ser una metodología renovadora para la historiografía, es la inserción que hace de la filosofía del lenguaje en el estudio de la historia de las ideas políticas. Skinner se apropia de los juegos del lenguaje para acercarse a la historia ideológica de la época moderna y aprende claramente que no hay una rigidez en el lenguaje, de ahí la imposibilidad de que las ideas trasciendan inmutables y de que los textos sean sólo una sucesión de doctrinas o que se hallen subsumidos a lógicas estructurales de un sistema.

Skinner le da al lenguaje un carácter plenamente histórico, donde las formas de pensar la política tienen conceptos, términos, vocabulario, retórica, intereses, intenciones y problemas concretos que fundamentan el intelecto de una época y espacio. Con Skinner, el contexto de juegos lingüísticos adquiere una importancia que antes no se le había dado, es ahí donde reside la originalidad de Skinner y la importancia de su labor de relacionar a la vanguardia de los paradigmas filosóficos con la disciplina de la historia. Resultando así una renovación en la perspectiva y metodología de la historia del pensamiento político

La renovación de la historia del pensamiento político se pudo dar en las décadas de los sesentas y setentas del siglo XX debido a la introducción de una nueva concepción del lenguaje como el factor de inteligibilidad más importante entre los seres humanos, revolucionando los métodos y perspectivas con los que se trabajaba la historia de las ideas políticas.

En Skinner, la relación contexto-sujeto es la que sostiene la renovación de la historia del pensamiento político. La relación entre el contexto y el sujeto en la

historiografía había sido analizada desde perspectivas parciales, se le daba mayor peso al contexto expresado en estructuras o condiciones geográficas, como fue el caso del marxismo y la Escuela de los Annales; o se le daba preponderancia al sujeto en su idea y texto como la tradicional historia de las ideas positivista. Con la filosofía del lenguaje y su tradición inglesa historicista, Skinner revoluciona la relación contexto-sujeto produciendo una novedosa metodología para trabajar y comprender la historia de las ideas políticas.

La originalidad sustancial de Skinner es darle al lenguaje un lugar primordial tanto para el contexto como para el sujeto y situarlos siempre en su historicidad. Un contexto constituido por toda una red de conceptos, problemas, ideologías y vocabulario lingüístico; y un sujeto inmerso en esta red que le ofrece las formas inteligibles de política y, que al mismo tiempo, es capaz de revolucionar esas formas. Es esta relación contexto-sujeto, la que sin duda, representa la aportación más significativa e innovadora para la historiografía.

Lo que le da una relevancia importante al contexto-sujeto skinneriano es su carácter no determinista situado en un momento en que las escuelas dominantes historiográficas del marxismo ortodoxo, positivismo y Annales, buscaban factores determinantes que explicaran los procesos totales y demostraran los acontecimientos de manera unicausal y sistémica. De esta forma, Skinner rompe con estos métodos historiográficos establecidos en esas décadas, pues para su estudio de la historia de las ideologías se rechazan los elementos económicos y geográficos, así como las lógicas universales e inmutables.

En Skinner se devuelve a la política su lugar de explicación propia y de prioridad en la historia. La política y su pensamiento ahora se explican por sus problemas mismos y con recursos intelectuales de lenguaje político, dejando de estar subsumida a lógicas

estructurales o universales que la discriminaban a un lugar de segundo orden para la explicación histórica y con un impacto de baja trascendencia. El estudio del pensamiento político se independiza con Skinner y se coloca como una temática de la historia con metodología propia e importancia primordial. La renovación de la historia del pensamiento político es producida por la disciplina de la historia misma, no por la ciencia política, la sociología o filosofía política. De este modo, la historiografía se apropia del pensamiento político como tema histórico con carácter diferente y singular. Con Skinner, lo político es permeado de historicidad que había sido escasa, pues se sitúa seriamente a las ideas políticas en sus contextos históricos.

Con la perspectiva de Skinner, se revalora el pensamiento del sujeto y se produce un contexto exclusivo para el estudio de la historia política, se recurre así a fuentes sustancialmente políticas que no habían sido usadas. Hay también una renovación en las fuentes históricas para la historia del pensamiento político, pues se deja de buscar en los textos y documentos más relevantes para apoyarse en obras no renombradas anteriormente que revelan el lenguaje contextual y las cargas connotativas profundas. Cambia el sentido del texto, pues ahora se ve como un acto comunicativo de su contexto fundamentado en un lenguaje concreto de su época.

Los sujetos dejan de verse como creadores de doctrinas que se conectan sin problemas con un lenguaje homogéneo sin importar la distancia que los separe, cuyas raíces epistémicas no tenían ninguna complejidad más que el curso mismo de la ideología a la que más se adapte. Con la perspectiva Skinneriana, el sujeto encuentra sus cimientos

intelectuales en el lenguaje propio de su espacio-tiempo y en las tradiciones que se amoldan a su contexto.

Con Skinner se revelan las causas y motivos políticos e intelectuales que propiciaron el nacimiento de obras importantes de pensadores como Maquiavelo, Moro, Lutero, etc. Cada uno ahora es un sujeto rodeado de acciones lingüísticas y comunicativas concretas de sus debidos contextos. Con Skinner tenemos sujetos históricos y sociales de su contexto, con vastos intercambios de ideas entre sujetos de su mismo medio que provoca grandes reflexiones plasmadas en obras que sobresalen por su radical crítica a los paradigmas vigentes y por sus propuestas revolucionarias que cambian las formas inteligibles y prácticas de la política, e incluso establecen las bases intelectuales para empezar nuevas épocas en la historia de la política.

Otra aportación que no puede pasar desapercibida es la concepción de ideología que se encuentra en la perspectiva skinneriana. La cual es diferente a la que tenía la historiografía en la década de los setentas, cuando dominaban las escuelas del marxismo, positivismo y Annales. Como se ha expuesto, el lugar que Skinner le da a la ideología es de primer orden. La ideología en Skinner es precisamente esa política activa que sin estar determinada por factores “básicos”, produce intelecto innovador para la formas de concebirnos como humanos en organizaciones sociales. La ideología ahora se conforma por los múltiples usos de los juegos del lenguaje en la vida política, la construcción de discursos que buscan determinados intereses políticos y que conllevan a la invención o transformación de conceptos y vocabulario que cambian plenamente las formas de pensar y concebir la organización política.

Para terminar este apartado de conclusiones me parece importante puntualizar que hay dos motivos particulares que impulsaron la elaboración de esta tesis de Maestría. El primero, es coadyuvar en el desarrollo de la historia de las ideologías en México; y segundo, en la actualización de la historiografía mexicana. La historia del pensamiento político en México carece de una tradición propia y en la mayoría de los casos en que se ha producido no ha sido por los propios historiadores mexicanos. La historia de las ideas en México se rastrea a mediados del siglo XX inspirada en José Ortega y Gasset, quien formuló una definición del hombre que tuvo un fuerte impacto en Hispanoamérica: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Villegas 2003, 121).

La definición de Ortega sobre la salvación de un objeto, un hecho, una idea, un sentimiento, implica situarlo en su propia circunstancia, en la plenitud de su significado, para que pueda lucir en mejor aspecto (Villegas 2003, 122). José Gaos, por su parte, censuró lo que llamaba “el imperialismo de las categorías” o la tendencia a utilizar en nuestra historia los conceptos y categorías de la cultura europea. El filósofo Leopoldo Zea fue el primero que trabajó de manera notable la historia de las ideas, pues detectó la función que tuvo el positivismo en México como herramienta intelectual revolucionaria contra el conservadurismo y la Iglesia. De esta forma, ya había principios filosóficos que podían ser bases epistemológicas e historiográficas fuertes para emprender una historia de las ideas con perfil y material propio. Pero ¿Por qué no prosperó y se desarrollo más esta tendencia en la historiografía mexicana?

La historia de las ideas políticas en México tiene un legado, desde Reyes Heróles en 1959, de un liberalismo con connotaciones republicanas, laicas, nacionalistas,

democráticas y étnicas que se ha perpetuado a través de la historiografía oficialista y los libros de texto gratuito (Luna 1997, 216). Jorge Sayeg Helú afirmó, según María Luna Argudín, que la línea ideológica que se trazó en nuestro país ha sido un “ideario ininterrumpido que habiendo nacido socio-liberal al despuntar el siglo XIX, siguió siendo socio-liberal al mediar dicha centuria, y socio-liberal llega y surge de la Revolución Mexicana en los albores del siglo XX (Luna 1997, 223).

Es con la obra de Charles Hale: *El Liberalismo mexicano en la época de Mora*, donde se deshace esa lógica y discurso, renovando la historiografía intelectual mexicana, contextualizando nuestras ideologías históricas en marcos intelectuales más amplios. Hale desprende de su marco local los debates relativos a las supuestas tensiones observadas en el pensamiento liberal mexicano para situarlas en un escenario más vasto, de proyecciones atlánticas (Palti 2007, 29). Desde el exterior, este historiador norteamericano vino a darle un giro renovado a las perspectivas de historia de las ideologías.

En la obra del historiador francés Francois-Xavier Guerra, se encuentra una tarea renovadora que desestabiliza las estrecheces de los marcos dicotómicos tradicionales propios de la historia de ideas (Palti 2007, 51), y que conecta las transformaciones conceptuales con las prácticas políticas asociadas con la emergencia de nuevos ámbitos de sociabilidad y sujetos políticos (Palti 2005, 24). A pesar de estos avances y enseñanzas que se introdujeron por parte de historiadores extranjeros, ha seguido dominando la tendencia oficial y tradicional de un esquema bipolar (liberalismo contra conservadurismo), de contextos reducidos a lo meramente regional y nacional, y con cuestionamientos y

planteamientos que no se renuevan al intentar buscar las respuestas en las ideas propias de nuestro territorio sin analizar profundamente la epistemología original occidental.

La historia de las ideas en América Latina, señala Antonio Aguilar, ha sido unidireccional: “las preguntas que aparecen una y otra vez en la literatura van en el mismo sentido: ¿cómo se naturalizaron las teorías políticas europeas en suelo americano?, ¿cuál fue el impacto de la revolución francesa (o liberalismo, positivismo, etc.) al otro lado del Atlántico?, etc. Son pocos quienes estudian la región desde una perspectiva comparada e intentan situar a América en un contexto más amplio” (Aguilar 2000, 15). Es así como la perspectiva de Skinner y su contextualismo se hace pertinente para la renovación de la historia de las ideas políticas en nuestro país.

La perspectiva Skinneriana no ha tenido una amplia divulgación en la enseñanza historiográfica de México y su aplicación a la historia política e intelectual de nuestro país ha sido escasa y excepcional, como es el caso de José Antonio Aguilar cuyo interés fue situar a América Latina en un contexto histórico y teórico más amplio que permita reconsiderar su importancia para la tradición política occidental (Aguilar 2000, 12). Es así como se presenta una necesidad de difundir y aplicar la perspectiva de Skinner en la historia del pensamiento político mexicano y encontrar novedosas interpretaciones sobre las ideologías y tradiciones que han debatido los problemas trascendentales de este país.

No basta con elaborar un “reduccionismo estadístico”¹⁵ (Palti 1999, 17) donde sólo se acumulen las diversas ideas que tuvieron lugar en los procesos políticos, ni donde la

¹⁵ José Elías Palti aplica este término de “reduccionismo estadístico” para criticar obras recientes de Quentin Skinner, donde este último ha perdido la originalidad que había expuesto en sus primeras obras, descuidando

tarea sea rescatar la mayor cantidad de fuentes y se identifique el uso de ciertos conceptos y vocabulario. Se necesita una historia de los lenguajes políticos que traspase el contenido semántico de los discursos e ideas, y penetrar en el argumento que subyace e identifique sus modos de producción y argumentación (Palti 2005, 31). Se necesita reconstruir contextos de debate como lo hizo Quentin Skinner, e impulsar una historia intelectual que busque abordar simultáneamente las tres dimensiones del lenguaje: la semántica, la sintáctica y la pragmática¹⁶ (Palti 2005, 3).

Las revistas mexicanas de historia y ciencias sociales no informan lo suficiente sobre lo que se publica dentro y fuera del país, resulta que la mayoría de los lectores potenciales carece de información precisa acerca de las obras que transforman y enriquecen el conocimiento sobre México (Florescano 1999, 162). Espero que esta tesis contribuya a la divulgación de la perspectiva skinneriana para la construcción de un enfoque sólido hacia una historia de las ideas mexicana, así como para la actualización que la historiografía mexicana debe tener respecto a movimientos intelectuales importantes como es el *giro lingüístico*.

Con la perspectiva skinneriana se lograría hacer una revisión y depuración de los pensadores que han trascendido en nuestra historia, de los contextos que exigirán el rescate de textos cuya relevancia había sido nula; a su vez, redescubriremos los vocabularios políticos, así como las intenciones de diversos actores históricos y dilucidaremos nuestras

el objetivo de dilucidar hermenéuticamente los lenguajes políticos y cayendo en un perfil cuantitativo de análisis de la literatura política.

¹⁶ Propuesta de Elías Palti que conjunta las tesis centrales de la escuela alemana para la semántica, de la británica para la pragmática; y rescata de la francesa encabezada por Pierre Rosanvallon, la sintáctica.

tradiciones intelectuales y cambios políticos y conceptuales que han tenido lugar en nuestra vida política.

Con Skinner podemos poner entre paréntesis nuestras propias certidumbres presentes, cuestionar la supuesta transparencia y racionalidad de nuestras convicciones actuales, y presentar así a la historia como *problema*; como “creación” e “invención” (Palti 2007, 56). Así pues, quitaríamos esa medula tradicional que permea nuestra historia intelectual y política, recuperando el cauce que alguna vez ya nos habían señalado Ortega y Gasset, José Gaos y Leopoldo Zea.

No podemos quedarnos rezagados historiográficamente sin la revisión correcta de esta perspectiva. En Latinoamérica, concretamente en Argentina, un grupo de intelectuales de la Universidad de Quilmes han hecho una labor notable al revisar la obra de Quentin Skinner e incluso hacer una traducción al español de un libro importante para la comprensión de la metodología skinneriana. Específicamente el profesor José Elías Palti ha tenido una producción prolífica sustentándose en la Escuela de Cambridge y la *Begriffsgeschichte* (historia conceptual) para elaborar interpretaciones de la historia política e intelectual mexicana, así como trabajos teóricos importantes.

Este es un momento oportuno para la revisión y reinterpretación de nuestros sucesos nacionales más fundamentales que son el bicentenario de Independencia y centenario de la Revolución. Retomando seriamente la propuesta skinneriana se daría una novedosa forma de interpretar el pensamiento político mexicano y nos brindaría posibilidades para cambiar el lenguaje, la lógica y epistemología con el que concebimos, interpretamos e interrogamos nuestra historia intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, José Antonio Rivera. 2000. *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México: Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Ball, Terence, James Farr y Russell Hanson, eds. 1995. *Political Innovation and Conceptual Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ball, Terence y J.G.A. Pocock, eds. 1988. *Conceptual Change and the Constitution*. Kansas: University Press of Kansas.
- Belaval, Yvon. 1973. *Racionalismo, Empirismo, Ilustración*. México: Siglo XXI.
- Berki, R. N., y Bhikhu Parekh. 1973. "The History of Political Ideas: A Critique of Q. Skinner's Methodology". *Journal of The History of Ideas* XXXIV, n° 2 (april-june 1973): 163-84.
- Bocardo, Enrique Crespo (editor). 2007. *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis Comentarios*. Madrid: Tecnos.
- Bocardo, Enrique Crespo. 2007. Intención, convención y contexto. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, de Enrique Bocardo Crespo (editor), 305-365. Madrid: Tecnos.
- Boutcher, Warren. 2006. Unoriginal authors: how to do things with texts in the Renaissance. En *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, de James Tully (editor), 73-92. Cambridge: University Press.
- Bouveresse, Jacques. 2006. *Wittgenstein: La modernidad, el progreso y la decadencia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Bréhier, Emile. 1988. *Historia de la filosofía*. Vol. 2. Madrid: Tecnos.
- Breña, Roberto. 2006. *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*. México: El Colegio de México
- Burke, Peter. 1989. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.

- Collini, Stefan. 2000. General introduction. En *History, Religion, and Culture. British Intellectual History 1750-1950*, de Richard Whatmore, Brian Young Stefan Collini, 1-21. Cambridge: University Press.
- Collingwood, R.G. 2000. *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Copleston, Frederick. 1983. *Historia de la filosofía. De Bentham a Russell*, Vol. 8. México: Ariel.
- De Certeau, Michel. 1985. *La Escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fariñas, Ramiro. 2001. "In Memoriam Peter Laslett Humanista y Científico Social". *Reis*. 96:13-17. http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_096_04.pdf (2010)
- Femia, Joseph. 1989. An historicist critique of 'revisionist' methods for studying the history of ideas. En *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, de James Tully (Editor), 156-175. Princeton: Princeton University Press.
- Fernández, Javier Sebastián. 2006. "Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quetin Skinner". *Historia y Política*. 16: 237-258.
- Florescano, Enrique. 1999. *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena.
- Garriga, Carlos. 2004. "Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen". *Istor*. 16: 13-44.
- Goldie, Mark. 2006. The context of The Foundations. En *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, de Annabel Brett and James Tully with Holly Hamilton-Bleakley (Editors), 3-19. Cambridge: University Press.
- González, José María García. 2007. Retórica y cambio de los conceptos en Quentin Skinner. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, de Enrique Bocardo Crespo, 367-385. Madrid: Tecnos.
- Guerra, Francois-Xavier. 2000. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica/Mapfre.
- Hall, Rolland. 1984. "La filosofía inglesa contemporánea". *Zeitschrift für philosophische Forschung*: 105-107. Traducción de Magdalena Holguin. <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/viewFile/8746/9390> (2009)
- Hamilton-Bleakley, Holly. 2006. Linguistic philosophy and The Foundations. En *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*, de James Tully (Editor), 20-33. Cambridge: University Press.

- Hintikka, Merrill B. Hintikka and Jaakko. 1989. *Investigating Wittgenstein*. Oxford: Basil Blackwell.
- Isaac, Jeffrey C. 1984. "On the Subject of Political Theory". *Political Theory* XV.4:639-45.
- Jay, Martin. 2009. *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Buenos Aires: Paidós.
- King, Preston. 1995. "Historical Contextualism: The New Historicism?". *History of European Ideas* . 21, 2:209-233.
- Kuhn, Thomas. 1985. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LaCapra, Dominick. 1998. Historia intelectual. En *Giro lingüístico e historial intelectual*, de José Elías Palti, 237-280. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Laslett, Peter, W. G. Runciman y Quentin Skinner, eds.1972. *Philosophy, Politics and Society*. Oxford: Basil Blackwell.
- Lovejoy, Arthur. 2000. Reflexiones sobre la historia de las ideas. *Prismas* (Universidad de Quilmes), nº 4 : 126-41.
- _____. 1983. Introducción. *La gran Cadena del Ser*. México: Icaria.
foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/data/adm55524.doc (2008)
- Luna, María Argudín. 1997. La recepción del liberalismo por el siglo XX. En *Memorias Primer Encuentro de Historiografía*, de Saúl Jerónimo Romero y Carmen Valdez Vega (coordinadores), 213-224. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Mendiola, Carlos Mejía. 1996. "Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia". *Historia y Grafía*: 171-181.
- Padra, Maximiliano Dussán. 2008. "Rorty como el escéptico del giro lingüístico: la discusión con Habermas en torno a la comprensión del pragmatismo y los presupuestos para una política democrática". *Folios*: 4-5.
<http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n27/n27a01.pdf> (2008)
- Pagden, Anthony. 1990. Dispossessing the barbarian: the language of Spanish Thomism and the debate over the property rights of the American Indians. En *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, de Anthony Pagden (editor), 79-98. Cambridge: Cambridge University Press.
- Palonen, Kari. 2003. *Quentin Skinner. History, Politics, Rhetoric*. Cambridge: Polity.

- Palti, José Elías. 2002. El giro lingüístico y la dinámica de la reflexividad de la crítica. En *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, de José Ronzón y Saúl Jerónimo (coord.), 49-68. México: Universidad Autónoma de México Azcapotzalco.
- _____. 1998. *Giro lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- _____. 1999. "Ideas política e historia intelectual. Sobre el texto y el contexto en la obra reciente de Quentin Skinner". *Prismas*. 3:263-274.
<http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/resenias/data/38.pdf> (2010)
- _____. 2004-2005. "De la historia de las ideas a la historia de los lenguajes políticos. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano". *Anales*: 63-82. http://gupea.ub.gu.se/dspace/bitstream/2077/3275/1/anales_7-8_palti.pdf (2009)
- _____. 2005. "Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos". *Prismas*. 9:19-34.
<http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/Prismas/09/Prismas09-02.pdf> (2010)
- _____. 2007. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pallares-Burke, María Lúcia. 2005. *La nueva historia, nueve entrevistas*. Granada: Universidad de Granada.
- Pappe, Silvia. 2002. El contexto como ilusión metodológica. En *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, de José Ronzón y Saúl Jerónimo (coord.), 23-34. México: Universidad Autónoma de México Azcapotzalco.
- Pocock, John Greville Agard. 1989. *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*. Chicago: University Press.
- _____. 1991. *Virtue, Commerce, and History*. Ideas in Context. 4 ed. Cambridge: University Press.
- _____. 1999. *Barbarism and Religion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2001. "Historia intelectual: un estado de arte." *Prismas*, 2001. 5: 145-173.
- _____. 2003. *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana*. Madrid: Alianza.
- Pocock, J. G. A., Gordon J. Schochet y Lois G. Schwoerer, eds. 1996. *The Varieties of British Political Thought, 1500-1800*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Prada, Dussan Maximiliano. 2008. "Rorty como el escéptico del giro lingüístico: la discusión con Habermas en torno a la comprensión del pragmatismo y los presupuestos para una política democrática". *Folios*. 27:4-5.
<http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n27/n27a01.pdf> (2009)
- Rico, Javier Moreno. 2002. La historiografía como crítica. Apuntes para una historia de la historiografía. En *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, de José Ronzón y Saúl Jerónimo (coord.), 69-79. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- _____. 1997. Cultura e historiografía: una dimensión de la investigación historiográfica. En *Memorias Primer Encuentro de Historiografía*, de Saúl Jerónimo Romero y Carmen Valdez Vega (coordinadores), 361-374. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Richter, Melvin. 1990. "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the *Geschichliche Grundbegriffe*". *History and Theory* XXIX.1:38-70.
- Rojas, Carlos. 2006. *Genealogía del giro lingüístico*. Medellín: Instituto Filosofía/Universidad de Antioquia.
- Rojas, Pedro Parada. 2002. "Significado, convenciones y comunicación según Donald Davidson". *Biquila Revista de Filosofía*, Vol. 27.1:43-73.
<http://revistas.ucm.es/fsl/00348244/articulos/RESF0202120043A.PDF> (2009)
- Rorty, R., Q. Skinner y J. Scheewind, eds. 1986. *Philosophy in History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosanvallon, Pierre. 2003. *Por una historia conceptual de lo político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1999. *La consagración del ciudadano Historia del sufragio universal en Francia*. México: Instituto Mora.
- Sabine, George. 2002. *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica
- Schmitt, Charles y Quentin Skinner, eds. 1990. *The Cambridge History of Renaissance Philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skinner, Quentin. 1969. "Meaning and Understanding in the history of Ideas". *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*: 1:3-53.
- _____. 1991. "Thomas Hobbes: Rhetoric and the Construction of Morality". *Proceedings of the British Academy*. Vol. LXXVI. Londres: The British Academy: 1-61.

- _____. 1993. *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1993. *Los fundamentos del pensamiento político moderno II. La Reforma*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1996. *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*. Cambridge: University Press.
- _____. 2000. *Maquiavelo*. México: Alianza.
- _____. 2002. *Visions of Politics. Volume I: Regarding Method*. 3 vols. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2002. *Visions of Politics. Volume II: Renaissance Virtues*. 3 vols. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2002. *Visions of Politics. Volume III: Hobbes and Civil Science*. 3 vols. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2003. *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla.
- _____. 2004. *La libertad antes del liberalismo*. México : Taurus/Centro de Investigaciones y Desarrollo Económico.
- _____. 2005. Entrevista. En *La Nueva Historia. Nueve entrevistas*, de Maria Lúcia G. Pallares-Burke, 255-82. Granada: Universidad de Granada.
- _____. 2006. Entrevista con Javier Fernández Sebastián. En “Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner”. *Historia y Política*.16: 237-258.
- _____. 2007. *Lenguaje, política e historia*. Trad. Cristina Fangmann. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- _____. 2007a. Interpretación y la comprensión de los actos del habla. En *Lenguaje, política e historia*, de Quentin Skinner, 185-222. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- _____. 2007b. Significado y comprensión de la historia de las ideas. En *Lenguaje, política e historia*, de Quentin Skinner, 109-164. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- _____. 2007c. La historia de mi historia: una entrevista con Quentin Skinner. En *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, de Enrique Bocado Crespo (Editor), 45-60. Madrid: Tecnos.

- _____. 2007d. Restrospect: Studying rhetoric and conceptual change. En *Visions of Politics. Volume I: Regarding Method*. 3 vols. 175-187. Cambridge: Cambridge University Press.
- Toulmin, Stephen y Allan Janik. 1987. *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Taurus.
- Tully, James, ed. 1989. *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*. Princeton: Princeton University Press.
- Velasco, Gomez Ambrosio. 1999. *Resurgimiento de la teoría política en el siglo XX: Filosofía, historia y tradición*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- _____. 1995. *Teoría política: Filosofía e historia. ¿Anacrónicos o anticuarios?* México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vilanou, Conrad. 2006. "Historia conceptual e historia intelectual". *Ars Brevis: anuario de la Càtedra Ramon Llull Blanquerna*. 12: 165-190. <http://www.raco.cat/index.php/ArsBrevis/article/viewFile/65855/76078> (2009)
- Villegas, Abelardo. 2003. La historia de las ideas entre 1940 y 1960. En *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, de Conrado Hernández (Coordinador), 121-134. México: El Colegio de Michoacán/Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas.
- Viroli, Maurizio. 1990. Machiavelli and the republican idea of politics. En *Machiavelli and Republicanism*, de Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (eds), 143-171. Cambridge: University Press.
- Weber, Max. 2000. *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wittgenstein, Ludwig. 1989. *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid: Tecnos.
- _____. 2003. *Investigaciones filosóficas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Wolin, Sheldon S. 1999. Paradigmas y Teorías Políticas. En *Resurgimiento de la teoría política en el siglo XX: Filosofía, historia y tradición*, de Ambrosio Velasco Gómez, 153-191. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Páginas de Internet:

http://www.cua.uam.mx/csh/index.php?option=com_content&view=article&id=177&Itemid=190 (2009)

<http://www.cialc.unam.mx/ensayo/proghis.htm> (2009)

<http://www.cialc.unam.mx/ensayo/anteced.htm> (2009)

iberoideas. 2007. Arthur Lovejoy y la historia de las ideas. *iberoideas*.
http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/thread.jsp?idparent=120&idthread=130&id_ind=1
(2009)

foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/data/adm55524.doc (2009)

http://www.kalipedia.com/kalipediamedia/artes/media/200707/18/hisarte/20070718klparthis_14.Ees.SCO.png (2010)

<http://renacimientodescubrimientodelhombre.files.wordpress.com/2008/07/150083029expansion-renac-20kb.jpg> (2010)

http://uy.kalipedia.com/historia-universal/tema/edad-moderna/graficos-division-religiosa-europa.html?x1=20070717klphisuni_87.Ees&x=20070717klphisuni_187.Kes (2010)